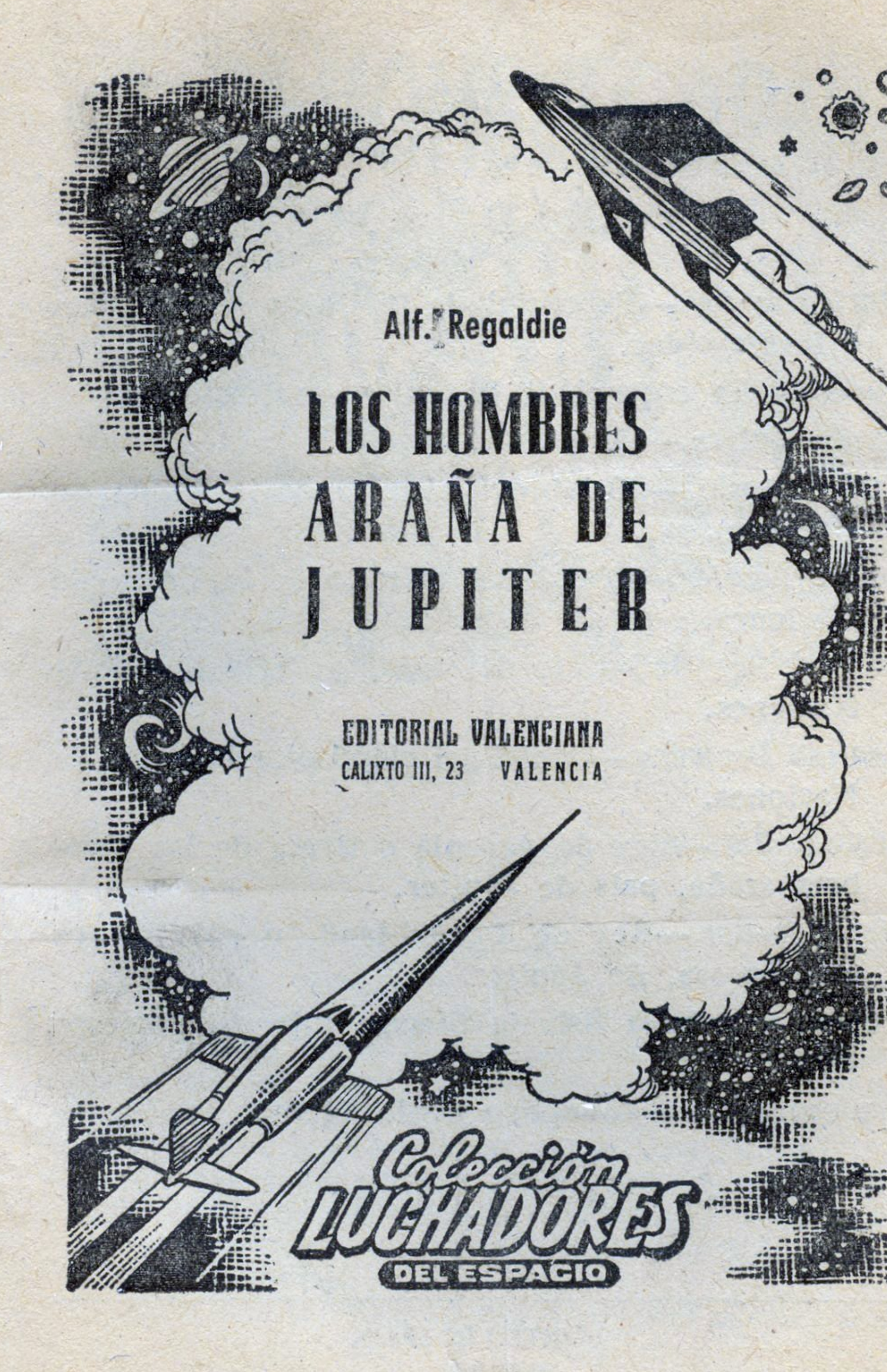


27
Los HOMBRES ARAÑA de JÚPITER
por ALF. REGALDIE
2
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
JOSÉ LUIS


Alf. Regaldie
LOS HOMBRES
ARAÑA DE
JUPITER
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Mark Stanley.- Ex oficial de la Unión de Naciones e investigador.

Ludow.- Ex coronel de la Unión de Naciones.

Linda Leisen.- Periodista.

Roy Manoin.- Oficial del ejército de la Unión de Naciones.

David Bootler.- Oficial del ejército de la Unión de Naciones.

Coronel Brendel.- Jefe del ejército de la Unión de Naciones.

Capitán Browers.- Oficial del ejército de la Unión de Naciones.

Aracnio-Bat.- Rey de Aracnia o tierra de los hombres araña, país de Júpiter.

Morondo-Bat. -Rey de Dunkel-land, o país de los “morenos”, de Júpiter.

Maiwa.- La bella Salvaje Blanca, hija del profesor Ross.

Profesor Ross.- Científico de la Tierra.



CAPÍTULO I

UN ROBO

La pintura aparecía como iluminada en su interior irradiando una luz suave, dulce, acariciadora, como la mirada de los azules ojos de la damita en el lienzo representada. El artista había sabido captar y plasmar toda la luminosidad expresiva del bello rostro, la tersura jugosa de la piel, la vida interior, el alma, en una palabra... La damita no parecía tener mucho más de veinte años y el cuadro estaba fechado veinticuatro años antes. ¡Veinticuatro años! Si vivía, ¿cómo sería ahora la atractiva damita?

Mark Stanley suspiró contemplando el cuadro. Le había atraído desde el primer día que lo viera en casa del anticuario y se había apresurado a adquirirlo. Pero no había conseguido saber la historia del mismo. El anticuario lo había adquirido hacía tiempo en una almoneda en no recordaba qué ciudad inglesa. Trató Stanley de seguirle la pista y lo único que consiguió saber fue que el cuadro había sido pintado en América, en la luminosa California y que

el pintor había fallecido hacía sólo tres años. Era bien poco, pero hubo de conformarse.

Stanley, joven, soltero, sólido de carácter y de estructura, sentíase solo con sus estudios, sus investigaciones y sus inventos y, atraído por la damita del cuadro, comprendía que se iba enamorando de ella. ¿Absurdo? ¿Y qué? El había sido siempre un poco soñador y los absurdos le habían atraído un tanto. De ideas, en principio absurdas, propias de locos o soñadores, habían salido sus mejores realizaciones, sus inventos y las más bellas ideas de su vida, como aquella pasión absurda también, pero hermosa, que comenzaba a florecer pura, cálida y transparente en su alma.

Sólo una pequeña inquietud enturbiaba la paz de aquel naciente amor. Hans Ludow, su antiguo compañero de armas, el disoluto Ludow, se había estremecido visiblemente al contemplar el cuadro por primera vez. Pero no había querido hablar pese a la ansiedad mostrada por Stanley. ¿Qué podía saber Ludow de la damita del cuadro si es que sabía algo?

Stanley entornó los ojos para ver mejor y la belleza del cuadro pareció idealizarse, enriqueciéndose con nuevas y suaves tintas que le dieron cuerpo, adquiriendo nueva vida. El hombre recibió la sensación de que la luz a su alrededor iba empalideciéndose toda en el cuadro. Notó Stanley una sensación de modorra que le envolvía y hasta le pareció percibir un gesto de ansiedad en la dama del cuadro. Luego de esto percibió un sabor dulzón y que la cabeza se le congestionaba lentamente.

Intuyó entonces un peligro y quiso levantarse con ánimo de luchar, de defenderse contra el enemigo que presentía oculto. Ante él apareció el rostro de Ludow, un Ludow tal vez entrevisto, pero no conocido, el cual sonreía burlonamente y escondida en la sonrisa, como un estilete entre un ramo de flores, una mirada de brillo maligno, siniestro...

La cabeza de Mark Stanley cayó entonces pesadamente sobre el pecho y el cuerpo osciló hacia adelante, primero lentamente hasta que, vencido el equilibrio, se derrumbó, quedando inerte en el suelo a los pies mismos de la bella del cuadro.

La vida pareció suspenderse por unos segundos en la pieza ocupada por el joven inventor, en la que sólo se escuchaba el leve y rítmico pendular del reloj hasta que una cortina comenzó a moverse lentamente, apareciendo primero la mano que la movía y algo después una figura que, con movimiento

lento terminó de apartar la cortina, adelantando la cabeza hacia donde Mark yacía caído.

Vestía la figura un ajustado traje de malla de un negro absoluto que lo hacía casi invisible por no reflejar la luz, y llevaba la cara cubierta con una escafandra de plástico transparente y negro también que daba al usuario un aspecto espectral. La mano diestra de la fantasmal aparición empuñaba una pistola de rayos desintegradores y apuntaba con ella al vencido cuerpo. No estaba demasiado seguro el fantasma de que los gases que había soltado en la pieza hubiesen causado efecto.

Casi sin producir ruido y sin dejar de apuntar con la pistola, la fantasmal aparición llegó hasta donde había caído Stanley y tomándolo por la ropa lo volvió cara arriba. Una mueca de satisfacción se adivinó a través de la transparente máscara y un murmullo opaco se dejó oír, escapando de la misma.

-Está bien dormido y no despertará jamás... La enguantada mano del intruso dejó junto al cuerpo de Stanley un sobre cerrado y escrito e inmediatamente encaróse el hombre con el retrato de la bella damita. A través del transparente de su máscara fulguraron sus ojos de siniestra expresión y la pistola de rayos desintegradores fue apuntada contra la obra de arte; por unos instantes pareció que ésta iba a desaparecer, pero se produjo en el desconocido un movimiento de vacilación.

-No. Si lo destruyese podría llegar a ser una pista en manos de un policía sagaz...

Retiróse el intruso de junto al cuerpo de Stanley y atravesó la pieza hasta llegar frente a una talla de tipo primitivo que adornaba la pared, tocando en un ángulo de ella. La talla se alzó sobre un oculto eje y dejó al descubierto una cortinilla de terciopelo rojo.

El desconocido la apartó e hizo un gesto de contrariedad al encontrarse frente a una caja de acero empotrada en la pared y cuya puerta parecía poco dispuesta a dejarse abrir.

Tentado estuvo el intruso de dirigir contra ella los rayos desintegradores de su pistola, pero temió no sólo destruir la acerada puertecilla, sino lo que se guardaba tras ella y que a él tanto le interesaba. Volvió entonces hasta Stanley, se agachó sobre él y le registró rápida y hábilmente los bolsillos hasta encontrar un manojo de llaves. Probó una tras

otra en la puertecilla de acero, pero no consiguió nada.

Mostróse perplejo el desconocido, pues la cerradura de la puertecilla no parecía ofrecer nada de particular y se disponía ya a destruirla con los rayos desintegradores, aun a trueque de estropear el contenido, cuando una idea repentina hirió su cerebro. Recordó un aire que Stanley silbaba con cierta frecuencia y que entre muchas otras veces le había escuchado en las dos únicas ocasiones que en su presencia había abierto la caja.

Silbó procurando imitar el aire exactamente y falló las dos primeras veces, pero a la tercera consiguió hacerlo tan fielmente que escuchó varios suaves chasquidos metálicos y a poco la puertecilla se abrió silenciosa sobre su eje.

Una intensa alegría inundó al extraño ser cuya faz expresó la viva emoción que lo embargaba; con mano temblorosa, tratando de dominar sus nervios, exploró la cavidad que la puertecilla había dejado al aire y pronto tropezaron sus dedos con una cartera de plástico que en varias ocasiones había visto en manos de Stanley; afanosamente la extrajo y estuvo revisando los papeles que había en ella y terminó expresando su satisfacción con un gruñido.

-Sí. Parece que está todo completo.

Guardó la cartera en una abertura a modo de bolsillo de su ceñida malla, pasando luego a asegurarse de que el escape de gas “cob” que él había abierto continuaba inundando la habitación del venenoso producto y se dirigió a la puerta del departamento, seguro de que Stanley no podía sobrevivir más que algunos minutos, tal vez ni eso. Dirigió una postrer mirada a su víctima y tras abrir la puerta, la traspuso, cerrando tras sí.

* * *

El portero levantó la cabeza, sorprendido al oír el juvenil repiqueteo de los tacones femeninos sobre el pulido enlosado, sintiéndolo casi como una profanación en un lugar como aquel donde sólo habitaban hombres solteros y donde muy raramente se veía alguna mujer. Sus ojos, un tanto irritados, se posaron sobre la armoniosa figura femenina que, al avanzar a su encuentro, ofrecía a contraluz su recortada silueta que aparecía aureolada de luz, causando un efecto de deslumbrante belleza que acabó por desquiciar al irritado cancerbero, hombre de porte servil y ademanes adustos. Con gesto que trató de hacer imponente se adelantó a la joven, oponiéndose a su paso.

-¿Puedo servirle en algo, señorita? Sabrá que esto es una residencia...

-Sí. Lo sé -le atajó la joven-. Y me tiene sin cuidado. Vengo al piso primero, departamento C. El señor Stanley me espera...

Al oír el nombre de Stanley el portero se afectó visiblemente y ya se disponía la joven a pasar cuando el hombre la atajó, colocándosele delante.

-Lo siento, señorita, pero el señor Mark Stanley ha dado orden de que no se le moleste.

-Eso es imposible, buen hombre. Indudablemente usted sufre un error. Tal vez haya sido otro quien le ha dado esa orden...

-No, señorita. Ha sido el propio señor Stanley. Conozco bien su voz y además he comprobado en el cuadro que se trataba de su departamento.

-Está bien. A pesar de ello, subiré. Yo cargo con toda la responsabilidad.

Trató la muchacha de seguir su paso, pero el portero tornó a detenerla, cogiéndola esta vez por el brazo.

- ¡Le he dicho que no se le puede molestar y no le toleraré...!

Pero el portero no continuó la frase. La joven se había desasido con gesto violento, apareciendo luego en su mano una pequeña pistola con la que le apuntó al estómago.

-Le he dicho que me aguarda y pasaré a despecho de lo que sea -aseguró la joven con gesto decidido-. ¡Venga! Métase en su garita.

-No es necesario, señorita, yo... -trató de disculparse el portero cuyo rostro denotaba servilismo y miedo.

-¡Basta! -atajó ella secamente empujándolo con bastante violencia en dirección a la garita-. ¡Métase ahí dentro!

Contra su voluntad penetró el portero donde la joven le indicaba y ésta se apresuró a cerrar la puertecilla con llave.

Podía libertarse el portero rompiendo la frágil puerta de pequeños cristales inastillables, pero para entonces la joven ya podía estar en el departamento de Mark Stanley sin tropiezo alguno.

Ocupó la joven el ascensor abandonándolo a poco frente al departamento que ocupaba Stanley y se dirigió presurosa a la puerta del mismo, repiqueteando en ella con los nudillos de su mano.

-¡Abre, Mark! ¡Soy yo, Linda!

Detúvose la joven a escuchar unos momentos y viendo que no le

abrían ni la respondían tornó a apremiar.

-¡Abre pronto, Mark! ¡Soy Linda!

Tampoco ahora obtuvo respuesta la joven y en cambio, oyó cómo la frágil puerta de la garita donde había encerrado al portero saltaba hecha trizas. No vaciló más y dirigió los rayos de su pistola desintegradora contra la puerta del departamento de Stanley. Desapareció un trozo de ésta, desencajando el resto y dejando hueco suficiente para penetrar una persona.

Iba a penetrar Linda en el departamento cuando un olor que era casi un perfume, dulzón y mareante, concentradísimo, la hizo retroceder. Imaginó lo que era porque había oído hablar de ello a Mark y un desagradable pensamiento la dominó. ¡Mark estaba en peligro, si no había muerto!

El ascensor ascendía en aquel momento, deteniéndose ante el piso. Mas Linda no se detuvo y haciendo provisión de aire en sus pulmones tomó impulso para entrar corriendo en la pieza ocupada por Stanley. El portero que salía en aquel momento del ascensor trató de detenerla sujetándola por un brazo, pero ella se volvió rápida sin darle tiempo a nada y le golpeó en la cabeza, furiosamente, con la culata de su pistola. El hombre se estremeció al recibir los golpes, cubriéndose con las manos, tratando luego de apresarla a su vez; mas ella no se dejó dominar y ciega de furor continuó atacando con extraordinaria violencia, con una energía de la que no se creía capaz, hasta que el hombre cayó exánime con el cuero cabelludo ensangrentado.

La atmósfera del rellano se iba enrareciendo con el gas que salía del departamento y Linda corrió a abrir dos de las ventanas laterales del mismo, estableciendo una fuerte y purificadora corriente de aire.

El aire fresco le devolvió un tanto la calma y despejó su cerebro y sus pulmones y haciendo acopio de nuevo, corrió sin respirar, penetrando en el departamento de Mark. Notó el vaho caliente del gas y se apresuró a abrir dos ventanas del departamento que permanecían herméticamente cerradas, con las fisuras cubiertas con algodón en rama.

Cuando terminó de abrirlas sintió que los pulmones le estallaban y asomando la cabeza fuera, expelió el aire de los pulmones, viciado ya, y aspiró aire nuevo, que sintió delicioso renovando sus energías.

Corrió entonces Linda a la pieza contigua donde Mark tenía instalado su pequeño laboratorio de experimentaciones y se colocó rápidamente una de las caretas antigás que aquel poseía. Tranquilizada en este sentido corrió

entonces a cerrar el escape de gas "cob", uno de los inventos de Stanley y que el desconocido había dejado abierto.

Abrió Linda todas las ventanas del departamento y pasó luego a preocuparse de Mark, arrastrándolo hacia el rellano de entrada, donde el gas no había tenido tiempo de concentrarse ni estabilizarse siquiera.

Se apresuró Linda entonces a aplicarle el antídoto que conocía por el propio Mark y antes de que pasara mucho tiempo, el joven entreabrió los ojos contemplando con expresión vaga el rostro que tenía delante.

-¿Qué ha sucedido?

-No lo sé, Mark. Yo te explicaré mi parte y tú dirás la tuya...

El portero volvía en sí de su desmayo y trató de escurrirse al ver que la joven atendía a Mark, pero Linda no le perdía de vista y le detuvo apuntándole con su pistola.

- ¡Estése quieto o le voy a dar un disgusto serio!

-Pero yo me he limitado...

- ¡Cállese! Y, sobre todo, no se mueva...

Mark comenzaba a darse cabal cuenta de lo que le rodeaba y un pensamiento de lo que podía haber sucedido comenzó a atormentarle.

-Ayúdame, Linda. Vamos dentro. No quisiera que lo sucedido trascendiese...

-Pero está la puerta...

-Es cierto. Tendrán que arreglarla cuanto antes. Temo que ha debido ocurrir algo muy grave.

Mark se había puesto en pie y Linda le interrogó:

-¿Eres capaz de valerte por ti mismo?

-Perfectamente. Has llegado tan a tiempo...

-Pues entra que yo te sigo. No quiero que este tipo se nos escape. Su actitud no me ha agradado...

-¿Poco clara?

-Al contrario. Para mí demasiado clara. Y lo declaro culpable. Este tipo, por lo menos, es cómplice. Porque tú no has intentado suicidarte, ¿no es eso? Tú no eres de los hombres que se suicidan.

-¡Naturalmente que no, Linda!

Obligó Linda a penetrar al portero en el departamento de Mark e inmediatamente se encaró con él mientras el propio Mark corría junto a la caja

de hierro empotrada en la pared abriéndola por el mismo procedimiento que había empleado el desconocido. Un temor que pronto se convirtió en certidumbre, le dominaba. Tornó a cerrar la caja y se encaró con Linda.

-¡Ha ocurrido algo muy grave, ¡Linda! ¡Algo que no debe trascender!

Al hablar, Mark Stanley había empleado el idioma alemán, presumiendo que el portero que se hallaba sentado en uno de los sillones lo desconocería.

-Ya me lo imagino, Mark Stanley. Hablaremos más tarde de eso. Primero entérate del contenido de esa carta que hay en el lugar donde caíste. La letra del sobre es tuya.

Mark tomo la carta que había dejado el desconocido y la abrió.

-¡Son mi letra y mi firma! Pero es apócrifa. Yo no he escrito esto. Sin embargo, el que la ha escrito conoce bastante bien mis asuntos y explica de forma bastante plausible las causas que me han llevado “al suicidio”. Y esta firma, no cabe la menor duda que es la mía. Si no fuera porque yo sé que no lo he hecho, me haría vacilar...

Linda refirió entonces a Mark la oposición que había hallado en el portero al intentar llegar hasta su departamento. El portero, que había permanecido silencioso, pretendió justificarse.

-El señor me dio orden por teléfono de que nadie le molestase...

Mark Stanley se volvió como si le hubiese picado una víbora y descargó una sonora bofetada en el rostro del portero, derribándolo al suelo estrepitosamente.

-¡Embustero! Sabe usted de sobra que yo no le di orden alguna.

El hombre permaneció en el suelo, sin acabar de decidirse a levantarse, mirando medrosamente hacia Mark.

-Si no era usted, era su voz. Además, vi en el cuadro indicador que era desde su departamento desde donde hablaban.

-Levántese. Es posible que hayan representado esa farsa, pero después de eso me ha visto usted subir seguramente, ¿o prefiere que le refresque yo la memoria? -interrogó Mark con acento irónico. Y añadió-: ¡Vamos! Desembuche en seguida. Quién y cuánto le han pagado por su parte en el “trabajo”...

El portero se había decidido a levantarse y respondió tímidamente:

-Le aseguro que he dicho la verdad...

Pero la frase fue cortada por otra bofetada que le volvió a derribar.

-¡Rata inmunda! ¡Estoy dispuesto a machacarte si no dices la verdad! Y después de machacarte yo, a entregarte a la policía. No me ha agradado nunca tu aspecto...

El hombre, en el suelo, comenzó a temblar como un azogado.

-¡No! ¡La policía, no! ¡Yo se lo diré todo! Él me dijo que sólo quería gastarle una broma al señor y me amenazó si yo no accedía.

-¿Quién es él?

-¡Me matará si lo digo!

-Y si no lo dices te mataré yo... ¡Pronto! ¿Quién es él? Y no temas porque él no se atreverá a acercarse.

El portero se volvió hacia la entreabierta puerta, tal que si temiera ver aparecer por ella algún fantasma y con voz débil habló:

-El señor coronel Ludow.

-¡El coronel Ludow! Me lo imaginaba, pero necesitaba estar seguro de ello.

-Él conocía mi pasado. Sabía que estuve varias veces en prisión y que la última me fugué quebrantando la condena. Le conocí allí cuando el escándalo aquel en que lo expulsaron del ejército. Pero le juro que yo ignoraba que pretendía matarle...

-Eres un embustero y una mala ficha. Vas a continuar en tu puesto, sin intentar escaparte...

CAPÍTULO II
RUMBO A JÚPITER

Cuando el portero hubo salido, Mark y Linda quedaron frente a frente. El hombre se pasó la mano por la frente con ademán de fastidio y la muchacha se aventuró a preguntar:

-Es muy grave la cosa, ¿verdad?

-Gravísima. Esas cosas en manos de un hombre sin conciencia como Ludow pueden ser una verdadera catástrofe.

-¿Puede saberse lo que se ha llevado?

-Sí. Pero tienes que ser discreta. Tú hubieras sido la primera en darlo a la publicidad una vez autorizado por el Estado Mayor, aun antes de realizar las pruebas oficiales. Son dos nuevos descubrimientos míos para protegernos de cualquier ataque que pudiese venirnos por el aire de cualquier otro lugar del Universo. Hace tiempo que me tenía inquieto las continuas piraterías de las gentes de Venus y las de Júpiter y me puse a trabajar sobre ello. Por eso me había retirado del ejército. Lo primero es un aparato emisor de ondas invisibles, pero de una potencia extraordinaria y que hacen explotar cualquier artefacto en movimiento a distancias superiores a los quinientos mil metros. El aparato, combinado con el nuevo radar, localiza los artefactos a grandes distancias. Una vez localizados, automáticamente apunta la especie de cañón emisor de rayos y dispara. El tiro es infalible, pues la emisión de ondas destructoras está sincronizada con las ondas del radar y es imposible evitar la explosión, que sólo se produce al choque con el avión, buque o tanque. Y poseen también estas ondas la propiedad que se propagan como el nuevo radar en línea recta o en curva paralela a la tierra si así conviene.

-¡Es terrible! Hay que coger a Ludow antes de que pueda escapar.

-El segundo invento tiene una importancia defensiva extraordinaria. Se trata de una energía de tipo similar a la anterior, pero cuya forma de empleo es diferente por sus características. Esta energía, en estado latente y en forma de gas, se siembra en el aire por los lugares en que se esperan los ataques enemigos y allí queda. Su especial composición hace que las corrientes de aire no la arrastren y que se mantenga en el mismo sitio en que se la dejó sin que los cambios de temperatura puedan influir tampoco en ella. Al penetrar aeronaves, proyectiles dirigidos, cualquier vehículo que lleve una velocidad superior a los trescientos kilómetros por hora, el choque producido

por el desplazamiento del aire, produce una violenta reacción en el gas, que explota haciendo explotar a los vehículos que se hallan dentro de su órbita. Y Ludow se ha llevado la fórmula y procedimiento de fabricación en gran escala de ambos productos, planos de las máquinas necesarias para ello así como de los aparatos que deben proyectar las ondas ROC, nombre de las primeras y el gas VIC, nombre del segundo. ¿Tengo motivos para estar desesperado?

-Motivos sobrados, pero es momento de actuar.

-Lo mismo pienso. La perfidia de Ludow me coloca en difícil situación ante el Estado Mayor y por eso quiero evitar que la cosa trascienda. Además, si la noticia llegase a conocerse, el pánico se apoderaría de las gentes y no sé lo que podía llegar a ocurrir.

-¿Conoce el Estado Mayor la importancia de los inventos y el punto en que los tenía?

-Exactamente, no. Daré largas al asunto diciendo que debo realizar algunos estudios en otros planetas. No sé si llegarán a tragar el anzuelo, pero debo intentarlo.

-¿Crees que Ludow puede haber salido de la Tierra?

-¿Qué duda cabe? Si no ha salido saldrá de un momento a otro.

-Podemos avisar rápidamente para que vigilen las salidas...

-Ya lo he pensado, pero estoy casi seguro de que no conseguiré nada. No obstante, lo voy a intentar. Daré como motivo para su detención un robo de joyas... pero no. Los del Estado Mayor se echarían en seguida sobre mí y me quitarían las pocas posibilidades que tengo. Debo callar y actuar solo. Me acusarían de negligencia y mis enemigos se aprovecharían. El escándalo sería terrible... y yo quedaría atado de pies y manos que sería lo peor de todo.

-Creo que has hecho mal en soltar tan pronto a ese hombre. Él sabrá cosas de Ludow.

-No lo creas. Ludow no es de los que se confían a nadie. Me vas a hacer un favor, Linda.

-Estoy dispuesta a ayudarte en todo.

-El seis de diciembre hace diez años que expulsaron a Ludow del ejército. Antes de ello se vio su proceso, estuvo encarcelado, etc. Con tal motivo los periódicos hablaron mucho de él. De lo bueno y de lo malo. Apareció la historia de su vida y hasta la de sus padres y abuelos. Sus hechos notables y sus acciones feas. Tiene bastante de unos y de otras...

-¿Y bien?

-Necesito las colecciones de prensa de aquella época, saber lo que se dijo de él. Aquel año estaba yo destacado en Marte y no pude seguir la cosa como hubiera deseado. Tal vez en la historia de su vida encontremos algo que nos sirva de guía.

-¿Qué piensas?

-Nada en concreto aún. Él ha robado eso porque necesita dinero. Él siempre necesita dinero para llevar su fastuosa vida. No creo que tal cosa pueda venderla en la Tierra por dos motivos. Demasiado cerca para él y dado el estado en que nos hallamos no serviría a nadie para fines particulares. No tiene más remedio que haber salido fuera. ¿Venus? ¿Marte? ¿Júpiter? ¿Algún asteroide? Tiene que haber acudido allá donde le conozcan y haya un principio de acuerdo y donde le ofrezcan alguna garantía. Pues bien. Debemos averiguar rápidamente cuál es este lugar, localizarlo lo más exactamente posible.

-Está bien. Buscaré esas colecciones rápidamente, las repasaré y acotaré todo lo que pueda ofrecer interés.

-Magnífico. Yo trataré de tener conocimiento de todas las comunicaciones interplanetarias que pueda haber habido en los últimos dos meses, sobre todo la procedencia de aquellas que hayan sido cifradas y no oficiales.

-Es una buena idea.

-Eso creo. El tiene que haberse mantenido en contacto con alguien para ofrecer la mercancía y discutir precios.

-¿Y si todo esto fracasa?

-No quiero pensar en ello, Linda. Pero yo soy de los que jamás se dan por vencidos y si preciso es, atacaré con sus mismas armas...

* * *

Mark Stanley se despojó del sombrero y se dejó caer con gesto de cansancio en un butacón en el departamento de la residencia de señoritas en que Linda habitaba.

-Estás cansado, Mark. ¿Te apetece una taza de té?

-Prefiero café. ¿Cómo te han ido las cosas?

-Bastante bien. He conseguido mucho. En ese montón que ahí ves está reflejada toda su vida y milagros. ¿Y tú, qué has conseguido?

-Demasiadas comunicaciones y nada en concreto. Parece que esta última temporada se han divertido intercambiando ideas y mensajes, pero no hay nada que me pueda interesar. Tal vez haya otro intermediario en la misma Tierra, pero lejos de aquí y Ludow comunicase con él y él con quien fuese.

-Cabe en lo posible. Están también las cuatro islas interplanetarias. Cualquiera de ellas puede haber servido de escala.

-Si, es posible, pero no fácil. Las emisiones allí están demasiado controladas para que nadie, por audaz que sea, se exponga a un patinazo.

-¿No cabe una clave en las mismas comunicaciones oficiales?

-No se puede decir que no, pero también es difícil. Veamos esa historia de Ludow.

Entregó Linda las diversas colecciones de periódicos a Stanley y mientras ella preparaba el agradable brebaje, Mark se sumió en la lectura de los trozos que ella le había destacado.

Sirvióle Linda y el hombre continuó leyendo hasta que lanzó un silbido de asombro, apurando de un trago el resto de su taza de café.

-¿Has visto esto, Linda? ¡Aquí hay algo de interés!

-Sí. Lo he visto. De bastante interés. En números siguientes encontrarás una amplia información, pero yo he ido más lejos y te he buscado los periódicos de la época a que la expedición se refiere. De hace unos 22 años. Tú eras un crío y yo acababa de nacer. Traen una amplia información gráfica del caso y debes procurar no desmayarte.

Stanley levantó la vista contemplando a Linda con gesto atónito.

-¿Por qué me había de desmayar?

-Porque vienen varias fotografías de mi rival...

-¿Tu rival? No te entiendo.

-.Pues es fácil. La dama del cuadro, la dama de quien estás enamorado. Se llama señora Ross, Thelma Ross... Si vive, cosa que no creo, tendrá ahora alrededor de cuarenta y cinco años.

Mark Stanley dio un respingo en su silla.

-¿Quieres decir?

-Si lo lees, te enterarás al detalle. Hace veintidós años que partió una expedición de exploración hacia una determinada región de Júpiter. La expedición la dirigía el profesor Ross e iba con él, además de otros, su esposa, también científica, discípula de Ross. El final de la expedición fue un

verdadero desastre según se pudo saber por Ludow, único miembro de la misma que consiguió salvarse después de una lucha desesperada, el único hombre que regresó.

-¿Sabes que eso es muy interesante, Linda? -comentó Stanley arrastrando las sílabas significativamente.

-Mucho, Mark. De un tiro he matado dos pájaros. He descubierto a la damita del cuadro y nos hemos puesto sobre la pista de Ludow. Fíjate bien en todo mientras yo voy a recoger unos informes sobre la situación de nuestras fuerzas en Júpiter.

Sin aguardar a más se dedicó Mark a la lectora, mientras Linda salía en demanda de los informes que necesitaban.

* * *

-¿Qué hay de nuevo? -interrogó Mark al ver entrar a Linda.

-Ahí tienes una carta bastante detallada de la región de Júpiter que nos interesa. ¿Y tú, has sacado algo en limpio?

-He sacado bastante. He analizado cuidadosamente las declaraciones de Ludow cuando regresó de la desgraciada expedición, he estado viendo toda una serie de antecedentes cuando su proceso y he sacado la consecuencia de que debe estar camino de Júpiter. No me extrañaría nada que la desgraciada expedición fuese entregada por él y ahora no se ha atrevido a repetir conmigo, aunque lo ha intentado. Al repasar todo esto me han venido a la memoria algunas de las conversaciones mantenidas con él y determinadas proposiciones que llegó a esbozar, pero que no determinó ante mi actitud. Por eso, en vez de llevarme a Júpiter como seguramente eran sus deseos, ha tenido que conformarse con robar el fruto de mis trabajos y vendérselos a ellos. Pero veamos esa carta que me has traído.

-Me la ha facilitado Lange.

Linda extendió sobre una mesita una carta bastante detallada de una extensa región de Júpiter y señaló en ella una zona.

-En esta zona residen nuestras fuerzas. El pretexto para mantenerlas allí es la protección de los pueblos que habitan en esas llanuras contra los asaltos de los hombres de la montaña, pero la realidad es otra. Había que terminar con los actos de piratería cuyo centro era Balagia y que no sólo se extendían sobre los otros países del planeta, sino que llegaban ya hasta Marte, Venus y Saturno. Y no atacaron nuestra Isla Interplanetaria número 1 porque

se les atajó a tiempo.

-Conozco algo de eso.

-Nuestro "protectorado", se extiende hacia estos países: Aracnia, Dunkel-land, Felsenwald, etc., pero se necesitaría un ejército demasiado numeroso, por lo que se ejerce desde Balagia y Flach-landia. Las relaciones de nuestro mando militar con los caciques y tiranos de estos países son muy políticas y se ha de emplear mucho tacto por parte del Residente General para mantener unas buenas relaciones. Así y todo, continuamente hay pequeñas fricciones, caen soldados, son atacados puestos pequeños...

-Ya comprendo.

-La verdad es que aquella gente es muy celosa de su independencia...

-Es posible. Conozco bastante eso. Son celosos de su independencia, pero no quieren respetar la de los demás. Quieren vivir solos para poder preparar tranquilamente y llevar a cabo con éxito sus piraterías.

-Así es. Lo cierto es que hay zonas en que nuestros soldados no pueden penetrar y que el que penetra, no suele salir; zonas que viven en un estado latente de rebelión...

-Sí. Y que es el estado más apropiado para que los aventureros sin escrúpulos del tipo Ludow tengan un buen ambiente. ¿No es precisamente en Aracnia, cerca de la frontera con Dumkel-land y Balagia, donde desapareció la expedición Ross a que nos referíamos antes?

-Así es,

-Pues allí está mi hombre. ¿Me ayudarás a hacer los preparativos para la expedición? Eres una mujer eficiente en grado sumo y tu ayuda me ahorrará ese tiempo que necesito ganar a toda costa.

-¿No te resulto más que eficiente?

En la voz de Linda había un dejo de amargura que llamó vivamente la atención de Mark.

-¿Por qué lo dices? Me resultas también encantadora.

-¿Tanto como la damita del cuadro?

-¿Qué te ocurre, Linda? -respondió Mark extrañado-. Ella no es de este mundo y no te roba ni un ápice de mi afecto. Yo...

-No es necesario que continúes, Mark. Me lo sé de memoria. Soy un excelente camarada, te gusto, no sabrías vivir sin mí, pero no eres capaz de casarte. El matrimonio no es para ti. Me lo has dicho miles de veces. No eres

un hombre apasionado, me lo has dicho también muchas veces. ¡Eres odioso y no sé cómo continúo a tu lado!

-Comprendo que si continúas cerca de mí es porque sabes que te necesito y te lo agradezco. Eres abnegada y no lo puedes remediar. Tal vez cuando algún día se calme mi sed de aventuras, si no he hecho tarde, te pediré que te cases conmigo y nos retiraremos a algún rincón...

-Gracias, Mark. No sé cómo pagarte tanta bondad -respondió Linda sarcásticamente-. Creo que es mejor que nos ocupemos de nuestro viaje. ¿Cuándo deseas que salgamos?

-No pienso llevarte, Linda. Quiero salir antes de tres días... Esto es, la madrugada del tercer día... Te haré una lista...

Pero Mark se vio interrumpido por e! resuelto ademán de Linda.

-No es necesario que me hagas lista porque no pienso ayudarte. Empiezo a estar cansada y tú ya eres mayorcito para valerte por ti mismo, ¿no es eso? Pues arréglatelas como puedas. Puedes disponer de mi departamento como si fuera tuyo. ¡Hasta nunca!

Mark, con gesto atónito, vio cómo Linda se ponía de nuevo su gorrito, tomaba su bolso y dirigiéndose a la puerta salía por ella dando un portazo que hizo retemblar el piso.

- ¡Eh, Linda! ¡Aguarda un momento!

Pero Linda descendía ya en el silencioso ascensor y no podía oírle.

* * *

La aguda estructura del “Vamp-22”, propia para perforar los espacios a velocidades meteóricas, reposaba sobre el pequeño campo particular de despegue, desde donde Mark Stanley había decidido salir para evitar toda posible publicidad. Roy Marwin y David Bootler, sus dos compañeros de viaje, oficiales en activo destinados a Balagia, se hallaban ya en la cabina del “Vamp-22”, y el propio Stanley estrechó una por una las manos a los auxiliares que quedaban en tierra, se colocó el casco y subió rápidamente la escalera hasta la cabina, desapareciendo en ella tras un último ademán de despedida a los que se quedaban.

La puerta se cerró herméticamente tras él, y el hombre lanzó una mirada en derredor. En aquel estrecho lugar debía permanecer los largos días que duraría la travesía con la sola compañía de los dos elegidos para la aventura y que, como él, inspeccionaban con la mirada los instrumentos

alineados ante ellos, en su mayoría automáticos, y que les permitirían un viaje relativamente descansado, ya que les resolverían por si la mayoría de los problemas que les plantearía el largo viaje por zonas de composición tan dispar y con cambios de temperatura demasiado frecuentes y radicales. La dirección del “Vamp-22” era un auténtico “robot”, lleno de sensibilidad, hasta el extremo de que podía decirse de él que tenía cerebro.

Los tres hombres lo sabían perfectamente y sonrieron confiados, seguros de sí y de la maravillosa máquina, la más veloz y perfecta de las creadas hasta el momento.

Mark Stanley se aseguró de que el acoplamiento de los aparatos emisores de ondas ROC era perfecto y de que habían cargado todas las reservas de ellas, así como de que habían colocado los pequeños torpedos monoplazas cargados de su otro invento: el gas VIC. Pero a pesar de ello sabía que no tenía segura la victoria y que debía bregar mucho y bien si quería lograrla.

Desde lo alto de la cabina, los ayudantes que habían quedado en el campo le ofrecían una cómica perspectiva que le hizo reír: le parecían pequeños monstruos. Correspondió al último saludo de ellos y se volvió a sus compañeros, situado cada cual en su sitio:

-¿Todo dispuesto?

-Dispuesto.

Los motores y reactores del “Vamp” fueron puestos en marcha, y el fuselaje del cohete, brillante, totalmente aerodinámico, se estremeció visiblemente.

Keller, el ingeniero creador del “Vamp”, interrogó desde el campo. Su voz se notaba emocionada.

-¿Cómo va ahí dentro?

-Perfectamente, Keller. No se nota la menor vibración. Tendremos un cómodo viaje. Que despejen el campo. Hasta pronto...

Observó Mark cómo Keller y los auxiliares se separaban del cohete dejando el espacio libre, y con firme decisión movió la manivela que ponía en libertad la energía para el despegue. La nave se puso en movimiento con un suave tirón e inmediatamente percibieron sus tripulantes una sensación de ingravidez. Aún tuvieron tiempo de ver a Keller y los auxiliares que pronto ¡fueron sólo unas motilas.

Mark dirigió entonces su mirada hacia el altímetro y vio cómo señalaba los 6.000 metros, pasando rápidamente a los 7.000, los 8.000...

CAPÍTULO III
SORPRESAS

Llevaban bastantes días de navegación y Mark se hallaba satisfecho del funcionamiento de los diversos aparatos y una vez más comprobó que la presión del interior de la cabina, regulada automáticamente, era la precisa, así como la temperatura, tan diferente de la exterior a que en aquel momento se veía sometida la aeronave cohete. Se habían producido a lo largo del viaje dos pequeñas averías, pero por medio de la electrónica, éstas habían sido reparadas automáticamente.

De improviso se oyó un ruido en el fondo de la cabina y los tres hombres se volvieron sobresaltados a tiempo de ver cómo una especie de fardo se desprendía del lugar en que se hallaban encajados los torpedos y se les veía encima. Sendos gritos escaparon de sus gargantas, pero el fardo, al caer pesadamente en el fondo de la cabina quedó inmóvil, pudiendo ver entonces los tres tripulantes de la aeronave que se trataba de un ser humano.

-¡Un espía! -exclamó Marwin montando su pistola y saltando sobre el ser que yacía inmóvil.

Marwin estaba exaltado y Stanley hubo de intervenir rápidamente para evitar algo que podía ser irreparable.

-¡Quieto, Marwin! Temo que te has equivocado. Me parece que “esto” no es un espía... Hubiera preferido que lo fuera -añadió a tiempo que se inclinaba sobre el caído cuerpo y lo volvía cara arriba.

El bello rostro de Linda Leisen, pero demacrado, empalidecido y con los ojos cerrados, se mostró a los tres hombres.

-¡Linda Leisen! ¿Cómo habrá podido meterse aquí? -exclamó Bootler.

Mark Stanley le contempló con expresión de lástima.

-¡Pobre Bootler! ¿No sabes que cuando una mujer se propone una cosa la logra casi siempre?

-Y cuando se trata de Linda Leisen, lo logra siempre -corroboró Marwin con acento de profunda convicción.

Habíanse inclinado los tres hombres sobre la muchacha, tratando de reanimarla. Linda abrió los ojos y los posó con expresión de arrepentimiento en el rostro de Mark que se mostraba severo.

-¡Oh, lo siento! Creí que podría llegar inadvertida hasta el final, pero la debilidad me ha vencido. Hice mal el cálculo de mis provisiones... -expresó

la joven con débil voz.

-¡Tiene hambre! Pronto, una taza de caldo con vitaminas -exclamó Stanley.

Y luego, cuando los dos compañeros se alejaron, uno para atender la petición y el otro para vigilar e! vuelo de la aeronave, añadió con acento duro:

-Debí figurarme que harías una cosa así, pero no te hagas ilusiones porque en cuanto lleguemos a Balagia tomaré mis medidas para que seas devuelta a la Tierra en la primera aeronave que salga de allí.

Linda esbozó una sonrisa ambigua.

-Imaginé que harías algo así y por eso resistí tanto como pude. Y lo siento, pero comprendo que he sido vencida. En la vida hemos de saber admitir nuestras derrotas.

Mark se sintió conmovido y Linda llegó a pensar que iba a ceder, pero no fue así.

-Sé que te debo mucho Linda, pero me alegro de haberte descubierto. No quiero que continúes. La tarea es dura y no quiero que caigas en ella. Por mi parte, en cuanto le de fin, regresaré en tu busca y nos casaremos si sigues queriéndome.

-Gracias, Mark, pero no quiero limosnas de amor. Sé que pretendes pagar así mis servicios y el desconsuelo que se haya producido en mí al ser descubierta, pero no lo admito. Y no me hables más de este asunto porque no lo admitiré... Y ten en cuenta que me fastidia terriblemente que se me compadezca.

Bootler llegaba con el caldo, que la joven bebió, sintiéndose reconfortada. Dio las gracias a sus amigos y se aisló de ellos. Necesitaba pensar.

* * *

Linda, que había mantenido una feroz independencia en la aeronave, al salir ésta de entre una formación de nubes, logró divisar el planeta Júpiter que por aquella parte y según las referencias que la muchacha tenía, imaginó que sería punto menos que inabordable. Era aquella una zona helada, envuelta en vaporosas nubes que a veces se arremolinaban veloces y otras descansaban mansas, pesadas, cargadas de no se sabía qué. Probablemente allí no existía aún la vida y de existir, sería bajo formas monstruosas. La zona helada fue quedando atrás y la altura a que volaba el cohete permitió a Linda ver que

volaban entonces en zona de espesa vegetación sobre la que se cernían jirones de nubes. Daba la sensación de dominar allí una extremada humedad y aquello podría ser el reino de las alimañas, lejos aún de toda posible civilización.

La aeronave cohete volaba casi paralelamente a la corteza del planeta. La penetración así no era demasiado rápida, pero les permitía una mejor observación y las máquinas fotográficas y cinematográficas, estratégicamente situadas, iban impresionando placas y metros de película, recogiendo al detalle los accidentes visibles que más tarde les permitía la corrección de las cartas geográficas que ya existían y el formular nuevas cartas de las zonas aún por explorar.

Linda parecía abstraída en la contemplación del paisaje, pero no perdía detalle de los comentarios y observaciones que los tres hombres hacían.

Prontamente pudo apreciar que llegaban a zona civilizada y que volaban por encima de aglomeraciones urbanas. Algunas ciudades de extraordinaria extensión desfilaron bajo sus ojos atónitos. No imaginaba que se podía encontrar aquello allí, pero hubo de rendirse a la evidencia. Escuchó a sus compañeros de viaje nombres conocidos por las cartas geográficas que habían llevado a Mark y finalmente el nombre que ella consideraba mágico: Balagia, país de los hombres lagarto. En todo aquel extenso país y en el vecino Flach-landia, base del protectorado ejercido en Júpiter, encontraría fuerzas de la Tierra. Aquel era el lugar idóneo para llevar a cabo su proyecto de despistarse de sus compañeros de viaje, en particular de Mark Stanley.

El “Vamp” volaba cada vez a menos velocidad, signo evidente de que sus compañeros se disponían a tomar tierra y Linda se decidió a obrar rápidamente. Con todo sigilo se fue corriendo hasta la parte trasera de la aeronave, donde se hallaban los equipajes y cargó con un pequeño equipo que tenía ya dispuesto. Aseguróse también de que las correas de su paracaídas estaban seguras y bien sujetas y convencida de ello hizo presión sobre un pulsador con lo que se abrió automáticamente la portezuela dedicada a la carga y descarga de los equipajes, y la muchacha, sin vacilación alguna, se lanzó por ella al espacio. No era la primera vez que efectuaba tal ejercicio y con toda serenidad manipuló su paracaídas que se abrió como un inmenso hongo, deteniendo la vertiginosa caída.

Linda, meciéndose al extremo del paracaídas, hizo un ademán de

despedida a sus compañeros a los que imaginaba presos de la mayor sorpresa. Le hubiera gustado contemplarlos por un agujerito, sobre todo a Mark Stanley. Esbozó una enigmática sonrisa y se dispuso a tomar tierra. Un grupo de soldados salidos de una especie de "bunker" situado en mitad de una vasta llanura, corrían en la misma dirección que ella, sin duda con la idea de poderla coger tan pronto como tomase tierra.

Por su parte, Mark Stanley y sus dos compañeros de viaje, al sentir penetrar la violenta corriente de aire por la portezuela, corrieron como un solo hombre a ella y aún llegaron a tiempo de ver cómo Linda desaparecía por el agujero cuadrangular

-¡Se va a matar! -exclamó Marwin.

-No hay cuidado -repuso Stanley-. La suerte es siempre su aliada y al final consigue lo que se propone... Voy a avisar por radio para que la detengan, pero temo que no conseguiré nada. Me ha ganado la partida...

* * *

El ex-coronel Ludow, el hombre siniestro que intentara asesinar a Mark Stanley con el gas "cob", robándole todo lo referente a sus últimos inventos, las ondas ROC y el gas VIC, se hallaba de pie ante un extraño ser que le contemplaba con sus ojillos crueles, incisivos, en los que brillaban en aquel momento destellos de maliciosa alegría.

Ludow tenía cuarenta y ocho años de edad, pero su rostro, señalado por los estigmas del vicio le hacía aparentar bastante más, así como sus espaldas, poderosas pero ligeramente curvadas ya. Vestía Ludow un traje de reflejos metálicos bastante ajustado al cuerpo y que tenía de relieve su poderosa musculatura y su cabeza la llevaba cubierta por una extraña escafandra de material transparente y de la parte alta de la cual salían dos finos y flexibles tubos que morían en un pequeño depósito adosado en la parte trasera de la propia escafandra. Tal escafandra le era necesaria para subsistir en un territorio como el de Aracnia, donde la atmósfera, cargada de gases nocivos para aquellos que no eran producto del país, les hubiera hecho imposible la, vida en el mismo.

El extraño ser ante el cual se hallaba de pie Ludow, era el mismísimo Aracnio-Bat, rey de Aracnia o país de los hombres araña.

El extenso territorio de Aracnia se hallaba en plena evolución geológica y climatológica y pese a ello, a los inconvenientes que esto le

imponía, era poseedor de una civilización que, en muchos extremos, era verdaderamente envidiable. Aracnio-Bat, su rey, era ambicioso y sabía que para la consecución de sus fines de dominación necesitaba de la civilización y no vacilaba en hacerla avanzar a trueque de lo que fuese, sin importarle el sacrificio de vidas, ni retroceder ante la monstruosidad si ésta servía a sus fines.

Aracnio-Bat, al igual que los demás naturales del país, estaba conformado de una forma un tanto extraña, pero que se adaptaba perfectamente al medio ambiente natural del país del que formaban parte.

La cabeza de los hombres araña era redonda y pequeña y su piel era de un color semejante al de la tierra. Carecían de nariz tal como los hombres la concebimos, pero tomaba el aire que necesitaban por un agujero que tenían situado en la parte alta de la cabeza, el cual, tras pasar el aire por unos filtros que lo purificaban, transformando las materias nocivas que contenía el aire en otras necesarias para el organismo, lo llevaban a los pulmones, siendo luego eliminado el aire enrarecido por una especie de finísimos tubos que poseían en los dos pares de brazos y en las piernas. Tales extremidades, cubiertas de fina pelusa, eran finas y fuertes, como de acero y por medio de ellas los aracnios producían como una especie de hilo viscoso que se secaba rápidamente, tan pronto entraba en contacto con el aire. Con este hilo tendían trampas, redes para cazar a sus enemigos; servíanse también de él para, colgados, saltar de una parte a otra y también para defender su cuerpo, formando telas con él, telas de gran poder aislante contra el enemigo mortal de los aracnios: la electricidad en cualquiera de sus manifestaciones. El lenguaje de los aracnios, por medio de sonidos silbantes, era producido por los mismos tubos de eliminación del aire enrarecido que poseían en las extremidades y era fácilmente comprensible y de no difícil pronunciación para los hombres que habitaban los territorios vecinos.

El cuerpo de los aracnios era pequeño, de poco peso y tenía forma oval, pero su estatura excedía por lo general de los 1,70 metros por la desmesurada longitud de sus extremidades, en particular las inferiores. Carecían de párpados los aracnios, pero sus ojos, salientes y redondos, con un amplio campo de visión, estaban protegidos por una capa de una materia dura y transparente. El cuerpo, sobre todo la parte del vientre, que era la parte más vulnerable, la llevaban protegida por una ligera coraza de fino y durísimo

acero acoplado en escamas, lo que les permitía hacer toda clase de movimientos. Y eran además los aracnios, inteligentes, vivos de movimientos y astutos, con la astucia de los seres primitivos que no hacía aún dos siglos se mantenían en lucha abierta con la naturaleza para poder subsistir.

Con su lenguaje silbante, Aracnio-Bat se dirigió a Ludow:

-Vas a ver y oír algo interesante, viejo amigo Ludow. Algo que te va a sorprender...

Ludow sonrió presuntuosamente.

-Ya sabes que no soy hombre que se sorprenda fácilmente, Aracnio-Bat.

El rey de los hombres araña acentuó su sonrisa, descolgó unos auriculares semejantes a los que él mismo llevaba puestos y se los tendió a Ludow.

-Toma, Ludow. Colócate eso y dirige tu vista a la pantalla.

Con visible temor, Aracnio-Bat manipuló las llaves de la pantalla que se veía al alcance de su mano y mientras la pieza en que ambos seres se hallaban quedaba a oscuras, la pantalla se iluminó, oyéndose un lejano zumbido que fue decreciendo hasta perderse y en la pantalla aparecieron unas figuras humanas que primero resultaron imprecisas, pero que se fueron fijando con toda claridad hasta llegar a vérselas perfectamente. Daba la sensación de una película que se estuviese proyectando con la sola diferencia de que los personajes que aparecían en la pantalla no se les oía hablar, ni se percibían los ruidos que producían. Pero tanto la conversación, como los ruidos, eran transmitidos por medio de los auriculares, por lo que ni Ludow ni Aracnio-Bat perderían nada de lo que los hombres hablasen.

A medida que las imágenes de la pantalla se fueron haciendo claras, Ludow cambiaba su tranquila expresión por la de asombro y temor mientras Aracnio-Bat acentuaba su gesto de cruel ironía. Ludow finalmente no se pudo contener y exclamó:

- ¡Mark ¡Stanley! ¡Stanley en Júpiter!

-Veo que te ha sorprendido, Ludow. Tú estabas seguro de no haber dejado rastro alguno. Creías que Mark Stanley habría muerto... Te vas volviendo viejo, Ludow y comienzas a fallar. Pero ya hablaremos de esto. Ahora resultará más interesante saber de qué hablan Mark Stanley y sus dos amigos, llegados con él de la Tierra. Ese que les recibe es el coronel Brendel,

Comandante Militar de la zona y delegado del Residente General. Es un buen "amigo" el coronel Brendel -añadió Aracnio-Bat, matizando sus palabras de ironía-. Algún día lo sentaré a mi mesa. Él a mi derecha y tú a mi izquierda. Es un coloso que parece tallado en piedra y podréis hacer muy buenas migas.

-Le conozco bien y celebraré verlo sentado a tu mesa. Él fue quien presidió el tribunal que me separó del ejército y tengo la seguridad de que me hubiese ejecutado a gusto. Él me inutilizó para la labor de espionaje. Es el responsable de que no te haya podido hacer los servicios que hubiese deseado. Pero callemos y escuchemos...

* * *

Tal como Aracnio-Bat y Ludow estaban viendo y oyendo, el coronel Brendel recibía en aquel momento en el edificio de la Comandancia Militar a Mark Stanley, Marwin y Bootler, los cuales se hallaban ajenos al espionaje de que eran objeto.

-Celebro verles, señores. Siempre agrada recibir visitas de nuestra lejana Tierra y Su Excelencia el Residente General me los recomienda con mucho interés. He oído hablar de usted, señor Stanley y de alguno de sus interesantes trabajos y también he oído hablar del valor de ustedes dos, señores. Es lástima que hombres de tanto valor permanezcan en situación de excedencia, haciendo tanta falta en estos lugares.

-¿No hay tranquilidad ahora, coronel?

-Sí. Pero es sólo aparente. La rebelión está latente. Tenemos un vecino peligroso cuyo pueblo nos es totalmente hostil y no es eso sólo. Tiene soliviantados a los demás pueblos, cuyos jefes le obedecen, unos por temor, otros porque al igual que a él, les estorba nuestra presencia aquí, Somos el obstáculo a sus rapiñas e insanas ambiciones y sólo esperan el momento que consideren propicio para lanzarse en contra nuestra. Ellos saben lo difícil que es mantener una guerra a la distancia que estamos de la Tierra y tratan de echarnos de aquí primero, para luego volcarse sobre otros planetas y sobre la propia Tierra.

Mark Stanley arrugó levemente el ceño. ¿Qué diría el coronel Brendel si tuviese conocimiento de que sus últimos inventos estarían seguramente en poder del terrible enemigo?

-Estoy informado de algo de eso, señor, y puede tener la seguridad de que al menor síntoma de alarma correríamos a ponernos a su disposición. Su

Excelencia el Residente General nos habló de esto, aunque él no ve un peligro inminente.

-Eso es lo malo. En su palacio de Marania las cosas se ven suavizadas por la distancia y no pueden pulsar el peligro como los que vivimos sobre él. Y seguramente si escucháramos al jefe de alguno de los destacamentos avanzados en las fronteras de Aracnia, veríamos que la gravedad es mayor aún de lo que digo. A pesar de ello, no quiero ser pesimista. ¿En qué puedo servirles? Mark Stanley tomó la palabra.

-Para poder continuar nuestras investigaciones necesitamos un producto que, según los estudios geológicos de Muady, tal vez podamos encontrar, precisamente en la zona limítrofe con Aracnia, tal vez en el interior de este mismo territorio. Su Excelencia nos habló de las dificultades y peligros inherentes a nuestra empresa y nos ha dirigido a usted para que nos facilite los útiles e informes que puedan facilitar su labor.

-No quisiera ser indiscreto, pero como militar... ¿Persigue usted algo de interés?

-Sí, coronel. De interés extraordinario. El propio Gobierno de la Unión de Naciones se lo ha comunicado a Su Excelencia el Residente General. Algo de lo que dependen la guerra o la paz futuras. Si encuentro lo que necesito poseeremos unas armas que nos harán temibles y seremos respetados y si alguien nos atacara vería inmediatamente lo equivocado de su acción. Pero esto es un secreto aún. Se trata de una nueva energía y un gas. Están casi conseguidos, pero para que su funcionamiento sea eficaz necesito el producto a que he hecho referencia. Siento no poder decirle más.

-Lo comprendo y gracias por su confianza. Yo les puedo proporcionar guías e informes que les serán muy necesarios. Les proporcionaré también los elementos que les serán indispensables para subsistir en las condiciones atmosféricas de Aracnia y algunos elementos de defensa de los que ustedes carecen. Los aracnios, verdaderos hombres araña, son gente resuelta, dura, fanática de sus principios, de su religión y de su rey, al que consideran como una divinidad. De su carácter le puede dar una idea el hecho de que no se ha podido jamás reclutar un solo espía entre ellos, ni empleando las dádivas ni las amenazas. Son mi pesadilla, pero no tengo más remedio que admirarlos. Conservan esencias primitivas pero su civilización tiene poco que envidiar a la nuestra en orden a los adelantos... Pero tienen también su tendón de

Aquiles: la electricidad. La corriente eléctrica más ligera los desintegra. Corrientes que cualquier hombre soporta sin la menor molestia, para ellos significan la muerte. Por ello hemos construido un arma que para nosotros resulta inofensiva, pero para ellos es terrible. Es una especie de guante eléctrico que al golpear con él produce pequeñas descargas. A nosotros un golpe de esos nos produciría la molestia lógica, según la fuerza que llevara, pero para ellos es la muerte. Deben cuidarse...

Iba a continuar el coronel Brendel cuando sonaron unos golpes a la puerta del despacho mientras una voz solicitaba permiso para entrar. Dio permiso el coronel y penetró un ordenanza, un nativo moreno y de arrogante presencia, portando un pequeño cajón en forma de cubo que dejó sobre la mesa, ante el coronel; éste palideció al ver el cajón, pero aguardó a que saliera el ordenanza que lo había entrado. Luego se volvió hacia Mark Stanley y sus dos amigos:

-Ustedes son hombres valerosos, por tanto, es conveniente que vean este envío.

Sin añadir más, el coronel abrió el cajón y con pulso que se empeñó en hacer firme sacó una cabeza ensangrentada, perteneciente a un hombre joven y de hermosas facciones, aunque se hallaban un tanto alteradas por el sufrimiento. El militar presentó el humano despojo a los tres amigos que se levantaron de sus asientos lanzando una exclamación de asombro.

-Ahí tienen lo que es la lucha. Este es, mejor dicho, era, el capitán Swanson, uno de mis más preciados auxiliares. Hubo de penetrar en Aracnia para conseguir determinados informes sobre movimientos de fuerzas y contrabando de armas...

CAPÍTULO IV
EL PRIMER ENCUENTRO

Cuando la entrevista entre el coronel Brendel, Mark Stanley y sus amigos hubo terminado, Aracnio-Bat cerró el conmutador y la pantalla quedó en blanco mientras la pieza tornaba a quedar iluminada. El rostro de los dos hombres Ludow y Aracnio-Bat, reflejaban cierta preocupación y el rey de los hombres araña fue el primero en hablar a tiempo que se quitaba los auriculares.

-Bien, Ludow. Ya has oído a Mark Stanley. Los dos definitivos inventos que me has traído, resulta ahora que están por terminar y por tanto...

Ludow contrajo las facciones antes de hablar, expresando rencor y desconfianza.

-Eso no lo crees ni tú mismo, Aracnio-Bat. Es un truco de Mark Stanley para hacerme creer que me he equivocado. Quiere ganar tiempo y engañarnos para despojarte y echarme a mí la zarpa. Mark Stanley es muy astuto y uno de los hombres más peligrosos que he conocido.

-Pero Mark Stanley no podía saber que le estábamos escuchando. Nadie sabe que yo, desde aquí, puedo ver y oír la mayoría de cosas que se producen en mil millas a la redonda.

-Aunque así sea. Mark Stanley conoce de sobra lo que es la labor de espionaje. Sabe que apenas puso el pie en Júpiter alguien se encargaría de informarte y tiene la convicción de que se le vigila y se le escucha. Por eso tratará de engañarnos, engañando aunque sea a sus propios jefes. No te quepa la menor duda de que lo que pretende es llegar hasta nosotros y recobrar lo que le hemos arrebatado. Deberás, cuanto antes, fabricar en pequeña escala las ondas ROC como el gas VIC, lo probaremos y verás cómo sus resultados son definitivos.

-Ya he encargado de eso al laboratorio que dirige tu viejo amigo el doctor Ross. Está algo más viejo que la última vez que estuviste aquí, pero se conserva bien. El otro día me confesó que deseaba vivir para poderte echar las manos encima. Al principio creí que sólo le mantenía el deseo de ver crecer a su hija, de estar cerca de ella, pero luego pude arrancarle lo otro. La verdad es, Ludow, que tiene motivos para odiarte...

El gesto de Ludow se ensombreció a la evocación y se volvió un tanto irritado hacia Aracnio-Bat que le contemplaba sonriendo irónicamente a

través de sus crueles ojillos.

-¡Dejemos eso, Aracnio-Bat. No eres tú quien puedes darme lecciones de ética; tú, que no vacilaste en envenenar a tu propio padre. ¿Creías que no lo sabía?

El Tirano de Aracnia se revolvió como si le hubiese picado una víbora y silbó más que dijo:

-Haces mal en provocar mi cólera. Ten en cuenta que si yo te abandono, estás perdido.

-Me es igual, Aracnio. El día que no te sirva me echarás de tu lado o me harás asesinar si puedes. Pero mientras te sea útil me conservarás y cuidarás de mí casi tanto como de tus propios ojos. Sé que no eres agradecido y si te sirvo es porque pagas bien y no eres tonto.

-Precisamente es que va llegando el momento en que dejarás de poderme ser útil. Antes te decía que ibas haciéndote viejo y celebro que lo hayas recordado para demostrártelo. Antes, cuando eras joven, no cometías errores. El asunto de los esposos Ross era mucho más difícil que éste y sin embargo no dejaste huellas. Ahora has cometido dos errores imperdonables: el primero, dejar a Mark Stanley con vida. No debiste moverte de su lado hasta estar bien seguro de que había muerto. El segundo, haber robado los originales. Bastaba conque los hubieses fotografiado y así nadie hubiera sospechado nada y ahora no tendríamos al peligroso Mark Stanley encima.

-Ya pensé en ello, pero no quería dejarles los originales. Con ellos podían igualar nuestras fuerzas y lo único que hubiéramos conseguido era neutralizarles.

-Eres poco sutil, Ludow. Podías haber dejado los originales, pero tan estropeados por cualquier substancia que incluso se hubiese podido achacar a ello las causas del "suicidio" de Mark Stanley. Ahora tenemos que apoderamos de éste y va a ser un peligro porque está protegido por el Residente General según has oído.

-¿No pensabas atacar de todas formas?

-¡Sí. Pero no tan pronto. Necesitamos más armamento del que tenemos para repartirlo entre los habitantes de Felsenwald y los hombres lagarto de Balagia que han huido de allí. Tenemos que construir pistas de aterrizaje y un par de ferrocarriles estratégicos. Quiero poner en marcha la producción en gran escala de los dos inventos de Stanley. Ten en cuenta que

no puedo ni debo fracasar.

-Creo que la guerra la debes llevar por etapas. Ir debilitando al enemigo sin presentar la cara. Pequeños golpes de mano que se pueden achacar a las partidas de bálagos que han huido a las montañas. Irnos apoderando de su armamento. Sobre esto tengo una idea.

-¿Qué es ello?

-El Bat Morondo de Dunkel-land pasa por un buen amigo de los invasores.

-¡Pasa por un buen amigo y lo es. Recibe de ellos bastante dinero y armamento y les es fiel.

-Pero también es amigo tuyo.

-Finge serlo. Me teme, por eso me hace buena cara, pero sé positivamente que no puedo fiarme.

-Debes fingir que le vas a atacar. Movimientos de fuerzas en sus fronteras e indiscreciones de tus hombres que permitan a sus espías llevarles informes sobre tu próximo ataque.

-Pedirán auxilio a los hombres de la Tierra.

-Eso es precisamente lo que busco. Los hombres de la Tierra no querrán intervenir personalmente hasta tanto tu ataque no se haya producido para tener una justificación ante los demás pueblos. Pero le enviarán armamento en cantidad para que pueda rechazar tu agresión. Partidas de hombres lagartos dirigidos por tus capitanes atacarán el convoy o convoyes y os apoderáis del armamento. Ellos entonces reclamarán, te amenazarán, pero tú no sabes nada de nada y como quieren evitar la guerra a toda costa, te dejarán en paz.

-Varias veces he pensado en algo parecido y volveré sobre ello. Creo que está bastante bien.

-Naturalmente que sí. Morondo-Bat se dará cuenta entonces de qué lado está la verdadera fuerza y se inclinará a ti aunque no sea más que por instinto de conservación. Mientras tanto se habrá incrementado aquí la producción de aeronaves y habremos conseguido los dos inventos de Stanley. Invitarás a Morondo-Bat a que lo vea todo y si no se convence de que debe estar a nuestro lado... le ocurre cualquier accidente de caza y seguramente su sucesor verá las cosas de otro modo.

-No te sienta mal ir haciéndote viejo, Ludow. Lo que has perdido en

limpieza de ejecución lo vas ganando en experiencia, pero ¿qué hacemos con Mark Stanley y sus dos amigos?

-Yo me encargaré de ellos. Ya oíste que necesitaban penetrar en territorio de Aracnia. Tan pronto como lo hagan me apoderaré de ellos y los haremos bailar al son que queramos aunque mi consejo es que debes liquidarlos. No es hombre Mark que se doblegue fácilmente y no llegaría a admitir una situación como la que vive Ross.

-Ross la admite porque sabe que si, no, su hija moriría inmediatamente.

-La hija de Ross... Creo que se parece a la madre, ¿no es eso?

-Tanto que si aquella viviera y estuviese tal como era entonces, se las confundiría. ¿Por qué lo preguntas? ¿No tuviste bastante con ser la perdición de su madre?

-No es eso. Pensaba que la podemos emplear como cebo si llegase a ser necesario. Con Mark Stanley nunca se puede estar seguro de nada.

-¿Y ella podría tener alguna influencia sobre él?

-Sí. El está enamorado del retrato de la madre de ella. Cuando le ataqué con los gases y lo dejé por muerto quedó al pie del retrato. Creo que fue el retrato lo que le salvó porque en aquel momento tuve miedo de la difunta. Me dio la impresión de que iba a salir del marco para pedirme cuentas por su muerte, por la suerte de su esposo y la de su hija. Confieso que sentí miedo...

-¿Ves cómo te vuelves viejo? No debes pensar más en ello... a menos que pienses hacerle compañía a tu coterráneo Ross...

-No tengo esa idea, Aracnio-Bat. Tan pronto como liquidemos el asunto de Mark Stanley, pienso volver a la Tierra. Allí está mi vida y mi diversión y desde allí te seré más útil.

-Veo que sólo piensas en serme útil -replicó Aracnio-Bat con ironía-. Me conmueve tanta lealtad.

-Tanto como a mí la tuya para conmigo. Me pagas bien y te sirvo bien. Tú me necesitas y yo necesito tu dinero. Es la vida... Si sabemos trabajar -continuó Ludow insinuante-, pronto seremos invencibles. Dominarás Júpiter por entero y más tarde Marte, la Tierra, Venus. El espacio será nuestro y el Universo estará a tus pies. Todos te obedecerán y bastará que muevas un dedo para que tiemble un planeta. Riquezas, lujo, placeres. Podrás tener un harén

reclutando las mujeres más hermosas de cada lugar para él, y serás tan poderoso que todos olvidarán tu fealdad para inclinarse a tus plantas.

-Mi fealdad... No seas estúpido, Ludow. Nosotros somos tan hermosos como vosotros. Hace tiempo que aprendí que la belleza es sólo un concepto y yo estoy tan satisfecho de mí como siento desprecio por vosotros, más débiles, más vulnerables y moralmente menos enteros que nosotros. Tus músculos son más abultados que los míos y aparentemente eres más fuerte, pero estoy seguro de que no serías capaz de resistir un solo puñetazo de cualquiera de mis brazos.

-Espero que no tendremos que luchar jamás, Aracnio-Bat, pero si ese día llegara cambiarías de modo de pensar. Es verdad que sois un pueblo joven, pero estáis ya corrompidos, tan corrompidos como nosotros.

-No digas tonterías. Ya oíste antes al coronel Brendel. Él mismo nos admira. No han conseguido comprar jamás a ninguno de nuestros hombres.

-No te enorgullezcas. No han conseguido comprar porque no han sabido. Si en vez de comprar gente del pueblo hubiesen intentado hacerlo con algunos de tus funcionarios o capitanes, tal vez no hubiesen fracasado. Y si de momento fracasasen es porque se ven en plan de vencedores y piensan ganar más de la otra manera, no por integridad moral.

-Eres detestable, Ludow. No sé por qué te admito en mi presencia ni cómo tengo confianza contigo.

-Porque sabes que te digo la verdad y hallas un placer morboso en escucharla. Tú eres un morboso, un enfermo, Aracnio-Bat. Sabes perfectamente que no eres un reformador como pretendes, sino un ambicioso. Yo, en ocasiones, he llegado a despreciarme, pero tú, en el fondo, te desprecias siempre. Por eso quieres aturdirte poniendo a los demás a tus pies; para creerte superior a ellos...

- ¡Vete, Ludow! ¿Cómo hablas así, tú que lo has vendido todo?

-Pero yo no llevo máscara y tú sí, Aracnio-Bat.

* * *

Mark Stanley y sus dos amigos, fuertemente impresionados aún por la vista de la ensangrentada cabeza de Swanson, se retiraron a la habitación que les había sido designada para descansar. Bajo tal impresión comenzaron a desnudarse silenciosamente hasta que Marwin rompió el fuego.

-¿Cómo es posible que hayan cazado a ese hombre, a ese pobre

capitán Swanson si su disfraz era tan perfecto, si conocía tan bien el terreno en que se desenvolvía?

-Lo habrá descubierto el contraespionaje o tal vez lo entregó el espionaje de ese maldito Aracnio-Bat. Pueden haber intervenido las dos fuerzas combinadas.

-Pero nadie sabía que él salía de aquí a excepción de Brendel, nadie a excepción del coronel conocía su misión. Swanson salió de aquí en dirección a la Tierra...

-¿Y quién te dice que las conversaciones entre él y el coronel Brendel no fueron espiadas? ¿Quién te asegura que no somos espiados nosotros en este mismo momento o que lo hemos sido durante nuestra entrevista con Brendel? Tengo la impresión de que la llegada del macabro envío en el momento preciso que lo hicieron fue como una amenaza dirigida a nosotros.

-Pero Swanson llevaba varios días muerto y ellos no sabían que nosotros íbamos a venir.

-¿Qué sabemos lo que ellos conocen o lo que ignoran? Durante el tiempo de mi estancia en la Corte del Tirano de Marte aprendí muchas cosas. ¿Imaginas que mi propio automóvil tenía un micrófono escondido que recogía todas las conversaciones, todos los ruidos que se producían en el interior del coche para llevarlos a oídos interesados? En la misma Balagia, donde nos hallamos, según un relato que escuché, el propio rey mantenía bajo espionaje a su propia familia con un perfecto sistema de micrófonos. Tal vez fuera en este mismo palacio...

Mark Stanley, mientras hablaba, trazó rápidamente unas líneas en un papel, mostrándoselas a sus amigos que leyeron para sí cada uno:

"Continuad charlando como si tal cosa. Estoy seguro de que nos espían."

Continuaron los dos jóvenes hablando de falsas experiencias y Mark Stanley, sin producir el menor ruido se dirigió a la puerta del aposento, abriéndola el espacio justo para que pudiese pasar su cuerpo y volviendo a cerrar tras sí. Se cercioró de que se hallaba solo en el pasillo y avanzó hasta la ventana que se veía al extremo del mismo. Asomóse a ella y no vio a nadie tampoco.

Aunque era arriesgadísimo, Stanley pasó por la ventana al exterior del edificio. La ventana se hallaba en un tercer piso, a más de diez metros de

altura sobre el piso de la calle y el hombre de la Tierra se hubo de deslizar por una estrecha cornisa, pegado a la pared y cogiéndose a los salientes que la misma ofrecía. En tan difícil postura hubo de saltar la aguda esquina que formaba el edificio, pasando a la otra fachada convergente. Apenas en ella divisó la ventana de la pieza que ocupaba con sus amigos y en la parte superior de la ventana, pegado a ella y cegando de la ventana del piso superior, una forma que le pareció monstruosa. Era un hombre araña que, apenas vio asomar a Stanley, cesó en su tarea y se dispuso a trepar por el mismo filamento de que estaba colgado.

Pero Stanley no estaba dispuesto a que se le fuera y de un arriesgadísimo salto cayó sobre él, aferrándose a su cuerpo.

Ante el violento impacto, el hombre araña cedió, pareciendo que se hundía en el abismo, pero se aferró desesperadamente, haciendo presión en los filamentos que él mismo desprendía por sus extremidades y ambos seres quedaron colgados a más de ocho metros de altura. La situación era igualmente comprometida para ambos, ya que si el hombre araña soltaba, desligándose de los filamentos, caerían estrellándose contra el suelo desde una altura que podía serles fatal.

El hombre araña se aferraba con sus cuatro brazos mientras que con las piernas trataba de librarse de Stanley, moviéndose violentamente y tratando de golpearle y de morderle con sus poderosas mandíbulas mientras silbaba furiosamente, vomitando insultos contra su atacante que, si bien Stanley no entendía, proporcionaban un cierto desahogo al furioso hombre bestia.

Por su parte Stanley había comprendido lo irreflexivo de su acción y que no tenía más remedio que aguantar allí hasta que el propio hombre araña diese la solución, ya que matarlo o golpearlo simplemente era obligarle a caer y ello podía ser un verdadero desastre.

En la dura lucha entablada en el aire, rodeados de oscuridad, el hombre araña consiguió hacer presa con sus mandíbulas en uno de los hombros de Stanley y éste sintió un agudo dolor pese a la protección de su vestidura metálica.

Afanosamente buscó entonces el cuello del hombre araña, haciendo presa con sus piernas en la cintura del mismo y aferrándose con las manos al cuello, obligándole a soltar la dolorosa presa.

Los silbidos del hombre araña aumentaron entonces de volumen y Stanley se dio perfecta cuenta de que descendían, pero lentamente, pues el hombre araña iba soltando filamento por sus cuatro extremidades superiores.

La ventana de la pieza ocupada por sus amigos, se abrió y Stanley vio aparecer por ella las cabezas de Roy Marwin y David Bootler. Ambos estaban armados y se dirigieron a su amigo.

-¡Eh, Mark! ¿Qué ocurre?

-Cuidado. No disparéis. Bajad, pero sin hacer ruido. Hay que evitar toda alarma.

Desaparecieron las dos cabezas y Stanley hubo de poner el máximo de atención en la lucha contra su enemigo, que había roto uno de los filamentos, tratando de envolver a Mark con el brazo en la viscosa sustancia.

Mark hizo entonces urna presión más violenta sobre el cuello del enemigo y éste, aturdido, tratando de librarse del asfixiante abrazo, soltó otra de sus extremidades.

El peso de los dos seres pudo más que los filamentos a que quedaron sujetos y éstos se rompieron con una vibración de cuerda metálica, viéndose los dos cuerpos precipitados en el vacío.

Afortunadamente la distancia del suelo no era ya mucha y Mark Stanley tuvo la habilidad de maniobrar en el aire, volteando a su adversario quien cayó de espaldas, recibiendo toda la fuerza del golpe.

El propio Stanley quedó conmocionado, casi sin fuerzas, sintiendo cómo el hombre araña se debatía debajo de su cuerpo. Se hallaba inconsciente aún cuando se sintió impelido por el aire, cayendo violentamente al suelo mientras el hombre araña, autor de la hazaña, se levantaba, dirigiéndose contra él en actitud amenazadora.

Stanley, medio inconsciente como estaba, comprendió que estaba perdido si el hombre araña, que tan extraordinaria vitalidad demostraba, le echaba la mano encima y de forma un tanto maquinal echó mano a su pistola de rayos desintegradores, desenfundándola y dirigiendo su boca contra el atacante, conminándole a que se detuviera.

-¡Quieto! ¡Quieto o disparo!

Pero el furioso hombre araña o no entendía o no quería entender y continuó su avance, extendiendo sus engarfiadas manos por delante, buscando hacer presa en el cuello de Stanley.

Destellaron brevemente los rayos desintegradores y el feroz hombre araña quedó convertido en gas que lentamente fue perdiendo su forma, diluyéndose en el aire.

CAPÍTULO V
ATAQUE AL “VAMP”

Marwin y Bootler, al llegar abajo, vieron cómo su amigo se levantaba tambaleándose, pero no llegaron a tiempo de ver al hombre araña.

- ¡Mark! ¿Estás herido?

-Creo que no, pero el golpe ha sido morrocotudo. Menos mal que mi enemigo cayó debajo y me sirvió de colchón, que si no, no lo cuento...

-¿Dónde está él? Nos pareció un ser deforme, algo raro...

-He tenido que disparar sobre él y su espíritu habrá ido a reunirse con el de sus antepasados. Lo siento, pues me hubiera gustado cazarlo vivo. Era uno de esos hombres araña de que nos habló primero el Residente y más tarde el coronel Brendel. Una verdadera fiera que luego del terrible golpe recibido en la caída, aún se levantó con ánimo de estrangularme. Sus silbidos, cuando luchábamos, eran horripilantes. Estaba espiando por la ventana cuando le sorprendí.

-Ya nos lo imaginábamos y al oír sus silbidos, comprendimos que luchabais y nos asomamos.

-No pensé que pudieran estar tan pronto sobre nosotros. Es como si nos hubiesen estado esperando o alguien les hubiese avisado de nuestra llegada. Se ve que tienen un servicio de espionaje sorprendentemente bueno. No me agrada esto -aseveró Mark Stanley.

-Ni a nosotros tampoco. Lo encontramos demasiado sorprendente.

Mark Stanley pareció reflexionar.

-¿Lleváis armas?

-Las pistolas desintegradoras y los puños eléctricos que nos ha facilitado el coronel Brendel. Supusimos que tu enemigo era uno de esos hombres araña y por si habían más... ¿Qué piensas hacer?

-Dar un vistazo a nuestro “Vamp”. No estoy seguro con esta gente tan cerca de él. Si llegasen a apoderarse de él estábamos perdidos.

-Pero el coronel Brendel dispuso que le dieran guardia.

-Sí. Pero ya sabéis cómo se hacen estas guardias. En plan rutinario. Además es una guardia de nativos porque no dispone de fuerzas suficientes. Ten en cuenta que la gente buena, la más segura, la tiene en los puestos avanzados. Vamos adelante.

-Si se entera el coronel pensará que no tenemos confianza en él.

-No lo creas. Pensará que en quien no tenemos confianza es en los indígenas. El asunto de Swanson me ha puesto muy sobre aviso y no me fío ya de nadie. Cuando hay por medio tantos intereses, cualquiera puede ser un espía o un saboteador. Ya sabes que el dinero puede más que los rayos desintegradores. Funde las conciencias sin producir heridas visibles ni dejar señal exterior alguna.

-Tienes razón. Vamos allá.

Marwin dio a Stanley el puño eléctrico y los tres hombres se separaron silenciosamente de la residencia del Comandante Militar, dirigiéndose al no lejano lugar donde se hallaba enclavado el hangar en que se guardaba el cohete que los había traído de la Tierra.

A medida que se iban acercando, iban apresurando el paso y desdeñando las precauciones que al principio tomaran, tal que si una voz secreta les avisara que la hermosa aeronave y los importantes secretos que guardaba, corrían un serio peligro.

-Es la última vez que nos separamos todos de ella -dijo Mark Stanley-. Desde hoy uno de los tres quedará siempre en ella.

-Está bien pensado.

-Como que sería una verdadera catástrofe que el enemigo hubiese caído sobre ella.

Divisaron finalmente la mole del hangar, destacando en la oscuridad, rodeada de espinosas alambradas electrificadas.

-Ahí está el hangar -dijo Marwin señalando para él-. No creo que los hombres araña se atrevan a acercarse. Las alambradas están electrificadas y ya sabes lo que dijo el coronel respecto a eso.

-También dijo que los hombres araña son unos fanáticos que no temen a la muerte cuando de cumplir alguna misión se trata. Para ellos morir combatiendo al enemigo es ganar el cielo. ¿Lo has olvidado?

-Es cierto. Vamos.

Tomaron los tres hombres a sus primitivas precauciones, aumentándolas, y al estar cerca se tumbaron en el suelo, avanzando a rastras para presentar menos visibilidad. De esta forma avanzaron hasta colocarse bajo la misma sombra proyectada por el hangar, iluminado brillantemente por uno de los lados por una de las lunas jupiterinas que brillaba esplendorosa en el cielo.

Mark Stanley, que marchaba en cabeza, señaló hacia la puerta del hangar que se hallaba desierta y cerrada.

-No se ve vigilancia alguna exterior.

-Estarán dentro. Estas noches jupiterinas son terriblemente frías y la gente las teme...

Mark se colocó junto a una de las alambradas y escuchó atentamente, acercando luego su cara hasta casi rozarlas.

-Oye, Marwin. Estas alambradas no llevan corriente. Algo anormal ocurre aquí.

-¿Estás seguro?

Y sin aguardar la respuesta, Marwin se puso un guante aislante y tocó la alambrada con la punta de su cuchillo.

-¡Es cierto! -exclamó con expresión de alarma-. ¡Vamos pronto dentro!

-Calma -recomendó serenamente Stanley-. No conviene que nos precipi...

Pero un alarido espantoso, infrahumano, que salió del interior del hangar, los hizo poner en pie. Mark había sido el primero en saltar plantándose ante la puerta del hangar y dirigiendo contra ella los rayos desintegradores, practicó un boquete en la misma.

-¡Adelante! -exclamó a tiempo que se lanzaba por la abertura.

Lo primero con que tropezaron sus pies fueron los ensangrentados cadáveres de tres de los guardias nativos y hubieron de saltar sobre ellos para no tropezar y caer, corriendo en dirección adonde un grupo de hombres araña maltrataba a otro de los guardianes, el que había lanzado el alarido.

El cuchillo de Stanley, fuertemente dirigido, cruzó el espacio como una saeta y tropezó contra uno de los hombres araña, pero en vez de clavarse en él, se quebró como si hubiese sido de cristal mientras el ser a que iba dirigido se volvía rápidamente, soltando al guardia que cayó inerte.

Dos lenguas de fuego partieron en dirección adonde avanzaba Stanley, pero ya éste, de forma instintiva, se había lanzado al suelo, evitándolas, y gritando a sus compañeros para que le imitaran.

La respuesta de Stanley fue fulminante, disparando varios haces de rayos desintegradores, con lo que el grupo de hombres araña quedó reducido a dos hombres que se alejaron velozmente a esconderse en el “Vamp”.

A espaldas de Staney sonaron dos gritos de advertencia y varios haces luminosos de rayos desintegradores estallaron sobre él, a un metro escaso de su cabeza. Habían sido disparados por Marwin y Bootler que le habían librado así de varios hombres araña que, desde lo alto del “Vamp”, se habían lanzado sobre él.

Pero ni lo rápido de la actuación de sus amigos ni la presteza de su actuación para volverse hacia el punto de donde partía el nuevo ataque, le pudo librar de que uno de los hombres araña cayese sobre él, empuñando una afilada arma blanca de tipo similar al “kris” de los malayos.

Stanley lo vio brillar sobre su cara como un relámpago y aun pudo esquivarlo apartando la cabeza y golpeando al hombre araña, desviándolo de su trayectoria. Tras el primero saltaron tres o cuatro mis y Mark Stanley apenas si tuvo tiempo de lanzar al primero por el aire de un par de patadas poniéndose luego en pie para hacer frente a los nuevos enemigos. La pistola de rayos desintegradores había rodado por tierra y sin tiempo para recobrarla se lanzó contra sus enemigos, tratando de alcanzarlos con el puño eléctrico.

Mientras tanto Marwin y Bootler habían sido atacados por diversos grupos surgidos de varios puntos del hangar y los latigazos de las pistolas desintegradoras se producían casi sin interrupción, llenando la atmósfera de un nauseabundo olor de carne quemada.

Stanley hubo de esquivar un nuevo pistoletazo atacando seguidamente a su agresor con un terrible golpe de derecha. Apenas si rozó el guante eléctrico la cabeza del hombre araña, surgió un chispazo y el hombre quedó reducido a pavesas.

Los furiosos silbidos de las extrañas criaturas atronaron el espacio y Stanley fue alcanzado por un duro golpe que lo lanzó contra una de las patas del “Vamp”. Su cabeza chocó violentamente contra el duro material y recibió la sensación de que el mundo se le venía encima; percibió cómo dos hombres arañas, armados con sus “kris” le atacaban con idea de rematarlo y esquivó de nuevo, arrojándose al suelo y golpeando al caer a uno de los hombres en una de las piernas. El resultado sorprendió al propio Stanley que se vio libre del enemigo mientras el segundo era alcanzado por una emisión de rayos desintegradores lanzada por Marwin que acudía corriendo en auxilio de su amigo.

Bootler se hallaba enfrentado aún con un grupo de aquellos seres y

Mark gritó:

-¡Coged uno vivo! ¡Hay que coger uno con vida!

Pero Bootler, duramente acosado, no se podía detener a escoger una forma de ataque adecuada que le permitiera cumplir la orden y hubo de ser Marwin quien, libre de enemigos, atacase a uno de ellos por la espalda, golpeándole fuertemente en la cabeza con una barra de hierro.

El hombre araña lanzó un silbido estridente y se tambaleó, dando la sensación de que iba a caer, pero aún se rehizo y atacó a Marwin lanzándole sus cuatro brazos al cuello, tratando de alcanzarle con sus poderosas mandíbulas. El hombre de la Tierra se sintió derribado y se trabó una dura y furiosa lucha por la existencia. La barra se le escurrió de las manos, quedándole solo éstas para defenderse del furioso ataque.

Pero Mark Stanley se había repuesto del golpe sufrido y requiriendo la barra de hierro atacó a su vez, cuidando de no tocar a su amigo y descargándola vigorosamente contra la cabeza del hombre araña.

El choque fue espantoso, pero esta vez el hombre araña, tras estremecerse visiblemente, rodó como un fardo al lado de Marwin que jadeaba por el forzado tren a que había tenido que luchar.

Bootler se libraba en aquel instante del último de los hombres araña y una sonrisa brotó de sus labios al ver a sus amigos en pie y con el prisionero logrado.

-¡Victoria, amigos! Ahora veremos si han estropeado algo en nuestro “Vamp”.

-Sí -repuso Mark-. Lo tenernos que repasar bien no hayan hecho algún sabotaje y se nos destroce al ponerlo en marcha. Esto va a retrasar un tanto nuestra marcha. Me hubiera agradado salir mañana mismo, a más tardar, pasado mañana.

Por su parte, Marwin, totalmente recobrado, zarandeó al hombre araña que habían hecho prisionero.

-¡Uf! En la vida había experimentado una cabeza tan dura. El primer golpe ha sido como para matarlo y, sin embargo, apenas si lo acusó.

Recobraron Marwin y Stanley sus pistolas y mientras el primero quedó de guardia abajo, Stanley y Bootler subieron a la cabina del cohete, con ánimo de registrarla.

Apenas si Stanley había asomado su cabeza por ella cuando un objeto

¡brillante pasó silbando junto a él, obligándole a retirarse precipitadamente. Del interior de la cabina salió entonces una mezcla de silbido y de carcajada burlona, algo que fue variando de tono hasta convertirse en pavorosamente amenazador.

Stanley se retiró rápidamente, hurtándose al peligro y se dirigió a Bootler que venía tras él:

-¡Procura entretenerlo haciendo algún ruido a esta parte como si fueses a atacarle. Voy a darle la vuelta por la entrada de equipajes.

Mientras Bootler llamaba la atención del hombre araña golpeando en la parte exterior de la cabina, Stanley se deslizaba hacia la cola del cohete penetrando en él por la parte destinada a los equipajes.

Escurriéndose con el sigilo que podía hacerlo una serpiente avanzó entre los depósitos de gas y los torpedos voladores llegando así hasta la cabina. Al llegar a ella, el asombro y el temor le dejó paralizado unos instantes, contemplando las maniobras del hombre araña que quedaba en la cabina.

El extraño ser había confeccionado a toda prisa un paquete explosivo que había colocado en los mandos del “Vamp” y se disponía a prenderle fuego a la mecha, una mecha corta, que salía de él.

El rostro del hombre araña, iluminado por la vacilante llama de un encendedor automático, expresaba toda la salvaje alegría que el hecho que estaba realizando le producía.

Mark no dudó ni un momento. Se aseguró de que el guante eléctrico estaba en condiciones de entrar en funciones y saltó como un tigre; pero el hombre araña se dio cuenta a tiempo aún de la presencia del enemigo y esquivó el primer golpe dejándose caer de lado.

Mark, al fallar el golpe, se fue de bruces, perdiendo el equilibrio y ese momento lo empleó el hombre araña para prender fuego a la mecha cortísima que comenzó a arder rápidamente.

Trató de arrancarla Mark, pero el hombre araña se aferró a él con sus cuatro brazos, impidiéndole todo movimiento y en la salvaje alegría de su expresión comprendió Mark que sacrificaba gustoso su vida con tal de destrozar el “Vamp”.

-¡Pronto, Bootler! ¡La mecha!

Pero cuando Mark gritó, ya Bootler, advertido por el ruido de la

lucha, saltaba al interior de la cabina. Pasando por encima de Mark y del hombre araña, corrió hasta la mecha; llegaba ya a ella cuando se sintió cogido por una pierna en la que sintió una brusca presión que le obligó a caer. La mecha llegaba casi al paquete y un gesto de angustia se retrató en el semblante de Bootler quien, con un supremo esfuerzo, se desprendió de una fuerte patada y arrancó la mecha a trueque de quemarse la mano con ella.

El peligro estaba salvado.

Mark Stanley continuaba su lucha con el hombre araña que se debatía ferozmente tratando de escapar a la presa que Stanley le había hecho al cuello con un brazo mientras con la otra mano le tapaba los agujeros de la nariz, impidiéndole la toma de aire. Bootler corrió en auxilio de Stanley y el hombre araña fue reducido al fin, siendo amarrado para que no pudiese escapar.

Los tres amigos se reunieron con el único superviviente de la guardia el cual se había recobrado, gracias a las atenciones de Marwin.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo os dejasteis sorprender?

-Yo no saber. Ellos ser muchos y caer del aire. Nosotros estar cerrados aquí porque hacer frío...

Los tres amigos dirigieron la vista hacia el techo del hangar en el que los hombres araña habían practicado un amplio boquete.

-Sí. Por ahí se descolgaron valiéndose de sus filamentos, pero quisiera saber cómo pudieron cortar la electricidad de las alambradas.

Mark se dirigió nuevamente al superviviente de la guardia.

-¿Dónde están las dinamos que proporcionan la energía eléctrica a la alambrada y para el servicio del hangar?

-Allí.

El indígena señaló hacia un departamento en el fondo del hangar y Mark con Bootler se apresuraron a ir a inspeccionarlo mientras Marwin quedaba con los dos hombres araña prisioneros y el guardián indígena.

-¡Es extraño! -exclamó Mark-. Esto funciona normalmente.

Los dos hombres se dirigieron entonces al cuadro de conmutadores. Todos daban paso a la corriente a excepción de uno.

-Mira. Debe ser el de las alambradas. Esto está hecho desde dentro. Trae para acá al indígena ese.

Partió Bootler y a poco volvía con el indígena, al cual se dirigió Stanley.

-¿Sabes qué conmutador es el de la alambrada exterior?

-Ese -señaló el indígena sin titubear.

Stanley había dado corriente a las alambradas con lo que la palanca del conmutador estaba en la misma posición que las demás.

-¿Estás seguro que es ese?

-Sí. Mucho seguro.

-¿Y el jefe de la guardia, dónde está?

-Muerto. Todos muertos. Hombres arañas no perdonar.

-¿Por qué te martirizaban?

El indígena vaciló unos momentos antes de contestar.

-Ellos querer saber cómo manejar máquina volante. Decir que matar si yo no declarar...

-Pues es una lástima que no te hayan matado porque te voy a matar yo por embustero...

-¡Yo decir verdad! ¡Yo decir toda verdad!

-¿Quién subió la palanca esta del conmutador?

-No sé... Tal vez subirla cabo de guardia...

-¿Ves como eres un embustero? Yo he echado unos polvos misteriosos a la palanca y ellos me han dicho que han sido tus manos. ¡Dame esa mano, a ver!

El indígena escondió su mano en la espalda, mostrando su faz una expresión angustiosa a tiempo que balbuceaba.

-No... Yo no moví palanca...

Pero Stanley, sin hacer caso de sus ademanes de protesta, le tomó la mano derecha, examinándosela detenidamente y examinando después la palanca del conmutador.

-¿Ves cómo sí eres tú quien la subió? Dejaste la inconfundible marca de tus dedos. ¿Por qué has tratado de engañarme?

El indígena comenzó a temblar como un azogado, yendo sus asustadas miradas de Mark a Bootler y de éste a aquel. De improviso dio un salto y se lanzó contra Stanley tratando de herirle con un puñal que había aparecido en su mano. Pero Stanley estaba prevenido y saltó ágilmente de costado, esquivando la acometida y apenas si el cuchillo había pasado rozando su anatomía, cuando avanzó de un leve salto, metiéndose de nuevo en el terreno del indígena y desplazando su puño derecho con terrible ímpetu, se lo

descargó contra la oreja derecha. La cabeza del indígena, al violento choque, dio la sensación de que iba a estallar, quedando ensangrentada y el indígena cayó de bruces, fulminado.

-Bien. Ya sabemos que éstos no tienen la cabeza tan dura como los hombres araña -murmuró Stanley-. Átalo como a los otros dos y nos lo llevaremos también. Uno de nosotros se habrá de quedar aquí de guardia.

-Me quedaré yo mismo -respondió Bootler-. ¿Cómo adivinaste la complicidad del granuja este?

-Era fácil deducirla. La corriente eléctrica hubo de ser cortada desde dentro, pues los hombres araña no la habían arrostrado, pues de lo contrario alguno, de ellos hubiese perecido. Necesariamente debían tener un cómplice dentro y no podía ser más que éste, el único superviviente de la guardia. Apenas terminamos la lucha me extrañó en gran manera que, pese a sus aullidos y al "martirio" a que había sido sometido, estuviese tan enterito. En segundo lugar, los hombres araña que han atacado esto saben sobradamente que un tipo de estos no sabe nada de nada. El grito y lo que vimos después fue pura comedia para que este hombre se hubiese podido justificar ante sus jefes y continuar luego haciendo servicios de esta índole. Pero no contaban con nosotros y es lo que les ha perdido...

CAPÍTULO VI
LA GRAN PATRAÑA

El capitán Browers, ayudante del coronel Brendel, se dirigió a Mark Stanley que interrogaba vanamente a los dos hombres araña que habían hecho prisioneros.

-Es inútil. He interrogado y he visto interrogar a cientos de estos seres y jamás pudimos arrancarles palabra a ninguno. Créame y no se canse. Estos casos sé muy bien cómo tratarlos. En cuanto al traidorzuelo éste, habrá visto que en cuanto se ha reunido con los otros dos ya no ha conseguido usted sacarle una palabra más del cuerpo...

-Así ha sido.

-Les tienen un absurdo miedo a estos hombres araña. Los creen superiores y esto les pierde. En el fondo, los odian.

-Sí, pero les sirven.

-Esto es.

-¿Y qué piensa hacer con ellos?

-Quiero darle un disgusto a Aracnio-Bat. Quiero pagarle en la misma moneda enviándole la cabeza de estos tres fieles servidores.

-Pero eso es una crueldad que nosotros no debemos cometer. A un salvaje como Aracnio-Bat se le puede disculpar, pero a nosotros, portadores de la civilización...

-Palabras y palabras. Lo malo es que Aracnio-Bat está tan civilizado como nosotros. Se equivoca usted si cree que es un salvaje. Posee una cultura muy sólida y una inteligencia poco común. Todo ello unido a una ambición desmedida es lo que nos lleva de cabeza.

-¿Si tanto molesta, cómo no le han arrebatado la jefatura de su pueblo y han elevado a ella a otro que sea más sensato?

-Es difícil. Aracnio-Bat tiene fanatizado a su pueblo y no hemos conseguido introducir agentes para desenmascararlo ante sus fieles seguidores, pues se deshace de ellos con prontitud. Los servidores de espionaje que tiene son buenos y los de contraespionaje no le van en zaga. Por otra parte tiene la habilidad de no ponerse abiertamente en contra nuestra para justificar una invasión de su territorio y destrozarlo y el día que haga esto será porque estará seguro de su superioridad y nos dará un grave disgusto. Además, la penetración en sus dominios es difícil por toda una serie de

factores, muchos de los cuales usted conoce ya.

-Sin embargo, es peligroso aguardar cruzados de brazos a que él desencadene la ofensiva.

-Así es, pero ¿qué quiere? Los políticos y diplomáticos son menos expeditivos que nosotros los militares y no tenemos más remedio que resignarnos.

-Está bien, capitán Browers. Le entrego a los prisioneros. Yo no puedo llevarlos conmigo y a fin de cuentas, su suerte no me interesa. Vamos, Marwin. Quiero darle una ojeada al lugar donde nos estaba espiando el hombre araña primero. El que hayan descubierto nuestra presencia aquí y nos hayan enviado gente tan pronto me tiene un poco desconcertado.

Mark Stanley y Marwin se dirigieron al aposento del tercer piso que les habían designado y el primero de los dos hombres, tan pronto como legó a él se encaramó en el alféizar de la ventana, saliendo por él hacia el exterior.

-¿Qué buscas ahí? Te vas a caer -exclamó Marwin que le veía maniobrar.

-Ven y ayúdame.

Stanley, ayudado por Marwin trató de alcanzar el montante de la ventana, pero sin resultado.

-Es inútil. No consigo llegar donde quiero. Alcánzame los “kadem” de mi equipaje.

Marwin alcanzó a Stanley lo que aquel le pedía, especie de ventosas de material plástico y flexible que, adaptables a pies y manos, permitían subir por una pared lisa. Dichos aparatos obraban a modo de los tentáculos de un pulpo, adhiriéndose a las paredes con fuerza suficiente para resistir el peso del cuerpo y se desprendían a voluntad del usuario por un simple mecanismo interior.

Colocados tales útiles en pies y manos, Stanley llegó fácilmente hasta el lugar que se había propuesto, encima de la ventana. Apenas llegado metió la mano en un agujero que se veía recientemente fabricado y no tardó en sacarla mostrando en ella un curioso objeto de material plástico, transparente y con una serie de dispositivos interiores.

-¡Aquí hay algo extraño, Marwin! -gritó jubilosamente-. Toma y ten cuidado no se te caiga y se rompa. Quiero ver si queda algo más aquí dentro.

Pero nada más consiguió Stanley que a poco se reunió con su amigo,

el cual contemplaba curiosamente el curioso hallazgo.

-¿Qué me dices de esto, Stanley? Es algo curioso.

-Muy curioso. Jamás había visto nada igual. Fíjate en este dispositivo. Parece un ojo... Stanley estaba excitado y continuó:

-Y tal vez lo sea. ¡Sí! ¡Fíjate bien en esto! Es una especie de objetivo fotográfico, pero por su peculiar forma, recoge las imágenes en cualquier lugar que estén situadas dentro de su radio de acción... Y esto es un verdadero micrófono... Empiezo a comprenderlo todo. El hombre araña estaba instalando esto y así nos hubieran tenido vigilados y todas las conversaciones que hubiésemos celebrado en el aposento las hubieran escuchado. Cuando le descubrí solamente le faltaba terminar de acoplarlo y hacer la conexión. ¿Ves aquel agujerito junto a la moldura? Allí hubiese estado situado esta especie de ojo objetivo. Ahora pienso que en todo el palacio este debe haber instalados bastantes aparatitos de estos. No me extrañaría que el propio Aracnio-Bat estuviese viéndonos y escuchando la conversación que mantuvimos con el coronel Brendel.

-¿Crees tú...?

-Estoy casi seguro. ¡Vamos! Debemos entrevistarnos cuanto antes con el coronel.

El coronel, advertido de los sucesos ocurridos en el palacio y en el hangar se había levantado y salió inmediatamente al encuentro de los dos amigos.

-¿Qué es lo que me han dicho que ha ocurrido? -exclamó al verles-. Haré que pongan una guardia de coterráneos nuestros aunque andan escasos. No dispongo apenas de gente. Este Aracnio-Bat, con sus cosas, nos trae de cabeza.

-Así es, coronel. Temo que Aracnio-Bat es más peligroso de lo que imaginamos. Me agradaría que viniese hasta el hangar con nosotros a fin de que pueda ver cómo se ha producido el ataque. No creo necesario que nos acompañe nadie... Allí está nuestro compañero Bootler y vamos bien armados.

Una vez los tres hombres fuera del palacio y camino del hangar, Stanley se dirigió al coronel.

-Lo hemos sacado del palacio porque tengo la casi completa seguridad de que allí dentro somos continuamente espiados, coronel. No quiero llamar aquí la atención de los espías que posiblemente nos estarán observando, pero

tan pronto lleguemos al hangar le mostraré un curioso aparato que he encontrado. Seguramente trataban de instalarlo anoche para tenernos completamente vigilados y enterarse de nuestros planes.

Y Mark Stanley puso al coronel Brendel al corriente de todo lo sucedido. Brendel no se pudo contener y exclamó:

-Debemos volver rápidamente al palacio, buscar la instalación de esos artefactos y desmontarlos todos. Y haré también una escrupulosa selección de los servicios de él. Y al espía que cojamos lo ejecutaremos inmediatamente y enviaremos su cabeza a Aracnio-Bat.

-Eso piensa hacer el capitán Browers con los tres que hemos cogido hoy. Pero no creo que sea conveniente...

-Ni inconveniente tampoco. Quisiera ver si Aracnio-Bat reaccionaba de una vez de forma violenta y nos presentaba batalla, porque con su actual política nos va diezmando poco a poco, va desmoralizando a la gente y terminará por salirse con la suya.

-Coronel Brendel. Si me permite una sugerencia. Este hecho me ha dado una idea...

-Diga usted, Stanley.

-Sabiendo que somos objeto de un espionaje implacable yo me aprovecharía de ello. Continuaría ignorando su existencia y le suministraría al enemigo toda una serie de datos tendenciosos y equivocados que lo harían ir de cabeza y así lo marearía mientras me conviniese. También me serviría de ello para ir desenmascarando a los espías que tuviese en derredor y así, cuando llegase el momento de darle el golpe, sería tan contundente que no les permitiría levantar cabeza en mucho tiempo.

Brendel meditó unos momentos, al cabo de los cuales repuso:

-Creo que es una buena idea. Gracias. Son sutilezas dignas del enemigo que tenemos enfrente.

Llegaban en aquel momento los tres hombres al hangar y Bootler les salió al encuentro.

-Saludos, coronel, buenos días. No ha habido novedad alguna después de la lucha. He estado revisando nuestro “Vamp” y en su empeño de ponerlo en marcha lo han averiado un tanto. Cuestión de unos días de trabajo y podremos partir.

Mark Stanley interrumpió a su amigo mostrándole el útil de plástico

que había encontrado.

-¿Conoces esto?

Bootler lo contempló con asombro.

-Un objetivo semiesférico... un micrófono... Es el aparato más maravilloso que he visto y no creía que se hubiera conseguido realizar. Muchos hombres de ciencia tratan de hallar la solución. Pero aquí falta el generador de energía que recoge imagen y sonido para transmitirlos sin necesidad de alambres ni instalación adicional alguna. Hubo un sabio, el profesor Ross, que casi tenía logrado esto cuando desapareció, precisamente aquí, cerca de Balagia...

Stanley, que no había referido a sus amigos cuanto conocía acerca de la desaparición del profesor Ross, sonrió significativamente.

-¿Qué sabes de eso?

-Muy poco. Los alumnos de los cursos de especialización de comunicaciones conocemos esa cuestión tal como la dejó el profesor Ross. De él sabemos que desapareció con su esposa y no se ha vuelto a saber de él. De esto hace más de veinte años...

-No es mucho, pero es algo. Es posible, Bootler, que este aparato esté fabricado bajo la dirección del propio Ross. ¿Y dices que sin la adición del generador esto no puede hacer la transmisión?

-Naturalmente que no.

-Así es mejor. De lo contrario, Aracnio-Bat se hubiese enterado de cosas que es preferible que ignore...

* * *

Aracnio-Bat paseaba furioso ante Ludow que lo contemplaba entre irónico y risueño. El bat de Aracnia había perdido aquella fría e irónica serenidad de que solía hacer gala y se detuvo ante su servidor y amigo.

-¡Brendel pagará caro lo que ha hecho con Barodio-Ras! ¡Su cabeza se verá expuesta a los caminantes hasta que las aves de rapiña la limpien totalmente! Me ha matado a uno de mis mejores hombres y no se lo perdono.

-Te he dicho un sinfín de veces que no debías ser cruel con los hombres de él que cogías y menos aún hacer el alarde de crueldad que has hecho. Él ahora te ha pagado con la misma moneda. Y debes espabilarte si no quieres que lo haga con otros. Es hombre duro que no vacila ante nada ni ante nadie y malo es que haya emprendido esa senda. Debes acabar de una con él

o, sin dejar tu táctica, hacerte amigo de él. ¿Coges uno de sus espías? Lo empleas o lo matas, pero debes ignorarlo y si te reclama, hacer protestas de inocencia...

-Tengo que ganar tiempo aún, Ludow. Las cosas no están maduras. No somos bastante fuertes como para aplastarlos. Seguiré tu consejo y me haré su amigo. Iré diezmando sus fuerzas, me iré apoderando de su armamento, iré creciendo mientras él mengua...

El rostro, la expresión de Aracnio-Bat, se transfiguraba ante la idea de ir venciendo al enemigo con sus sutilezas y sus malas artes.

En las molduras del techo, entre las que se hallaban escondidos, destellaron unos puntos de luz de diversos colores y Aracnio-Bat se dirigió a la pantalla que tenía sobre una mesa, manipulando en el cuadro de conmutadores. La sala quedó casi en la oscuridad y la pantalla se iluminó mientras el bat de Aracnia se dirigía a Ludow.

-Ven aquí, Ludow. Será interesante que escuches esto. Tenemos conferencia en la residencia del Comandante Militar de Balagia y nos puede interesar a ambos.

En la pantalla, muy en primer término, se veía la cabeza y parte del busto del coronel Brendel que paseaba, dando evidentes signos de mal humor y en un segundo plano, y sentados, se veía a Mark Stanley, a Bootler y al capitán Browers. El coronel estaba en el uso de la palabra:

-La comunicación de Morondo, bat de Dunkel-land, me tiene bastante intranquilo. Parece que numerosas fuerzas de Aracnia están realizando maniobras cerca de sus fronteras con todo lujo de armamento. Dice Morondo que se observa en ellas una actitud claramente hostil y pide ayuda. Nuestros observadores de los puestos avanzados confirman la noticia y hasta nuestras fuerzas del aire que se han arriesgado en unos reconocimientos lo han podido observar también y su informe no es nada tranquilizador.

El capitán Browers intervino entonces.

-Pero nosotros no podemos distraer fuerzas enviándolas a Dunkel-land, señor. Nuestra situación aquí, si entonces se le ocurriese atacar a Aracnio-Bat, sería bastante comprometida.

-Ya lo sé -repuso el coronel-, pero podemos enviar a Morondo armamento y algunos oficiales. Lo que más me encarece es el envío de armamento. Él tiene un buen ejército, pero carece de armamento, sobre todo,

armamento moderno.

-¿Y no corre peligro ese armamento que enviemos a Morondo de pasar a manos de Aracnio-Bat? -interrogó Mark Stanley-. ¿Es Morondo un hombre adicto, seguro?

El coronel pareció meditar unos instantes.

-Sí. Morondo no ve con agrado el poder creciente de Aracnio-Bat. En parte es nuestro amigo porque le teme y sabe que somos los únicos que le podemos proteger contra las ambiciones del bat de Aracnia. Además, tengo pensado hacer una visita a Morondo. Quiero ir personalmente y así me aseguraré de sus intenciones y le daré ánimos para oponerse al de Aracnia. Puesto que ustedes deben iniciar sus trabajos por aquella parte, les podría acompañar en su aeronave cohete. Tengo ganas de experimentarla. Sé que es más rápida que todo lo que poseemos aquí.

-Así es, coronel -aseveró Stanley-. Y además, va bien defendida para responder a cualquier ataque de que se le pudiera hacer objeto. Por esa parte no hay cuidado. Pero se me ocurre otra pregunta: ¿Y si las fuerzas de Aracnio-Bat atacasen el convoy de armamento? El viaje es largo y debe atravesar comarcas peligrosas.

-No creo que Aracnio-Bat se atreva a hacer tal cosa. Eso significaría la guerra y por ahora no le conviene. No está en condiciones aún...

-No debe confiarse, coronel. Tengo entendido que es hombre muy audaz.

-Sí. Pero también es cauto. Además, para engañar a su espionaje, haremos creer que el convoy de armas va por un sitio y lo enviaremos por otro. Podemos hacer un buen simulacro.

El coronel Brendel se acercó a un mapa de gran tamaño que había en la pared y señaló con un puntero.

-El convoy irá realmente por cerca de la frontera de Aracnia, casi a la vista de ellos. Así tiene la ventaja, en caso de ataque, de que podrá ser socorrido por nuestros puestos avanzados. La ruta puede ser ésta aproximadamente.

El capitán Browers aprobó:

-Es una buena idea, señor.

-El segundo convoy, el falso -continuó el coronel-, saldría de noche y simularíamos en torno a él toda clase de precauciones...

-¿Cree que los engañaremos, señor?

-Son astutos, pero nosotros no les vamos en zaga. Confío en que si...

Cuando tras ultimar ciertos detalles se terminó la reunión en la residencia del comandante militar de Balagia, Aracnio-Bat apagó la pantalla y se volvió con gesto de triunfo a Ludow.

-Este invento del profesor Ross es algo genial. Nos resuelve cosas que un hombre no podría resolver y nos ahorra muchas vidas.

-Así es, Aracnio-Bat. Pero las armas que te he traído ahora serán definitivas.

-Falta que Mark Stanley las ultime...

-No creas eso, Aracnio. Esas armas están resueltas. Lo demás es todo una añagaza del astuto Stanley. Sé que el tiempo me dará la razón.

-Pronto lo sabremos. Nuestros hombres de ciencia están ya sobre ello y pronto se habrá producido de una y otra cosa. Ahora veamos de disponer el ataque al convoy. Y para que no sospechen de nosotros, estaremos también en Dunkel-land. Hace tiempo que prometí una visita a Morondo-Bat y este es el momento de hacerla. Veremos también el famoso "Vamp" de Stanley, la aeronave más rápida y potente del momento...

-Y estrecharás tu amistad con el coronel Brendel. Le invitarás a que te haga una visita. No se podrá negar y posiblemente aprovecharemos ese momento. Sobre todo si tus laboratorios han conseguido las ondas ROC y el gas VIC.

-¡Mucho corres, Ludow. Ahora cuando salgas di a Jawin-Ras y a Dwno-Ras que deseo verlos. Ellos serán los que se encargarán de atacar el convoy. ¿Piensas venir con nosotros a Dunkel-land?

-No es útil que me vean ni Stanley ni Brendel. El primero, mientras no me vea, podrá dudar, en cuanto al segundo, no deseo verlo.

-Como quieras. Pienso llevar conmigo a Maiwa, la Bella Salvaje. Es la única dama hermosa de que dispongo, según el concepto que vosotros tenéis de la hermosura, para tratar de embaucar a Stanley.

-Tienes esclavas balagas y de Dunkel-land que son igualmente hermosas...

-Pero esas las reservo para cuando nos visiten ellos aquí. Ahora sólo llevaré a Maiwa. Ella es la única capaz de atraer a Stanley o de hacer perder la cabeza al que yo le señale. Sabes que le he enseñado y es la única que tiene

talento para atraerlos sin quemarse ella. Emplear la mujer en estas cuestiones es un arma de dos filos, Ludow. Te sirven fielmente, pero si se enamoran pueden convertirse en tu peor enemigo. Sólo Maiwa es segura. No hay miedo de que la embauquen...

CAPÍTULO VII

LA BELLA SALVAJE

Las puertas del gran salón se abrieron para dejar paso al coronel Brendel y su Estado Mayor en el que, entre otros, figuraban el capitán Browers, Mark Stanley y Bootler. El anciano bat de Dunkel-land, rodeado de un reducido séquito se adelantó a recibir a los hombres de la Tierra. El gesto y ademanes de Morondo-Bat eran corteses, pero a través de su sonrisa, un tanto forzada por las circunstancias, se podía adivinar una gran contrariedad.

-Sean bienvenidos a mi modesta casa los hombres de la Tierra. Confieso que no os esperaba y por eso mi alegría es aún mayor. Pasad y beberéis de mi vino, comeréis de mi pan y gozaréis por entero de mi hospitalidad.

-Gracias, Morondo-Bat. No esperaba menos de ti y por eso me he apresurado a venir tan pronto como hemos tomado tierra. He querido preceder el fuerte envío de armamento que te hago y que viene por procedimiento un poco menos rápido que el empleado por nosotros. Al llegar he podido comprobar con satisfacción que tu pueblo nos recuerda con agrado.

-Mi pueblo sabe que sois los portadores de la paz y el progreso y por eso os quiere como yo mismo. Pero pasa y que pasen contigo los tuyos. No os quedéis ahí a la puerta. Tu visita no ha podido ser más oportuna, ya que tendrás ocasión de conocer a un buen amigo mío y que seguramente desea serlo tuyo también. Se trata del bat Aracnio, del vecino país de los hombres araña...

El coronel Brendel no esperaba ni muy remotamente que Aracnio-Bat fuese huésped de Morondo, pero supo disimular su sorpresa, al igual que los hombres que le acompañaban. Uno y otros, precedidos por Morondo, avanzaron hacia el interior del vastísimo salón donde la fiesta de bienvenida a Aracnio-Bat había quedado momentáneamente suspendida. El jefe de los hombres araña se había puesto en pie y contempló a Brendel curiosamente. Cuando Morondo-Bat los presentó, se inclinó cortésmente y silbó ante él unas frases de agrado y bienvenida que fueron correspondidas por el coronel.

-Celebro conocerte, Aracnio-Bat. Mucho he oído hablar de ti, pero no esperaba encontrarte aquí en esta ocasión. Me habían dicho que estabas en disposiciones un tanto hostiles con Morondo-Bat . Celebro haberme equivocado.

Aracnio-Bat sonrió con expresión ladina y respondió:

-Las gentes se manifiestan a veces con exceso de ligereza. Es cierto que he realizado maniobras de entrenamiento de parte de mi ejército cerca de las fronteras de Dunkel-land, pero eso, además de servirles de entrenamiento es un subterfugio mío para que Morondo-Bat pueda comprobar la calidad del armamento que sale de las fábricas de Aracnia y se decida a hacerme a mí sus pedidos. Estoy pobre y necesito vender y los hombres de la Tierra me hacéis una competencia ruinosa.

-Eres injusto, Aracnio-Bat. No te hacemos competencia alguna puesto que no vendemos armamento.

-Ya sé que no lo vendéis y eso es peor, porque lo regaláis y no hay competencia posible.

Aracnio-Bat habló en tono humorístico que hizo reír a los presentes.

-Si es ese todo tu problema -repuso el coronel Brendel-, nosotros estamos dispuestos a comprarte todo el exceso de armamento que fabriques, siempre que por su calidad responda.

-Tú sabes que el armamento que sale de las fábricas de Aracnia es bueno, tanto como el tuyo. Para ello tengo mis buenos técnicos. No creo que nos llevéis ventaja ni aun en aviación, a menos que tengáis algo nuevo. He oído hablar de un aparato cohete que han traído unos exploradores. Me gustaría verlo competir con alguno de los míos.

-Podrás verlo porque lo hemos traído. Hemos viajado en él y desde luego es veloz y estoy dispuesto a apostar por él en contra del que tú designes. Pero hemos interrumpido la fiesta, Morondo-Bat y eso no es justo. Veo que la juventud está ansiosa y desea bailar. Por su parte, mis jóvenes oficiales tienen tan pocas ocasiones de divertirse...

* * *

Mark Stanley, acodado en la barandilla que daba a un perfumado jardín interior del palacio de Morondo-Bat , observaba con gesto indiferente a la juventud que bailaba y de tanto en cuanto sus miradas se dirigían, no sin cierta inquietud, hacia donde el coronel Brendel conversaba con Aracnio-Bat. Stanley, en los breves momentos que había escuchado al bat de los hombres araña, había calibrado con bastante justeza la peligrosidad de éste y temía que, con sus habilidades dialécticas, pudiese envolver al coronel. No porque éste fuese incapaz, sino porque Aracnio poseía una mala fe y una doblez a que el

coronel no estaba acostumbrado.

De improviso Stanley sintió una extraña sensación, como si alguien le estuviese taladrando alevosamente por la espalda con un soplete. Estaba seguro de que alguien le observaba atentamente, con inusitado interés, pero tuvo el suficiente dominio sobre sí mismo para no volverse. Sus oídos parecieron tenderse hacia atrás para mejor recoger los sonidos y pudo captar, por el extremo de la galería, el deslizarse de unos pasos alados, leves, que fue percibiendo cada vez más cerca. El corazón comenzó a latirle apresuradamente.

-Me da la sensación que ha entrado alguien en mi vida que va a tener una influencia decisiva en ella -murmuró Stanley para sí, pero sin volverse.

Se sintió envuelto en una oleada de fino perfume, agradable, enervante, y un ser casi ingrávido pasó junto a él, pero sin mirarle, tal que si ignorase su presencia. Se trataba de una lindísima joven rubia, de dulces ojos azules, y a la cual pudo contemplar Stanley a su sabor durante unos instantes. La mirada de los ojos azules iba tendida hacia adelante, pero la hermosa y atractiva rubia, al pasar frente a Stanley no pudo evitar el dirigirle una mirada rápidamente de soslayo.

Por su parte, Stanley se quedó mudo y sin capacidad para moverse.

- ¡Es increíble! ¡Pero si es ella, la dama del retrato! ¡La señora Ross! -exclamó al fin a media voz.

Pero inmediatamente rectificó.

-No. No puede ser ella. Esta apenas si tendrá la edad que aquella tenía entonces y han pasado demasiados años. ¿Y por qué no puede ser su hija? ¡Eso es, su hija! ¿Qué hará ella aquí, en el palacio de Morondo-Bat?

Stanley pasó en un instante de la inactividad a la acción. El baile, al que la joven había llegado, ya no le era indiferente y corrió tras ella. La sacaría a bailar antes de que se le adelantara otro cualquiera, en particular alguno de aquellos repulsivos jóvenes hombres araña del séquito de Aracnio-Bat.

La indiferencia, casi desdén, que la linda joven había mostrado al pasar frente a Stanley, fue sustituida por una cautivadora sonrisa cuando al penetrar en el recinto donde se bailaba vio posadas sobre ella las ardientes miradas de Browers y David Bootler. Los dos desearon lo mismo en aquel momento: bailar con ella, pero sólo Bootler estaba en condiciones de hacerlo,

pues Browers bailaba en aquel momento con la hija de Morondo-Bat.

Se apresuró Bootler a ofrecer el brazo lanzándose los dos jóvenes inmediatamente en el torbellino de la danza. Bootler sentíase emocionado al comprobar que la bella aparición no era un sueño. Sentíase embriagado por su perfume y sus miradas limpias, transparentes. Sentía deseos de hablarla, pero algo más fuerte que él mismo se lo impedía. Ella apoyaba su busto de graciosa e incomparable línea sobre el brazo de él y le sonreía como tratando de animarle y al fin pudo Bootler hallar palabras.

-Perdóneme si me encuentra torpe, pero es que estoy como deslumbrado. Juraría que la conozco hace mucho tiempo, que la he visto antes con frecuencia, pero no puedo recordar dónde.

La linda Maiwa sonrió comprensiva, animándole.

-Si ha estado usted alguna vez en Aracnia es posible que me haya visto, pues es la primera vez que he salido de allí, aunque yo no lo recuerdo y son tan pocos los extranjeros que nos visitan...

-¡Pero usted no es de Aracnia! ¡No puede serlo! ¡No tiene nada de común con esos seres horribles...!

Un extraño fulgor cruzó por las pupilas de la joven y Bootler se apresuró a rectificar comprendiendo que se había excedido.

-Perdón... No he querido decir eso. Es usted muy diferente a ellos y aun a los propios habitantes de Dunkel-land y los de Balagia. Usted podría pertenecer tal vez a la raza blanca de los bálagos, a la raza de los escogidos...

-Siento defraudarle, amigo mío, pero he nacido y crecido en los bosques de Aracnia. Ellos dicen que soy como un milagro. Nadie conoce a mis progenitores y yo he vivido entre los animales de la selva, con ellos me he criado y ellos me han enseñado a defenderme y a vivir...

-Pero todo eso es imposible. Yo la he visto.

¡Sí! ¡Ahora recuerdo perfectamente dónde... Y he dialogado con usted. Usted es un ser irreal que vive en una pintura, la más bella pintura que he visto jamás allá en la Tierra. Usted es de los nuestros y nos pertenece...

Bootler sintió unos suaves golpecitos en la espalda y se interrumpió, deteniéndose con su pareja. Un gesto de desencanto se dibujó en su rostro al ver a Stanley que sonriendo galantemente a la damisela, le ofrecía su mano para continuar el baile.

-¿Me permite, linda jovencita? Tú has bailado ya bastante y debes

descansar unos instantes...

La expresión de Maiwa cambió radicalmente; tornándose glacial, pero se dejó llevar de Stanley que, bailando, la fue apartando discretamente del torbellino de parejas.

-Me resulta extraño encontrar aquí una antigua conocida. Es como un sueño, un bello sueño. La bella dama del cuadro, por la que tanto he suspirado. Y el caso es que debí pensar más de una vez que podía encontrarla aquí -susurró Stanley acercando su boca al pido de Maiwa.

Pero ésta se retiró un tanto y clavó la glacial expresión de sus pupilas en el rostro de Stanley.

-¿Por qué no usa otro truco? Ese lo ha empleado ya su amigo. Debían ponerse de acuerdo para no emplearlo el mismo día y con la misma mujer...

Iba Stanley a responder, pero sintió que le tocaban en la espalda y aún no se había repuesto de la sorpresa que la contestación de Maiwa le causara, cuando ya ésta le abandonaba para correr a Browers que le tendía su mano invitadoramente.

-Lo siento, amigo Stanley, pero no le conviene acaparar tanta belleza...

Mark Stanley deploró la interrupción, pero hubo de resignarse y mientras veía cómo la juvenil pareja se alejaba, sintió que Bootler se situaba a su espalda.

-Es un fastidio que lo interrumpan a uno cuando está tan a gusto, ¿no es eso? Y dime una cosa: ¿Te has fijado en el extraordinario parecido que tiene con la damisela del cuadro del cual eres poseedor envidiado? ¡Es lo más extraordinario que he visto en mi vida!

-Sí. Muy extraordinario -murmuró el descontento Stanley entre dientes.

De nuevo vio Stanley sonreír a Maiwa. Su actitud glacial había durado justamente los instantes que había estado con él. ¿Por qué aquello?

Bootler interrumpió sus pensamientos.

-¿Puedes imaginar que ese dechado de perfecciones físicas sea un producto de la selva aracnia? Ella misma me ha asegurado que ha nacido y crecido allí; ignora a sus padres y dice de sí misma que es un milagro... Es amable y simpatiquísima y resulta increíble que se haya criado entre animales y hombres araña...

Stanley sólo atendía a su amigo a medias. En cambio, era todo ojos para Maiwa y el capitán Browers que habían abandonado el salón donde se bailaba, retirándose discretamente por una amplia escalinata hacia el frondoso y perfumado jardín.

Stanley se sintió molesto. Le dolía el glacial recibimiento que le había hecho la joven, la preferencia que ésta había demostrado por el entusiasmado Browers y luego el hecho de que se lo llevara al jardín. Algo parecido a los celos comenzó a torturarle; pero en aquel momento sintió clavadas sobre él las malévolas miradas de Aracnio-Bat y procurando disimular sus impresiones se acercó a la hija de Morondo-Bat, linda y atractiva morena, lanzándose con ella a los placeres de la danza.

Pasó rápidamente el tiempo para Stanley, ávido de conocer tipos y gentes, de sorprender gestos y conversaciones. Y así se vio sorprendido por el capitán Browers que traía de la mano a Maiwa.

-Supongo que me habrá perdonado que se la haya arrebatado antes, Stanley. Pero ella está interesadísima por usted y se la devuelvo. Me ha preguntado la mar de cosas que yo no he podido responderle. En fin ahí se quedan.

La joven Maiwa, antes tan glacial, sonreía ahora invitadoramente a Stanley mientras Browers se alejaba sonriendo. Tomó Mark a la muchacha de la mano y se alejó con ella en dirección a la galería.

-¿De quién es el truco ahora? ¿Suyo o de Browers?

Maiwa sonrió con timidez, dejando caer la mirada de sus ojos hacia la punta de sus pies, como tratando de buscar en ellos la respuesta adecuada a la interrogación de Stanley. Pero no hubo lugar a nada porque el propio Aracnio-Bat se acercó a los jóvenes, dirigiéndose a Maiwa.

-Está bien, hija. No deseo que te canses y si te has divertido bastante desearía que nos retirásemos a nuestros departamentos. Esta noche hemos de trabajar aún y mañana también será un día de bastante ajetreo...

La muchacha se inclinó cortésmente ante Stanley, sonriendo amablemente, se despidió de él con un breve “hasta la noche” y cogiéndose de uno de los brazos del rey de los hombres araña se alejó con su andar alado, gracioso. Stanley creyó sorprender en los ojos de ella una expresión de corza asustada y perseguida y se sintió conmovido. Los contempló hasta que desaparecieron por el extremo de la galería, por la misma puerta por que la

había sentido entrar. Suspiró.

-El monstruo y la bella... ¿Qué habrá detrás de todo esto?

* * *

Tras Aracnio-Bat se retiraron la mayoría de oficiales de su séquito, que siguieron a su rey hasta los aposentos que le habían sido designados en el palacio de Morondo-Bat . Rápidamente fueron registrados los aposentos así como el exterior de los mismos para asegurarse de que no había escondido en ellos ningún enemigo y que no podían ser espiados.

Los oficiales se distribuyeron rápidamente de modo que nadie pudiera tener acceso a su rey sin conocimiento de ellos y Aracnio y la joven Maiwa se quedaron solos.

Aracnio-Bat se hallaba disgustado, pero sin embargo, no había dejado traslucir su disgusto ni a sus enemigos primero, ni a sus amigos después.

-Maiwa, pienso que el joven Stanley es demasiado duro y necesitamos actuar con rapidez. Lo he estado observando y no es un adversario fácil. Ludow tenía razón.

-Ludow tiene razón casi siempre. Es el único mérito que le reconozco. Pero no quiero verlo cerca de mí. Me da miedo y sé que le odio, sin saber por qué.

-Eso no tiene importancia ahora, Maiwa. Lo interesante es que tu objetivo ha variado. He observado también a los otros dos jóvenes. A Bootler y a Browers y me quedo con éste. Es el más débil y al que más odio. Él fue quien hizo ejecutar a Barodio-Ras. Él fue el autor de la idea de enviarme su cabeza porque sabía que me haría daño con eso...

-Los tres me son igualmente desagradables, Aracnio-Bat.

-¿Tanto como Ludow?

-No. Eso es difícil.

-Pues bien. ¡Esta noche debes procurar enredar a Browers sin que los otros dos se den cuenta y te lo llevarás al jardín como has hecho esta tarde. Allí le estarán esperando.

-¿A qué hora debo hacerlo?

-Después de la fiesta de la noche. Cuando todos se hayan retirado. Durante la fiesta quedarás con él para que te vaya a buscar más tarde. Le puedes decir que debe librarte de mí. Que soy un ogro... Lo que quieras, pero enternécelo y que no falle. Lo necesitamos.

-Descuida, Aracnio-Bat. Por lo que a mí respecta, lo tendréis...

Después de la fiesta dada en su honor, por la noche, el coronel Brendel con su Estado Mayor se había retirado a descansar. Brendel se había retirado satisfecho, con el convencimiento de que la amistad entre Morondo-Bat y Aracnio-Bat era pura fórmula y que el rey de Dunkel-land permanecía fiel a la alianza con los hombres de la Tierra. Había comprendido que el viaje de Aracnio-Bat a Dunkel-land respondía a maniobras oscuras contra las cuales debía prevenirse a tiempo, pero no estaba descontento de cómo se habían llevado las cosas hasta entonces. Al día siguiente demostraría a Aracnio-Bat la superioridad que tenían en el aire sobre los hombres araña y confiaba que con tal demostración haría retroceder al belicoso bat en sus planes de agresión. Brendel tenía suficiente experiencia para saber que a los partidarios de la tuerza, únicamente la fuerza los hace retroceder.

Mark Stanley, sin embargo, estaba bastante inquieto. Había charlado, sondeando hábilmente a Aracnio-Bat y pese a la habilidad de éste, había sacado el convencimiento, la seguridad casi absoluta de que Ludow estaba con él y que le había llevado sus inventos. Las sospechas que lo habían arrancado de la Tierra conduciéndolo allí, se habían convertido en certidumbre; y por lo mismo, sabiendo la superioridad que el poseer tales armas daría a Aracnio-Bat, no podía compartir la satisfacción de Brendel.

Tenía también el convencimiento de que Maiwa era la hija del matrimonio Ross y pensaba que si no los dos, al menos el profesor, había vivido hasta hacía poco, como lo demostraban determinados adelantos que Aracnio-Bat exhibía. Tenía que darse prisa a arrebatar al jefe de los hombres araña su invento si no quería tener que deplorar luego un gran desastre. Mark Stanley, analizando así las cosas, se sentía un tanto culpable por haber permitido que sus inventos le fueran arrebatados.

Otro motivo de inquietud había sido la extraña conducta observada por Maiwa con él. Después del acercamiento iniciado por ella al finalizar la tarde, por la noche, cuando creyó que iba a disfrutar de su compañía y aprovechar la ocasión para sonsacarle cuanto pudiera, la linda joven le había rehuido de una forma clara, tornando a Browers, al cual había envuelto en sus encantos, llevándolo prendido durante toda la velada.

Stanley tenía la convicción de que todo aquello había sido una premeditada maniobra y detrás de ella vio las habilidades de Aracnio-Bat.

¿Trataría el astuto jefe de los hombres araña de sacar informaciones que le fuesen útiles valiéndose de ese medio? ¿Qué podía haber hablado Browers? Browers era inteligente, pero mimado por la fortuna con exceso, no le ofrecía grandes seguridades a Stanley.

En la pieza vecina, ocupada por Bootler, se oyó un rebullir en la cama y la voz del joven se dejó oír:

-¿Qué te ocurre, Stanley? ¿Por qué no te acuestas de una? Mañana tenemos que volar y vencer y debemos estar bien descansados y con los nervios bien asentados.

Stanley pasó a la habitación de su amigo.

-No estoy tranquilo, Bootler. Temo que las cosas no van como debieran. ¿Crees que Browers habrá sabido resistir ante el encanto de Maiwa?

-¿Es eso lo que te inquieta? ¿No serán los celos?

-No seas tonto. Tú sabes muy bien que no. No puedo resistir a la tentación. Voy a ver un momento a Browers. Necesito cambiar impresiones con él.

-Ve a donde quieras, pero déjame dormir tranquilo.

Stanley no contestó y salió en dirección al aposento del capitán ayudante de Brendel. Pero cuando llegó a él, Browers no estaba y el lecho permanecía intacto.

CAPÍTULO VIII

EL RAPTO

Cuando todos se hubieron retirado a los aposentos que se les había designado, Browers se encerró en el suyo y no tardó en apagar la luz para que sus compañeros recibieran la sensación de que se hallaba descansando. El coronel Brendel había prohibido que nadie abandonase el aposento sin su permiso y Browers tenía necesidad de hacerlo. Sabía que si era descubierto, su desobediencia le valdría una seria reprimenda del coronel y un arresto, pero Maiwa bien valía que se arriesgase uno por ella.

Dejó Browers transcurrir un buen rato, siempre pendiente del reloj, y cuando calculó que ya todos se habrían acostado, salió sigilosamente de su habitación. Prefería ser él quien aguardase a Maiwa a que la joven, cansada de esperarle, se retirase. Ella le había pedido que la arrancase de las garras de Aracnio-Bat, que la llevase a cualquier sitio donde aquel no pudiese encontrarla. Y él se disponía a hacerlo llevándola a un lugar donde le conocían y donde tendría a la joven hasta que pudiese ir a recogerla.

Cuando Browers llegó al lugar donde la joven le había citado, ésta no había llegado aún, pero no tardó en aparecer. Vestía sencillamente y caminaba rápida, volviendo con frecuencia la cabeza hacia atrás como si temiese ser seguida. El joven capitán se adelantó a recibirla, tendiéndole las manos con ademán protector. Maiwa se aferró a ellas y en su actitud había algo tiernamente suplicante que conmovió a Browers. La expresión del rostro de la muchacha era de temor, un temor infantil, enternecedor.

-¡Vamos de prisa! ¡Temo que me siguen!

-Pues no temas yendo conmigo... No se atreverán...

Browers no estaba demasiado seguro de lo que decía y tomando del brazo a la joven echó a andar junto a ella. El miedo que manifestaba Maiwa era tal que era ella quien tiraba de Browers; éste, como medida de precaución había llevado consigo el guante eléctrico que, con disimulo, para no alarmar a la joven, se colocó en su mano diestra.

La joven llegó a contagiar su intranquilidad y sus temores a Browers de tal modo que éste comenzó a lamentar no haber avisado a alguno de sus amigos para que le guardase la espalda.

A sus espaldas le pareció oír ruido de pasos, lo que le obligó a volverse repentinamente, pero no vio a nadie. También le pareció sentir como

si alguien anduviese por las copas de los árboles bajo los cuales atravesaba, pero tampoco consiguió ver nada, mas no por ello consiguió tranquilizarse.

Maiwa se había apretujado contra él, comunicándole con su miedo, el calor de su cuerpo, envolviéndolo en la ola de perfume que la acompañaba a todas parte.

-Llévame lejos de aquí -musitaba tremolante Maiwa-. Lejos de ese horrible monstruo que me tortura; donde él no me pueda alcanzar. Tengo mucho miedo. Si volviese a caer en sus manos me haría quemar viva o haría algo peor conmigo.

-Ahora te llevaré a un lugar donde conozco y de allí te recogeré mañana...

-No. Llévame lejos ahora mismo.

-Pero no tenemos medios...

-En cualquier aeronave, en unas horas, me llevas a Balagia. Puedes estar de vuelta antes de que sea de día y se enteren de tu ausencia. Sólo allí estaré segura.

-¿En qué aparato te voy a llevar? Están todos vigilados.

-En uno cualquiera. Los de Aracnio no dirán nada si ven que me acerco a ellos...

-Como quieras. Vamos.

Los dos jóvenes salieron de los lugares próximos al palacio de Morondo-Bat y tomaron el camino del vasto campo de aviación donde se hallaban los aparatos. Era un amplio camino flanqueado a ambos lados por frondosos árboles y totalmente solitario a aquellas horas. Algo ideal para una emboscada.

Browers pensó en esto y se arrepintió de su credulidad. ¿No le estaría burlando la hermosa Maiwa? Un tropel de pensamientos acudió a su mente, empeñando una lucha, por lo contradictorios, dentro de su cabeza. Pero la suerte estaba echada y debía de continuar. En aquellos momentos de vacilación notó que la joven se le apretujaba fuertemente, percibiendo en su cuerpo la presión de sus delicadas formas y una sonrisa prometedora acabó de decidirle.

Continuaron andando un largo trecho y ya divisaba Browers las edificaciones del aeropuerto cuando sintió un crujido de ramas sobre su cabeza. Ambos jóvenes elevaron la vista al lugar donde se producía el ruido y

vieron algo informe que descendía rápidamente sobre ellos.

Maiwa emitió un leve grito de terror que pareció quedar estrangulado en su garganta y se aferró fuertemente a Browers, como queriendo protegerse contra su cuerpo. El joven se sintió punto menos que inmovilizado por la joven y le dio un empellón, separándola de sí. Pero ya era un poco tarde para defenderse con la debida efectividad, pues uno de los hombres araña caía sobre él mientras otro descendía a su lado, cogiéndole de las piernas y tirando de ellas para obligarle a caer.

Browers hizo un esfuerzo y conectó su puño derecho sobre la cara del que se había tirado sobre él; brotó un chispazo y el hombre quedó desintegrado. Pero ya otros hombres araña rodeaban al capitán, descendiendo otros de los árboles, deslizándose con ayuda de sus filamentos.

Browers se sintió caer y antes de que eso pudiera ocurrir descargó el guante eléctrico sobre el que había hecho presa en sus piernas y se sintió libre, pues también el hombre araña quedó desintegrado; mas en el mismo momento recibió un duro golpe en la espalda que le hizo perder el equilibrio, proyectándolo contra el suelo. Trató de golpear de nuevo con el guante y levantarse, pero dos hombres cayeron sobre él, inmovilizándole el brazo y el cuerpo. Entre las brumas de la lucha vio cómo Maiwa trataba de escapar, pero dos hombres araña la cogían, tratándola con muy pocos miramientos. Aquello, en medio de su desgracia, le sirvió de consuelo. La joven -creyó él- no le había engañado.

Sintióse entonces Browers una punzada en la espalda y poco a poco fue perdiendo la conciencia hasta quedar sumido en la oscuridad cerebral.

Uno de los hombres araña, el que dirigía el grupo, hizo levantar a Browers que se mantuvo en pie, rígido, como si estuviese idiotizado.

-Ya le ha hecho efecto la droga. Ahora me obedecerá en todo. No será necesaria la fuerza. Quitadle la pistola y el guante eléctrico...

Maiwa se acercó al grupo y contempló a Browers con gesto despectivo.

-Ya tenía ganas de terminar la comedia. Estaba harta de sus tonterías.

El jefe del grupo se dirigió a Maiwa.

-Ahora debes volver cuanto antes a tu aposento. Sería conveniente que nadie supiera que has salido de él. Te acompañarán cuatro hombres...

Dio el hombre araña algunas órdenes y varios hombres de los que le

habían ayudado volvieron a trepar a lo alto de los árboles, mientras otros acompañaban a Maiwa, quedando el jefe del grupo únicamente con dos hombres y Browers que se mantenía en pie, pero completamente ajeno a cuanto ocurría en derredor de él.

El hombre araña se dirigió entonces a Browers.

-Vamos, hombre de la Tierra. La aeronave te espera.

El capitán inició la marcha como podría hacerlo un autómata, encaminándose hacia el aeropuerto y los tres hombres araña le siguieron de cerca. Así llegó Browers hasta donde se hallaba la aeronave cohete que les había traído. Los soldados que prestaban guardia a la puerta del hangar donde la aeronave se hallaba, saludaron correctamente a la llegada de su jefe, cediéndole paso.

-Voy a probarla para ver si está en condiciones de tomar parte en el concurso de mañana. Abran totalmente las puertas del hangar.

Las inflexiones de voz de Browers, opacas, monótonas, extrañaron a los que estaban de guardia, pero no obstante se apresuraron a obedecer.

Browers, hipnotizado por el poder de la droga que le había sido suministrada, no hacía más que obedecer las órdenes que mentalmente le daba el jefe de los hombres araña. Así subió al cohete, en cuya proa se podía leer el nombre de “Vamp” y tomando los mandos lo puso en marcha. El ruido de motores y turborreactores atronó el espacio, haciendo trepidar la estructura del aparato que fue saliendo lentamente del hangar, rodando por el campo primero hasta alejarse de él.

De las sombras proyectadas por otro hangar destacaron entonces los tres hombres araña que habían acompañado a Browers y con agilidad de simios treparon hasta la carlinga del “Vamp”, desapareciendo en ella y segundos después la hermosa aeronave despegaba majestuosamente, elevándose en la noche y tomando rumbo a las tierras de los hombres araña.

Mark Stanley irrumpió en la habitación de Bootler.

-¡El capitán Browers no está en su habitación!

-¡Y qué quieres que le haga yo? ¡Déjame dormir en paz, por favor!

-¿Pero no comprendes que si el coronel se entera tendrá un serio disgusto? ¡Puede ocurrirle algo! ¡Esta noche estaba un tanto trastornado con la joven esa!

-¡Pues allá él y ella!

-¿No comprendes que esa joven está obrando de acuerdo con instrucciones recibidas de Aracnio-Bat? ¿Te olvidas de lo que nos ha traído a Júpiter? ¿De lo que nos ocurrió en la propia Balagia apenas llegados? ¿Que hay un convoy de armamento en camino?

Bootler no necesitó escuchar más y se levantó de un salto, vistiéndose rápidamente y poniéndose a las órdenes de su amigo y jefe.

-Tienes razón. Estoy dispuesto. ¿Por dónde empezamos?

La pregunta desconcertó un tanto a Stanley. Tenía razón Bootler. ¿Por dónde empezar? Desde la ventana, en cuya cristalada se había apoyado, le pareció a Stanley divisar una figura femenina y alada atravesando el jardín.

-¡Maiwa! ¡Y viene sola!

No aguantó más y echó a correr aunque procurando no llamar la atención. Bootler, sin acabar de comprender todo aquello, le siguió dócilmente.

Al llegar al jardín, Stanley se encaminó hacia el lugar por donde calculó que podía estar entonces Maiwa, no tardando en encontrarse con ella. La joven, al percibir la figura, se detuvo, pero Stanley la abordó inmediatamente.

-¿Puede saberse dónde ha dejado a mi amigo, el capitán Browers?

Iba a contestar la joven negativamente pero Stanley lo adivinó y la interrumpió con gesto hosco.

-¡No me diga que no lo sabe! ¡Los he visto antes, cuando salieron juntos!

Stanley no los había visto, pero quería a toda costa saber la verdad y no le cabía la menor duda que aquel era el mejor camino.

Maiwa pareció vacilar unos instantes al verse interpelada de aquella forma un tanto agria, pero sintió que los hombres araña que la escoltaban surgían de las sombras colocándose a su lado y apuntando sus armas para Stanley y esto le hizo cobrar valor. Se recreció y dirigió a Stanley una mirada provocadora y arrogante.

-Es usted bastante descortés, señor Stanley y no creo que tenga derecho alguno a interrogarme y menos en la forma que lo hace. No obstante, si usted es nodriza del capitán Browers, lo tendré en cuenta para lo sucesivo aunque puede usted quedarse tranquilamente con él. Por mi parte no tendrá que temer.

Tentaciones tuvo Stanley de obligar a la joven a hablar pero temió al escándalo. Los hombres araña le apuntaban con sus armas, pero esto no preocupaba a Stanley que sabía a Bootler a sus espaldas aguardando la señal de ataque.

-Está bien, joven. Usted gana esta vez. Sus fieros acompañantes me han asustado. Pero yo que usted rogaría porque al capitán Browers no le ocurra nada. Buenas noches.

Reanudó Maiwa su marcha sin contestar al joven y éste, una vez pasaron los hombres araña siguiendo a Maiwa se reunió con Bootler.

-¿Qué me dices de esto?

-Que he estado aguardando la orden de ataque. No me ha gustado la actitud de esa joven.

-Ni a mí tampoco, pero no podíamos hacer otra cosa. Es huésped de Morondo-Bat, igual que nosotros y no podíamos promover un escándalo. ¿De dónde puede venir a estas horas? Daría algo por saberlo...

Quedaron silenciosos los dos hombres; entonces algo que para ellos resultaba insólito atrajo su atención.

-¿Oyes? Aseguraría que es el cohete que nos ha traído. La imitación de nuestro "Vamp"...

Bootler escuchó atentamente unos instantes.

-También yo lo aseguraría. Y parece que se aleja.

-Así es. ¡Vamos!

Los dos jóvenes avanzaron rápidos, penetrando de nuevo en el palacio y dirigiéndose a sus habitaciones pidieron comunicación con el aeropuerto. Prontamente consiguió Stanley ponerse al habla con la guardia del hangar y la noticia que le llegó de allí acabó de colmar la medida de su estupor. Colgó el aparato y se volvió a Bootler.

-Lo he oído y no acabo de creerlo. La guardia del falso "Vamp" dice que ha llegado allí Browers y que ha sacado el aparato en vuelo de pruebas. Dicen que han notado algo extraño en él. Daba la impresión de ser un sonámbulo. Según dicen, iba solo.

-Y puede que sea sonámbulo. Creo que nos hemos sobresaltado tontamente. Lo mejor es que nos retiremos a dormir. Él no tardará en regresar, una vez haya satisfecho su capricho o le haya pasado el fenómeno.

-Nada de eso. Aquí ocurre algo extraño e inmediatamente lo voy a

poner en conocimiento de Brendel. No hacerlo así sería una traición que no estoy dispuesto a cometer ni por Browers ni por nadie.

Y Stanley pasó a ver al coronel, despertándole e informándole de lo que ocurría.

- ¡Pero eso es absurdo! ¡Este Browers debe haberse vuelto loco!

-Temo algo peor, señor. ¿Sabe usted si el capitán padece de sonambulismo?

-En absoluto. Y cuente que lo conozco desde niño, pues es sobrino mío, hijo de mi hermana mayor. Es un niño mimado y lo he traído aquí conmigo para endurecerlo.

-Pues es una lástima que no lo tenga en un puesto avanzado en la frontera de Aracnia. Si no padece sonambulismo debe obrar bajo los efectos de una droga...

-Sea como sea, no es momento de lamentaciones -interrumpió el coronel-. Que esto no trascienda y si no tiene inconveniente, haga venir el verdadero “Vamp”. Por encima de todo, mañana debemos darle en los hocicos un buen badilazo a Aracnio-Bat. No podemos permitir que se ría de nosotros.

-Creo lo mismo, señor. Ahora mismo me pondré en comunicación con Marwin y antes de que amanezca puede estar aquí con nuestro “Vamp”, el cual tripularé personalmente...

* * *

Aracnio-Bat, Brendel y Morondo-Bat, sentados en la tribuna que se había alzado en el aeropuerto, habían presenciado la prueba de algunas armas y diversos vuelos de exhibición de los hombres araña. Morondo-Bat sentíase fuertemente impresionado por la fuerza que demostraba poseer Aracnio-Bat y éste se crecía en su asiento, contando con la sorpresa final al no comparecer el cohete de la Tierra que debía volar en competencia con uno de los últimos productos salidos de sus fábricas de aviación, el “Halcón V-7”, tipo cohete que llevaba algunas innovaciones en aquella época de vertiginosos adelantos y del que Aracnio-Bat estaba justamente orgulloso.

El hangar del “Vamp” permanecía herméticamente cerrado y Aracnio miraba de soslayo a Brendel, gozándose en la confusión que necesariamente debía sufrir dentro de breves momentos. Brendel permanecía tranquilo y un tanto indiferente, sin que los alardes de fuerzas del bat de Aracnia le hubiesen impresionado lo más mínimo. Viendo la indiferencia del coronel, Aracnio-Bat

no pudo resistir y se dirigió a él.

-Si venzo, como es seguro, estoy dispuesto a darte la revancha en tus propios dominios de Balagia. Iré allí a luchar contigo.

Brendel recogió la alusión y repuso flemático:

-No creo que sea necesario. Venceré yo y también estoy dispuesto a darte la revancha en tu propio territorio. Lucharemos en tu cielo, ante tus propios súbditos...

El "Halcón V-7", hasta entonces celosamente guardado, había salido de su hangar, exhibiendo ante las asombradas miradas de los espectadores su fina construcción, sus líneas huidas, en forma de huso, propias para perforar el aire y conseguir velocidades de vértigo. Pese a su finura, daba el aparato también sensación de potencia y levantó una tempestad de aplausos entre los espectadores, más o menos interesados en la prueba.

Aracnio-Bat, mirando siempre de soslayo a Brendel, sonrió satisfecho y cambió una mirada de triunfo con Maiwa, que se hallaba en el palco inmediato, con las hijas de Morondo y algunas damas de la corte de éste.

Brendel fingió no darse cuenta de nada e hizo la señal para que se abriera el hangar que cobijaba al "Vamp". A la señal de Brendel se oyó el fuerte ruido de los motores del "Vamp" y se pudo apreciar que las paredes del hangar trepidaban ostensiblemente. Abrióse la puerta rápidamente y el "Vamp" apareció dominando el momento con el rugido de sus potentes motores que luego se silenciaron, escuchándose entonces una clamorosa ovación que los espectadores dedicaban al aparato.

Brendel sonrió apaciblemente y dirigió su mirada franca en dirección a Aracnio-Bat, cuya burlona expresión desapareció para ser sustituida por otra de estupor que fue recorriendo toda la gama hasta llegar al furor. Pero haciendo un esfuerzo pudo contenerse aún a trueque de sufrir una congestión y se dirigió a Brendel.

-Hermoso aparato, coronel Brendel, aunque me parece un tanto pesado para competir con mi "Halcón"...

-Eso, ellos lo dirán y no van a tardar mucho.

Por su parte Maiwa había palidecido, dirigiendo una interrogadora mirada a Aracnio-Bat a la que correspondió éste con otra furibunda.

Morondo-Bat, al ver la potente máquina de sus aliados de la Tierra, había recobrado su aplomo y, desde su puesto, por medio de la radio-teléfono,

dio la orden para que los dos aparatos se pusiesen en línea. Luego dio la orden de partida.

Sin ruido alguno, como dos exhalaciones, salieron los dos cohetes que rápidamente se perdieron de vista, pero no tanto como para que no se pudieran apercibir que el “Vamp”, desde el primer momento, había tomado ventaja. Morondo-Bat, satisfecho, dio la orden de volverse y de que iniciasen el vuelo de ascensión en vertical pudiendo apreciarse también de que el “Vamp” llevaba ventaja. El color terroso del rostro de Aracnio-Bat habíase tornado verde y el jefe de los hombres araña parecía próximo a estallar, aferrándose nerviosamente con sus cuatro manos a la barandilla de la tribuna.

Morondo-Bat dio entonces la orden de descender en picado y pese a hallarse el “Vamp” a mayor altura, se le vio alcanzar prontamente al “Halcón”, dejándolo atrás. Stanley, en un alarde de dominio, dejó llegar el “Vamp” a la vertiginosa velocidad que llevaba hasta casi tocar el suelo, para entonces, gracias a los mandos automáticos, elevarse de nuevo graciosamente, haciendo a renglón seguido incontables e inconcebibles acrobacias que fueron acogidas con una estruendosa ovación. Los tripulantes del “Halcón” intentaron hacer lo mismo, pero pronto hubieron de darse por vencidos. Quedaba demostrado que ni el “Halcón” ni su tripulación tenían talla para medirse con el “Vamp” y la tripulación de éste.

Cuando Mark Stanley, Bootler y Marwin descendieron del “Vamp”, la calurosa ovación se reprodujo y Aracnio-Bat se dirigió a Brendel.

-Tu has ganado, coronel. Dentro de quince días te aguardo en Aracnia. Veremos si allí puedes vencer. Confío que no faltarás.

-No faltaré, Aracnio-Bat. Me interesa conocer tu pueblo de cerca. Creo que es interesante. Y también allí te venceré... hagas lo que hagas, Aracnio-Bat...

CAPÍTULO IX
MARTIRIO SALVAJE

Un destartalado y minúsculo vehículo de motor tipo jeep, de los que usaban los habitantes de Dunkel-land para sus correrías por las ferias y mercados, avanzaba dando tumbos por un estrecho y tortuoso camino que bordeaba la espesa selva. Ocupaban el vehículo dos “morenos”, como llamaban a los habitantes de Dunkel-land, los cuales, bajo sus brillantes vestiduras de fibra artificial, dejaban entrever la brillante coraza de escamas de acero, ligera y flexible, que defendía sus cuerpos contra cualquier posible ataque.

-Lo que no comprendo -dijo uno de ellos en el más puro acento inglés-, es por qué hemos venido por aquí teniendo esas magníficas pistas aéreas, con puentes sobre la selva, libres de los peligros que aquí nos acechan a cada paso y de las incomodidades de estos desastrosos caminos, más propios para fieras que para supercivilizados seres humanos.

-Creo que la necesidad de llevar esa transparente escafandra te ha atrofiado un tanto la cabeza, amigo Bootler. Esos cómodos caminos están más llenos de peligros para nosotros que estos. Las fieras no entienden gran cosa de razas, nacionalidades ni otras trivialidades de esas, pero la vigilancia que domina esos despejados caminos a que aludes entiende demasiado y más pronto o más tarde llegaría a descubrirnos. Y puesto que soporto la escafandra para poder vivir, tendré que soportar estas incomodidades para lo mismo y para poder llegar a nuestro destino. No olvides, Bootler, que, si somos vencidos, nadie podrá evitar el cataclismo.

Al llegar a un recodo del camino divisaron, emergiendo al parecer de entre los altos árboles que formaban la selva, la parte alta de una especie de rampa que se elevaba en forma de espiral, pareciendo desafiar a las nubes bajas que se cernían sobra ella. La rampa, como un gigantesco tobogán, estaba montada al aire y como las carreteras aéreas de aquel extraño país resultaba una maravilla de la ingeniería.

-¡Mira aquello, Stanley! ¡Es maravilloso! ¡Acerquémonos un poco más para verlo! -exclamó excitado Bootler.

-Nada de eso, amigo mío. Acercarnos ahí podría significar nuestra muerte. Eso es un aeródromo y aun los propios aracnios no autorizados para ello son ejecutados inmediatamente si, se acercan a ellos.

El campo que seguían se apartó bruscamente del aeródromo que fue quedando a sus espaldas y a poco divisaron una ciudad, edificada en una colina, rodeada de selva y cuyos principales edificios se alzaban en una especie de tobogán similar al que constituía el aeródromo, pero más bajo. Una carretera aérea partía de la parte alta de la ciudad, uniéndose con otra que partía de la parte media y arriba, en la cúspide del tobogán, dominándolo todo, se veía una hermosa edificación brillante, construida casi toda ella de material plástico y cuyas partes altas estaban rematadas por diversas antenas y otros aparatos receptores y emisores de rayos y ondas.

La vista resultaba un tanto fantástica y pese a estar preparados para ello, los dos amigos se detuvieron contemplando el espectáculo con asombro.

-Ahí tienes. La civilización en su grado más elevado emergiendo de la selva. Es la verdadera expresión de lo que es este pueblo: un pueblo de fieras supercivilizadas. El brillante edificio que lo dominaba todo es el palacio de Aracnio-Bat, pero no debemos confiarnos en su brillante aspecto exterior y en su aparente transparencia. Ten la seguridad de que dentro existen negras mazmorras e ideas más negras aún y que bajo tan brillante aspecto hay gente que gime en cautividad, hay esclavitud y servilismo...

-¿Habrá llegado ya el coronel Brendel?

-No lo creo. La cita es para dentro de cinco días. Es una gran imprudencia, pero no hubo forma de hacerle desistir. Él no comprende que Aracnio-Bat lo hará asesinar sin remordimiento alguno y que se lanzará inmediatamente sobre Balagia que, falta de mandos, se entregará inmediatamente, así como la propia Dunkel-land y Felsenwald. Quedará Flach-landia, pero cuando el Residente General se entere de lo que ocurre, será tarde y nuestras fuerzas y nuestra influencia pacificadora quedará borrada del territorio. Ya sabes lo difícil que resultará luego volver a poner pie aquí si antes Aracnio-Bat, valiéndose de su propia fuerza y de mis inventos, no arrasa la Tierra y se impone en ella.

-Es un enternecedor panorama -comentó Bootler-. Me agrada verte tan eufórico. Animas a cualquiera.

-Tienes razón. No hagas caso de mis ideas pesimistas y adelante. Hemos de vencer a toda costa. Ten en cuenta que de lo que ocurra me siento un tanto culpable...

El jeep reanudó su marcha y a poco penetraban en la capital de

Aracnia, cuyos arrabales estaban enclavados en la misma selva, disputándole el terreno a la desbordante naturaleza. Las edificaciones bajas se veían pobres, pero limpias y todas tenían defensas contra los peligrosos vecinos de la selva. Las calles estaban semidesiertas, no viéndose en ellas más que algún militar que otro y las hembras de los hombres araña que iban y venían en sus cotidianos quehaceres.

- ¡Es asombroso! No se ve un solo niño.

-Hora escolar, amigo, y esto aquí es bastante serio por lo visto. Y los hombres están en su trabajo. Los haraganes aquí son ejecutados rápidamente.

-Está bien, pero lo encuentro un poco duro...

El jeep se vio repentinamente en una vía un, tanto más ancha que aquellas por las que habían circulado hasta entonces, pero que resultaba estrecha por la gran afluencia de vehículos de todas clases que se observaba en ella y que, afortunadamente, iban todos en una misma dirección.

La mayoría de los que llevaban los vehículos eran “morenos” o de otras razas parecidas, viéndose muy pocos hombres araña en tales menesteres, lo que no dejó de llamar la atención de los dos amigos.

Siguiendo aquella arteria pronto remontaron los dos amigos hacia la parte media de la ciudad, donde se celebraba el mercado, en el cual se instalaron una vez mostraron la debida licencia para ello, sacando de su jeep las atrayentes mercancías que pronto volcaron sobre ellos la atención de las mujeres araña.

Bootler era el encargado de atender a la clientela mientras Mark Stanley, con los ojos bien abiertos, observaba. Hubo un instante que salió de su sitio. Le había llamado la atención una figura que había entrevisto, pero tras andar un rato abriéndose paso a codazos entre el gentío había tenido que volver a su sitio totalmente desilusionado.

-¿Qué ha ocurrido? -interrogó Bootler tras pedir un precio elevadísimo por su mercancía para alejar al cliente.

-Me ha parecido ver a Linda Leisen entre el gentío. Si era ella, iba vestida como las esclavas de Aracnio-Bat. No sé por qué esa muchacha se ha empeñado en seguir esta peligrosa aventura.

-Espíritu deportivo. Tal vez le ocurra lo mismo que a nosotros y se sienta un poco heroína...

-Déjate de tonterías. Me agradaría verla a millones de kilómetros de

aquí.

-Y a mí también. Sería la señal de que todos habíamos salido con bien de la aventura.

-Silencio y cuidado... ¡Fíjate quién se acerca!

Bootler palideció dentro de su transparente escafandra al reconocer en la persona que se acercaba a Maiwa, la Bella Salvaje.

-¡Es la última persona que hubiese deseado ver en estas circunstancias! -exclamó al oído de Stanley.

-Y yo también. Creo que hubiera preferido ver al propio Aracnio-Bat en persona.

La joven no vestía de dama, como cuando ambos amigos la conocieran. Ahora llevaba el ajustado traje de escamas de acero sobre ropas de brillantes fibras artificiales, ajustándoles uno y otras el busto de amazona y un corto faldellín de cuero repujado y lleno de brillantes adornos. Las piernas las llevaba desnudas y los pies iban calzados con una especie de botas de flexible y brillante material que le protegía hasta casi media pierna. La parte alta de las piernas, rodillas y muslos lucían bastantes rasguños y ligeras cicatrices, clara demostración de que el nombre de Bella Salvaje con que era conocida estaba sobradamente merecido. La ligera escafandra que se veía obligada a llevar, semejante a la de los dos amigos, completaba su estrambótico atuendo, dándole una apariencia aguerrida que no carecía de atractivo.

Maiwa, que se dirigía hacia donde se hallaban los dos hombres se vio interrumpida en su marcha por un pequeño helicóptero que, viniendo de la parte alta de la ciudad, se posó delante de ella. La gente se apartó un tanto asustada al ver el helicóptero, confiándose luego al ver que de él descendía Ludow, el cual, sin hacer caso de la notoria curiosidad que despertaba entre los “morenos” y mujeres araña, se acercó a Maiwa, quien lo recibió con el ceño un tanto fruncido.

Los dos amigos se quedaron rígidos, tal que si en vez de ser de carne y huesos estuviesen fabricados en piedra y desearon hallarse a bastante distancia de allí. Como pudieron, ocultaron sus cabezas entre la mercancía, tal que si tuvieran gran necesidad de ordenarla. No obstante vieron cómo Maiwa hablaba con bastante altivez a Ludow y que éste, con gesto y ademanes de hallarse bastante contrariado, volvía a montar en el autogiro, elevando el

vuelo y alejándose en dirección al palacio de Aracnio-Bat.

-Creo que lo tenemos bastante claro. Debemos apoderarnos de ese hombre cuanto antes. Él nos dirá de grado o por fuerza dónde está lo que robó de casa.

Maiwa, una vez vio que Ludow se alejaba reanudó su interrumpida marcha, acercándose al puesto de los dos amigos, agachándose y cogiendo uno de los artículos que estos ofrecían al público, un brocado bellísimo obra de los artesanos de Dunkel-land.

-Me agrada esto y me lo llevo.

Bootler, menos conocido de ella, se atrevió a dirigirse a Maiwa, casi sin sacar la cabeza de entre los géneros.

-¿Desea saber la señora el precio?

-Me es igual. Irán a cobrarlo al palacio de...

La joven se interrumpió, quedándose parada, mirando fijamente a Bootler.

-Es inútil. No es necesario que esconda la cabeza. Le conocí antes de llegar aquí, pero quise cerciorarme. Estaba vigilando porque imaginé que vendrían a salvar a su amigo.

Mark Stanley, sin cambiar de posición, sin demostrar la menor inquietud, se dirigió a la joven. Su expresión era sonriente pero su mano, cubierta por algunos géneros, empuñaba firmemente su pistola desintegradora.

-Estimada jovencita. La tengo encañonada, así es que procure no dar un paso en falso. Es usted una viborilla y no sentiré el menor remordimiento si la hago desaparecer del mundo de los vivos.

Maiwa sonrió desafiadora.

-¿Dónde ha dejado su galantería, señor Stanley? Estoy segura de que no va a disparar, así que es inútil que me amenace...

-Tiene razón. No dispararé, pero no es por lo que usted imagina, sino porque usted es de los nuestros. No sé cómo no se ha dado cuenta de ello, y está usted ayudando a ese ser siniestro mientras su padre se consume en la cautividad a que Aracnio-Bat lo ha sometido.

-No crea que va a embaucarme con sus embustes. Lo he conocido a tiempo. Yo no tengo padres.

-Naturalmente que no. Usted ha surgido por generación espontánea. ¿Para qué le sirve esa linda cabeza? Jamás creí que uno de los nuestros

pudiera llegar a tal grado de estupidez. Pregúntele a Ludow por sus padres, que él podrá decirle algo, algo horrible y que usted ignora.

Maiwa vaciló unos instantes y Mark Stanley vio ganada la partida. Bootler sintió correr el sudor por su frente, pero respiró. Tal vez habían ganado una aliada o por lo menos, habían neutralizado un enemigo.

-Está bien -respondió Maiwa-. Esta vez, de momento, gana usted. Procuraré enterarme de eso pero no intenten alejarse de la ciudad. Los cazarían antes de que se hubiesen separado diez millas. Y si me han mentido, prepárense a morir porque no les perdonaré.

-Descuide, que no nos iremos. Nos ha agradado el clima este y permaneceremos en él mientras nos lo permita la magnificencia de Aracnio-Bat...

La expresión de la joven cambió repentinamente mirando detrás de donde se hallaban los dos amigos, de donde partió una voz burlona bien conocida de Stanley.

-Es peligroso hablar en esta tierra de determinadas cosas, tan peligroso o más que saberlas. No te muevas, Mark Stanley, ni tú tampoco, Bootler. Aquí no tengo por qué guardar el mismo cuidado que en la Tierra.

- ¡Ludow! ¡Traidor! ¡Perjuro, asesino!

-¡Basta! Les he mantenido vigilados desde que entraron en territorio de Aracnia y si no les he detenido antes es porque he preferido que se confiasen un poco y llegasen hasta aquí por sus medios. Ahora podrán reunirse con su amigo Browers. Tal vez lo encuentren un poco desfigurado, pero les aseguro que es el mismo. Lo que le ha ocurrido no es nada grave, pero se empeñó en no querer hablar.

Mark Stanley y Bootler sintieron cómo les eran arrebatadas las pistolas y los puños eléctricos. Ludow volvió a hablar.

-Veo que se han vuelto sensatos y que desean vivir y es posible que lo consigan si son buenos chicos. Si tienen sentido, llegaremos hasta a poder ser amigos. Ahora, en marcha...

Un helicóptero de seis plazas, escoltado por otros más pequeños que se mantuvieron en el aire, se posó en la plaza y Ludow dirigió a los dos amigos hacia él.

-Vamos. El helicóptero les ahorrará las molestias de la marcha a pie hasta arriba. Sube con nosotros, Maiwa.

-No. Prefiero ir sola. No me agrada tu compañía ni la de esos hombres.

* * *

El propio Aracnio-Bat, acompañado de Ludow, se enfrentó con los dos prisioneros que se hallaban atados de pies y manos. El jefe de los hombres araña estaba haciendo grandes esfuerzos por no perder la paciencia.

-No seáis tontos. Vuestra causa es causa perdida. Browers quiso resistir pero terminó hablando y hoy, el convoy que enviabais a Morondo-Bat está en mi poder. No ha valido vuestra astucia. Conozco también ya todo lo referente al descubrimiento de la red de micrófonos y cámaras de televisión en el palacio de Brendel. Este mismo no tardará en estar en mis manos con todo su Estado Mayor y lo mejor de su aviación. Pero vosotros me tenéis que decir dónde está el verdadero "Vamp", el veloz cohete que venció a mi "Halcón". Sé que Brendel no lo lleva consigo. Sé que es cosa vuestra...

-Sabes muchas cosas, Aracnio-Bat. ¿Para qué quieres saber una más? ¿Por qué te interesa tanto nuestro "Vamp"? Sabes que él solo es suficiente para derribar todos tus planes, ¿no es eso? Pues ya puedes empezar tu tormento porque no diremos nada...

Maiwa, que se hallaba al fondo de la sala, avanzó hasta llegar frente a los dos prisioneros. Su expresión de indiferencia había desaparecido.

-Hablen. Hable. Mark. Vuestra resistencia es inútil, pues el "Vamp" acabará por caer en nuestro poder. Además, nuestros laboratorios están produciendo ya el gas VIC y las ondas ROC.

-No os servirán de nada. No están logrados aún y no los tendréis jamás. Vuestros científicos se romperán la cabeza...

Una expresión de temor fue sorprendida por Stanley en las miradas de Ludow y Aracnio-Bat y comprendió que con un poco de entereza y suerte podía ganar aún la partida. Y se dirigió a Maiwa.

-Y usted, en vez de ayudar a esa pareja de indeseables, más vale que les pregunte qué han hecho de sus padres, los profesores Ross.

Maiwa dirigió una mirada de terror en dirección adonde se hallaban Aracnio-Bat y Ludow y vio cómo el primero sonreía astutamente mientras el segundo, incapaz de dominarse, se adelantaba hacia Stanley y le cerraba la boca de un fuerte puñetazo. La escafandra libró en parte al joven de la potencia del golpe, no obstante lo cual cayó, teniendo que ser ayudado a

levantarse por Maiwa. Stanley sonrió amablemente.

-Esa es la mejor prueba de tu culpabilidad, Ludow. Y tu final, que está próximo, será desastroso..., para que se adelantase.

Aracnio-Bat detuvo a Ludow que se iba a lanzar de nuevo contra Stanley e hizo seña al verdugo

-Cálmate, Ludow. Comprendo que ante tal calumnia estés justamente indignado, pero ellos deben buscar nuestra desunión y recurren a todo. ¡Verdugo! Convence a estos testarudos de que deben hablar.

El verdugo se adelantó, tirándose sobre Stanley y descalzándolo rápidamente. Dos hombres más le ayudaron, sujetando los pies del desgraciado, en cuyos dedos, entre las unas y la carne, encajaron largas cuñas. Stanley soportó el martirio con la boca apretada, sin lanzar un solo gemido, mientras sentía todo su cuerpo bañado por el sudor, un sudor frío, febril.

-¿Hablarás ahora? -interrogó muy suavemente Aracnio-Bat.

Pero Stanley abrió los ojos, negando con la cabeza y lanzándole una mirada de desprecio. Maiwa, que se había vuelto de espaldas cubriéndose los ojos con las manos, lanzó un gemido. Aracnio hizo un gesto al verdugo para que continuase y después se dirigió a la muchacha:

-Puedes marcharte, Maiwa. Más tarde hablaremos.

Un olor a carne chamuscada se extendió por la estancia y Maiwa, al percibirla, escapó corriendo. El verdugo había prendido fuego a las delgadas cuñas que habían quemado las uñas y dedos de Stanley. Pero éste soportó el nuevo martirio con entereza, sin hacer una mueca de dolor ni lanzar un solo gemido.

Bootler, que había presenciado la escena con los ojos desencajados por el terror, sintió que el verdugo se apoderaba de su persona y se hizo la firme decisión de resistir como lo había hecho su amigo.

La escena se repitió, pero también Bootler supo resistir el tormento y Aracnio-Bat se dirigió a ellos despechado:

-Ya hablaréis. Os tengo entre mis garras y no podéis escapar. Y si no os apresuráis, el coronel Brendel pagará las consecuencias. ¡Vamos, verdugo! Retírelos con el otro. Él les convencerá de que deben hablar y si no lo hacen, repetiremos mañana esta misma experiencia. La constancia es un arma que suele vencer todos los obstáculos.

Bootler y Stanley fueron arrojados al mismo calabozo donde se

hallaba Browers. Este se levantó de su asiento al verlos.

-¿Ustedes aquí? ¿También se han dejado cazar? Pero veo que han tenido más valor que yo. ¡Oh, cuánto me desprecio! ¿Y Maiwa? ¿Qué han hecho de ella?

Stanley miró a Browers con dureza.

-Es usted muy ingenuo, capitán. Ella está libre y disfruta de buena salud. Y la vi pocos minutos después de su rapto. Pero ahora ya no vive tan tranquila. He conseguido sembrar en su alma la duda. Le he abierto el camino de la verdad y no tardará en rebelarse. Ella, en el fondo, es inocente.

CAPÍTULO X

LUCHA A MUERTE

Al día siguiente se repitieron los tormentos, pero con idénticos negativos resultados para los deseos de Aracnio-Bat que de nuevo ordenó que los dos jóvenes fueran arrojados al calabozo. Y transcurrieron varios días sin ser molestados de nuevo, lo que les permitió reponerse un tanto de los dolores sufridos.

Amanecía el quinto día cuando llamó la atención de Stanley el desusado movimiento que se producía en el patio al cual daba el enverjado ventanillo de su calabozo. Pero no alcanzaba con la vista al ventanillo y hubo de llamar a Bootler.

-Ayúdame, Bootler. Quiero ver lo que sucede ahí.

Trepó Mark a los hombros de su amigo y se sujetó a los barrotes. A la incierta luz del naciente día vio una legión de hombres araña que descargaban grandes cajas, las cuales iban depositando en un almacén subterráneo, situado al otro extremo del patio, en un ángulo de la edificación.

-¡Son armas! ¡Es el convoy que destinábamos a Morondo y que ahora se volverá contra nosotros! Lo menos se puede equipar con ellas un par de divisiones, que son más fuerzas de las que nosotros disponemos en Balagia. Si las pudiéramos inutilizar cuando menos...

Stanley se dejó caer hasta el suelo y se dirigió a Browers, con el que se mantenía en unas poco amistosas relaciones.

-Ya está ahí el convoy de armas que usted entregó al enemigo. ¿Cómo pudo ser tan cobarde? Ellas serán la causa de la muerte de muchos de los nuestros. Y todo, ¿para qué? ¡Para salvar su miserable vida! Me dan ganas de machacarle la cabeza, Browers... Tal vez las empleen para asesinar a su tío, el coronel Brendel, y a todo su Estado Mayor. Él viene, aunque no lo ha querido confesar, para saber de usted, para tratar de salvarlo imponiéndose a Aracnio-Bat. Usted lo trae a la perdición, ¡cobarde!

Browers se puso en pie, enfrentándose con Stanley.

-¡Basta! No tiene usted derecho a torturarme. Sé que he cometido una falta y algún día la expiaré pero usted no puede ser mi juez. No he podido resistir la tortura y hablé y hablaría mil veces y no toleraré que me torture usted ahora...

-¡Cobarde!

La expresión de desprecio fue acompañada de un fuerte puñetazo y Browers rodó, gritando como una rata, pidiendo socorro, y Bootler hubo de contener a Stanley que se hallaba dispuesto a patear la cabeza del cobarde.

-¡Por favor, Stanley! ¡Esto no soluciona nada!

-No. Pero al menos, me desahogo. ¡Toma, perro! ¡Levántate y lucha!

Stanley había conseguido zafarse de Bootler y había descargado un puntapié en el costado de Browers, el cual tornó a gritar, pidiendo socorro.

-¡Cálmate!

-¿No ves que es un cobarde? -rugió Stanley-. ¡Vamos, levántate y lucha o te deshago!

Se oyó ruido de pasos apresurados que bajaban las escaleras que conducían al calabozo y Bootler exclamó:

-¡Cuidado, que bajan!

Stanley guiñó un ojo a su amigo y le susurró al oído:

-¡Ahora zúrrale tú! Es necesario que continúe gritando.

Stanley corrió hacia la puerta del calabozo y Bootler, comprendiendo la idea de su amigo, le obedeció y continuó golpeando sin compasión a Browers; éste gritó, reclamando auxilio con todas sus fuerzas, esperanzado al oír el ruido de pasos por la escalera. Y la puerta se abrió bruscamente, dejando paso a un hombre araña que apuntó con su fusil de rayos desintegradores a Bootler a tiempo que exclamaba:

-¡Basta! ¡De...!

Pero no pudo terminar la frase, Stanley, agazapado tras el quicio de la puerta, lo había cazado con una llave de lucha y lo había lanzado por el aire, dando una voltereta en dirección adonde se hallaban Bootler y Browers. Tras el primer hombre araña venían otros dos, armados también; mas la sorpresa los mantuvo paralizados unos instantes, los suficientes para que Stanley atacara, derribando al primero de un cabezazo en el bajo vientre. El segundo disparó, pero Stanley se había arrojado al suelo y los rayos desintegradores no llegaron a tocarle. Vio el aracnio cómo el fusil le era arrebatado de las manos y antes de que lograra gritar socorro, vio la respuesta ante sus ojos, siendo el cegador brillo de los rayos la última sensación que percibió en la vida. Momentáneamente, la situación había sido dominada por Stanley, que remató al segundo hombre araña mientras Bootler se encargaba de hacer lo propio con el que había caído a sus pies.

-¡Vamos fuera! Tenemos que dar la batalla y mantenernos, al menos, hasta que llegue el coronel. Es necesario que se den cuenta de que luchamos para que no caigan en la trampa. ¡Y debemos volar el convoy de armas para que no se puedan aprovechar de ellas!

Como dos centellas salieron los dos amigos. Cada uno empuñaba un subfusil de rayos desintegradores y con ellos salieron a un patio, en aquellos momentos desierto.

Stanley señaló hacia una torrecilla en la que se veía emplazado un cañón ligero de proyectiles atómicos de enorme potencia destructiva. Pero el cañón estaba guardado por dos hombres araña y el emplazamiento era difícil de escalar.

-¡Si conseguimos llegar hasta allí podríamos sostenernos un buen rato! Desde allí se domina los sótanos donde están descargando el armamento y las cargas de energía y en caso de apuro, amenazaríamos con volarlo. Ello significaría la destrucción de más de la mitad del palacio.

-¡Adelante, pues!

Browers, con su subfusil en la mano, se colocó junto a Bootler y Stanley.

-¡Tienen razón para despreciarme porque he sido un cobarde, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea para borrar mi falta!

Los tres hombres se estrecharon las manos en silencio e inmediatamente salieron del lugar donde se hallaban agazapados. No necesitaban hablar para estar de acuerdo. Como una exhalación, sin producir el menor ruido, Bootler se lanzó, atravesando el patio sin ser visto, hasta llegar al pie de la torrecilla donde estaba emplazado el cañón. Le tocaba entonces salir a Stanley e inició el movimiento, pero Browers, de un manotazo lo retuvo sentándole y echó a correr en su lugar. Llegó sin ser visto hasta donde estaba Bootler y sirviéndose de la espalda de éste como un trampolín, saltó, encaramándose con agilidad suma en la torrecilla.

Los hombres que hacían guardia sobre el cañón, se volvieron sorprendidos y uno de ellos recibió una descarga de rayos desintegradores, pero el segundo la esquivó de un salto y lanzó su cuchillo contra el asaltante. Browers sintió cómo la acerada hoja le penetraba en la garganta, desgarrándole los tejidos, pero aún tuvo fuerzas, antes de derrumbarse, para soltar una nueva descarga de rayos que esta vez alcanzaron de lleno a su

matador, desintegrándolo. Tras Browers escaló Stanley la torrecilla quien llegando a tiempo aún de recibir en sus brazos al capitán que, con su gesto heroico, había conseguido borrar su falta.

-Esto se acaba... Stanley. Procure que mi tío... no conozca mi debilidad... Sería... terrible para él.

-Descuide, Browers. Ha sido usted un valiente. Yo lamento lo ocurrido. Fue una estratagema para conseguir salir.

-Gracias... Ella me ha dado la ocasión...

Se oyó un estertor y Browers dejó caer la cabeza. Estaba muerto.

Un ligero silbido de Bootler llamó la atención de Stanley que se volvió a él, tendiéndole las manos para ayudarle a trepar.

-¡Vamos, date prisa!

-Eso mismo pensaba yo. ¿Qué ha ocurrido?

-Nada. Que han cazado a Browers. Él lo deseaba y lo ha conseguido. Seguramente ha salvado mi vida... Y ahora quédate aquí. Voy a tratar de alcanzar aquella ametralladora.

El día había despertado totalmente y Stanley se dispuso a ocupar la nueva posición que se había señalado, pero en aquel momento, desde uno de los extremos del circuito que rodeaba el palacio, les dispararon una descarga de rayos que destruyó parte del torreón donde se refugiaban, sin tocarlos a ellos por verdadero milagro.

Stanley, con la agilidad mental y de movimientos que le caracterizaba, volvió su arma contra los agresores y disparó. Torrecilla, ametralladora y servidores quedaron convertidos en una nube de ligero humo, en un recuerdo.

Bootler corrió entonces sin abandonar el subfusil, avanzando por el afilado borde del muro en dirección a la ametralladora que Stanley había señalado. Pero los servidores de la misma habían descubierto a los dos amigos y volvieron la ametralladora contra Bootler, que hubo de saltar al patio para evitar la descarga. Trataron de perseguirlo allí, pero de nuevo entró en funciones el cañón atómico, destrozando la torrecilla casi por su base y haciendo volar cuanto en ella había.

Aquello obligó a Bootler a desviarse, atacando Otro puesto, derribando a los que lo ocupaban desde lo alto de la muralla. Así los dos amigos se podían cubrir las espaldas y hacer frente a lo que viniera. La alarma había sido dada y los hombres que se hallaban descargando aún el armamento

se apresuraron a destapar algunas cajas, distribuyendo las armas, pero la ametralladora de rayos desintegradores manejada por Bootler los frenó, matando a muchos y haciendo huir al resto, dejando aislado el cargamento de armas.

Un altavoz estratégicamente situado les intimó a la rendición. Stanley reconoció la voz de Aracnio-Bat y sonrió despectivo, contestando a su vez. Sabía que no lejos de él habría algún micrófono y que su voz llegaría hasta el rey de los hombres araña.

-¡No pienso rendirme, Aracnio-Bat! Y si intentáis algún movimiento en contra de alguno de los dos, volaremos tu palacio y con él el depósito de armas.

La voz de Aracnio-Bat llegó a él de nuevo.

-No podréis resistir demasiado tiempo. Al final caeréis y seré implacable. Si os rendís ahora os perdonaré la vida.

-¿Y qué me importa la vida? ¿No comprendes que si me importara no estaría aquí?

Alrededor del palacio parecía haber cesado la vida, pero Stanley no las tenía todas consigo. Sabía que Aracnio-Bat era hombre de recursos y que podía sorprenderles, o al menos, hacerles la situación insostenible.

Mientras Bootler vigilaba las espaldas de Stanley, dada su posición, éste vigilaba los menores movimientos que se produjesen en la parte del palacio que dominaba. Tenía que ganar tiempo. Una vez viera las aeronaves en que llegaba Brendel ya no le importaría empezar la zarabanda. Aquello significaría la destrucción de Aracnio-Bat, aunque también su propia muerte. Pero con la victoria de Brendel desaparecería el peligro que Aracnia representaba y sabiendo a Linda Leisen cerca de ellos, estaba seguro de que sus inventos volverían al lugar de donde no debían haber salido. ¿Dónde estaría ahora la bella periodista? ¿Conocería su situación?

Un hombre araña armado aparecía en una de las ventanas del palacio y ya dirigía Stanley su arma contra él cuando surgió una figura que golpeó al hombre, haciéndole soltar el arma y precipitándolo por la ventana al vacío.

Se oyó el silbido de espanto del hombre araña al no tener tiempo de aferrarse a ningún sitio y la fugaz aparición salvadora desapareció rápidamente, pero no tanto que Stanley no reconociese en ella a Maiwa. Pero ésta había sido alcanzada por Ludow que la había seguido y ahora se debatía

en los brazos de él, pugnando por herirle, por deshacerse de él. Pero el hombre era más fuerte y consiguió dominarla.

Transcurrieron varios minutos de aparente calma, al cabo de los cuales se volvió a oír la voz de Aracnio-Bat.

-¡Ríndete, Stanley! Estás vencido. Estamos aislados de la zona peligrosa y aunque vueles el palacio entero no lograrás nada.

-Tu sabes que sí, Aracnio-Bat y por eso tienes miedo.

-¡Tengo en mi poder a la hija de Ross y a su padre! Si persistes en tu actitud los mataré.

-Puedes hacerlo. Si yo me rindo morirán muchos más.

Una voz sobradamente conocida de Stanley llegó entonces a él.

-¡Resiste, Mark! He avisado por radio a Marwin y viene en nuestro auxilio con el “Vamp”. Me han descubierto y estoy cercada de estos horribles hombres, pero voy a tratar de reunirme contigo.

¡Por fin Linda había dado señales de vida! ¡Y estaba en peligro! ¿Cómo podría ayudarla?

De improviso vio a la joven asomar por una ventana, llamando su atención. ¡Estaba localizada y ahora debía perder todo temor!

Enfiló el cañón atómico contra una parte del edificio e hizo tres disparos consecutivos. Parte del arrogante edificio se desintegró, quedando en una espesa nube de humo que lo envolvió todo y algunos muebles salieron despedidos por el aire, destrozándose con estrépito. Por algunos huecos vio Stanley huir a la desbandada a una porción de hombres araña y volvió a disparar, tratando de cortarles la retirada, restándole perseguidores a Linda.

La muchacha volvió a aparecer por una de las ventanas, pero esta vez llevaba con ella una cuerda, la cual ató rápidamente, saltando fuera cogida a ella. Stanley la vio unos instantes pender en el espacio y se desesperó de no poder socorrerla. Un hombre araña apareció entonces. Al darse cuenta del procedimiento empleado por la joven para escapar sacó un cuchillo dispuesto a cortar la cuerda. Afortunadamente la rapidez de acción de Bootler atacando al hombre araña con su ametralladora desintegradora, la salvó. Pero la cuerda quedó resentida y Linda, al sentirla crujir, se quedó inmóvil segura de que al mínimo esfuerzo se rompería y se vería lanzada contra las piedras del patio. Los dos hombres sudaban viéndola en peligro y sin poder acudir en su socorro. Al fin ella, con enorme presencia de ánimo, se deslizó por la cuerda y

cuando ésta se quebró, ya ella había logrado cogerse a la barandilla que cerraba la ventana del piso inferior.

Los dos hombres respiraron y ya, sin miedo alguno, la emprendieron contra el piso que ella había ocupado, destrozándolo en segundos y con él a los perseguidores.

Toda la parte alta del edificio había volado así y entonces Stanley se hubo de ocupar de ir destruyendo todos los lugares próximos que sus enemigos podían emplear como parapetos para cercarle. Linda apareció más tarde en un piso bajo por una de cuyas ventanas saltó a un muro y bordeando éste consiguió llegar hasta donde se hallaba Bootler. Con ella portaba una gruesa cartera de cuero y un radio emisor de conversión para receptor.

Stanley la saludó alegremente desde el lugar que ocupaba y tranquilamente inició la demolición total del magnífico edificio que entonces significaba más un peligro que otra cosa.

Pero pronto hubo de cesar en tal labor, pues varias escuadrillas de aviones cohete y aerorrotores se dirigían contra ellos.

-¡Malo! Estos van a intentar por lo menos volar los explosivos para hacernos desaparecer a nosotros con ellos.

Stanley dirigió la puntería del ligero cañoncito atómico contra la escuadrilla que venía delante y disparó. El primer avión fue alcanzado de lleno por la explosión y se desintegró en el aire, y alguno de los aviones que le seguían experimentaron también los efectos atómicos y sensiblemente averiados se precipitaron en barrena contra el suelo.

A la vista de ello las restantes escuadrillas abrieron la formación y Stanley, comprendiendo que no podía hacer frente a todos, abandonó el cañón y corrió hasta donde estaban sus amigos.

-¡Hemos de ponernos a salvo! Estos salvajes no tardarán en volar el depósito de energía si continuamos aquí, en cuyo caso volaríamos con él.

-Ya lo he pensado -intervino Linda-. Ahora tendréis que someteros a mi dirección. Conozco esto mejor que vosotros.

-¿Es tu venganza, no es eso? Vamos pues.

Por una escalerilla interna descendieron los tres amigos, ella, cargada con su cartera y su emisora y ellos portando sus fusiles de rayos desintegradores. Cuando cruzaban por un oscuro pasillo se oyó la estentórea voz de Ludow, saliendo por unos altavoces invisibles.

-¡Es inútil cuanto hagáis! ¡Os tenemos localizados y no escaparéis de nuestras garras. Toda una serie de luces que se encienden paulatinamente nos van señalando vuestro trayecto. No tenéis salvación. No tendremos piedad de vosotros...

Al final se oyó una carcajada larga, escalofriante, que puso un punto de temor en el ánimo de los tres amigos, temor que rápidamente fue desechado por el animoso Stanley.

-No hay que hacerles demasiado caso. Si hubieran podido, ya nos hubieran aniquilado. Cuando no lo hacen, es que no pueden...

Stanley, que iba delante en el oscuro pasillo, se sintió enredado entre unos filamentos viscosos que lo detuvieron casi en seco y dio la voz de alarma.

-¡Cuidado! ¡No avancéis un paso más!

Trató de desenredarse de aquel material pegajoso que le impedía los movimientos y entonces sintió que un cuerpo caía sobre él. Era uno de los hombres araña que, armado de un "kris", trataba de degollarlo. Mas él conservó su presencia de ánimo y sujetó con su izquierda la mano armada mientras con la derecha le atenazaba el cuello, punto que sabía bastante vulnerable en los hombres araña. Con todo, la situación, en medio de aquella oscuridad casi absoluta, resultaba angustiosa.

Linda, que iba inmediatamente detrás de Stanley, casi cayó en la artera trampa, pero pudo retroceder, dándose perfecta cuenta de lo que sucedía al oír luego los silbidos del hombre araña. Afortunadamente ella poseía un guante eléctrico, lo sacó rápidamente de la cartera, colocándoselo en la mano y golpeó casi, a ciegas. El primer impacto lo hizo sobre uno de los brazos de Stanley, pero el chispazo le descubrió la situación exacta del hombre araña y al segundo golpe quedó éste desintegrado.

A la luz de los chispazos eléctricos, adivinaron más que vieron los tres amigos, otros hombres araña al fondo del oscuro pasadizo, los cuales se afanaban en tender nuevas redes del viscoso material.

-¿Esto es subterráneo? -interrogó Bootler a Linda.

-No. Y no creo que las paredes sean excesivamente gruesas.

-Pues voy a practicar una salida. Ellos nos aguardarán en otra parte y deben quedar chasqueados.

Mientras Stanley terminaba de desenredarse, Bootler dirigió un haz de

rayos contra la pared e inmediatamente entró la luz a raudales por el hueco practicado, hueco suficientemente grande para poder escapar por él.

Salieron a la parte exterior del recinto y vieron que quedaba en la parte alta del tobogán. Las escuadrillas enviadas contra ellos habían evolucionado alejándose y cuando se consideraban momentáneamente libres vieron avanzar en dirección a ellos una formación de “Colosos”, especie de tanques formidablemente equipados.

-¡Tenemos que escondernos antes de que nos vean! Son invulnerables a los rayos desintegradores -exclamó Linda.

-Pues no veo medio. A nuestras espaldas sólo tenemos el precipicio -repuso Bootler en tono humorístico-, y por mi parte os aseguro que no sé volar.

Stanley que oteaba en el horizonte señaló hacia un punto movible en el espacio.

-¡Allí tenemos el “Vamp”! ¡Nuestro “Vamp”!

Volvieron los tres amigos a penetrar en el agujero practicado en el muro y mientras Linda conectaba la emisora, estableciendo comunicación con el “Vamp”, Stanley y Bootler hacían frente a los hombres araña que se les echaban encima ansiosos de acabar con ellos y ganar la prima que Aracnio-Bat había ofrecido por su captura, muertos o vivos.

Los rayos desintegradores sirvieron para despejar la situación, librándoles de los pegajosos hombres araña, pero los tanques, avisados por Aracnio-Bat, habían comenzado su labor de destrucción para dejar al descubierto a los tres amigos y terminar con ellos. Los tres amigos, acurrucados en un rincón que por su construcción les ofrecía las máximas seguridades, percibían cómo la tierra se estremecía bajo sus pies y cómo grandes lienzos de pared eran derribados por los “Colosos”. Sólo Linda actuaba, dirigiendo por medio de la radio al “Vamp”, señalándole el peligro en que se hallaban.

Se oyó un agudo silbido y que el aire era desplazado violentamente, con tal fuerza, que los tres amigos sintieron el choque que los apretó fuertemente contra la pared y luego tres explosiones seguidas, que lo conmovieron todo, haciendo saltar trozos de muralla.

-¡Son las ondas ROC! -exclamó Stanley alegremente-. ¡Vamos fuera!

Linda dio orden al “Vamp” para que tomara tierra en la rampa que

formaba el tobogán y pronto pudieron saludar a Marwin que, desde la carlinga les saludó.

-Son estupendas esas ondas ROC, Stanley. ¡El tiro no puede fallar! ¡Estoy maravillado!

Primero Linda y después ellos dos, saltaron todos a la carlinga del "Vamp" comenzando a sentirse seguros. Antes de cerrar la cabina sobre sus cabezas, Stanley señaló hacia el cielo que se había cubierto de nuevo de aeronaves que, procedentes de diversos puntos, convergían todas hacia el lugar donde el "Vamp" había recogido a los amigos.

-Pues voy a tener ocasión de probar también el gas VIC porque parece que tienen verdadero empeño en destrozarnos.

Bootler levantó la cabeza mirando hacia donde Stanley señalaba y calculó en más de doscientas el número de máquinas volantes de todo tipo que se dirigía contra ellos.

CAPÍTULO XI

LOS DOS INVENTOS

El “Vamp” se elevó veloz e inmediatamente puso proa hacia la masa de aviación que se dirigía contra él, acortando distancias sensiblemente. No conociendo sus características ni su potencia ofensiva y defensiva, se hubiera pensado que estaba tripulado por locos y que se dirigían deliberadamente a un suicidio.

Desde la parte media de la ciudad, bien protegidos en un “bunker”, Ludow y Aracnio-Bat se disponían a dirigir el combate en el que, pese a la desproporción existente, no estaban seguros de resultar vencedores.

Aracnio, desde el micrófono, dio la orden de ataque a sus fuerzas aéreas ordenándoles además que abrieran la formación para ofrecer menos blanco.

Pero la orden de ataque era innecesaria ya que el “Vamp” se había encarado con el centro de la formación enemiga y había comenzado a descargar sus baterías automáticas de ondas ROC, abriendo una terrible brecha en la formación, cuyos aparatos, alcanzados de lleno por la infalible puntería de las ondas, volaban destrozados en el aire.

Pero así y todo la cantidad de enemigos era excesiva y el “Vamp” hubo de maniobrar, virando y presentando su popa, alejándose sin dejar de disparar, procurando ganar distancia que le librara de la potencia ofensiva de sus enemigos. Éstos comenzaron a disparar sus cohetes y proyectiles dirigidos y únicamente la gran velocidad y rapidez de maniobra del “Vamp” habían logrado que no fuese alcanzado a su vez.

Aracnio-Bat se mostró satisfecho al notar la fase en que entraba la lucha.

-¡Ya huyen! ¡Haré que salgan a su encuentro de todos los aeródromos, de todas las direcciones, los cercaré y no podrán huir!

Pero Ludow no se sentía seguro y tuvo la audacia de manifestarlo.

-No cantes victoria aún, Aracnio-Bat. Mientras los vea en el aire sé que pueden darnos un disgusto serio.

-¡Calla, ave de mal agüero! Y si algo ocurre, culpa tuya es. Pero te aseguro que si somos vencidos no te reirás de mí...

Aracnio-Bat vio entonces cómo del “Vamp” se desprendían dos pequeños torpedos voladores que, mientras el “Vamp” continuaba su huida,

partían veloces en dirección opuesta buscando las dos alas extremas de la formación de aeronaves arácnidas. Ludow, al ver la maniobra, pensó inmediatamente en el gas VIC y palideció extraordinariamente al dirigirse a Aracnio-Bat.

-¡Ordena a tus formaciones que se detengan! ¡Que se vuelvan!

-¡Calla, estúpido! ¡No sabes lo que dices! ¿Van a retroceder mis aeronaves, mis halcones, por esos abejorros?

-¡Es el gas VIC! ¡Van a destrozarse!

Pero ya era tarde. Las aeronaves de Aracnio-Bat, celadas en la persecución del "Vamp" al que iban considerando ya como una presa segura, se habían precipitado contra la barrera de gas VIC que Stanley y Booter, en los diminutos y veloces torpedos, iban tendiendo.

Comenzaron a producirse las explosiones en el aire, haciéndose trizas la mayoría de las aeronaves y Aracnio-Bat, loco de furor y de espanto, repitió la orden de retroceder mientras fulminaba a Ludow con la mirada.

Varios cohetes y proyectiles dirigidos partieron de los aviones que habían quedado indemnes, buscando a los pequeños torpedos, pero la estela de gas que estos iban dejando inutilizaban a los proyectiles, haciéndolos explotar bastante antes de ser alcanzados por ellos, mientras continuaban tendiendo la barrera de gas en torno a los aviones para envolverlos en ella.

El "Vamp", mientras tanto, había vuelto, tornando a lanzar sus mortíferas descargas de ondas ROC, causando un verdadero desastre entre las pocas unidades aéreas que hasta el momento se habían librado.

El cielo había quedado despejado de aviones, dominando el espacio el audaz "Vamp" y los dos abejorros, como los había llamado Aracnio-Bat.

El bat de Aracnia, al contemplar la derrota que había sufrido su escuadra aérea de la que tan justamente orgulloso estaba, volvió su odio contra las víctimas que más a mano tenía: el profesor Ross y Maiwa, que al conocer la verdad de su vida se había atrevido a enfrentarse contra Ludow y Aracnio-Bat. Se volvió a ellos y exclamó:

-No os servirá de nada el triunfo de vuestros amigos, porque cuando lleguen a vuestro lado sólo encontrarán vuestras cabezas...

Ross era inteligente y comprendió inmediatamente el partido que podía sacar de la ciega furia que destilaba Aracnio-Bat y lejos de arredrarse se dirigió a él:

-¿Y qué beneficios conseguirás sacrificándome? Yo te he servido y te puedo continuar sirviendo si nos respetas a mí y a mi hija. Nosotros no tenemos la culpa de este fracaso, sino Ludow que con su falta de visión ha conseguido atraer sobre ti la cólera de tan fuertes enemigos cuando aún no estabas preparado para recibirlos dignamente.

Aracnio-Bat estaba convencido de que Ludow no tenía culpa de nada ya que él no se dejaba llevar de nadie y era el verdadero responsable de todo, por tanto, pero la idea de librarse ante su propia conciencia de la culpa, le agradó y se revolvió contra Ludow.

-¡Ya te dije que nos ocurriría algo de esto! Te empeñaste en precipitar los acontecimientos y ahora...

Pero Ludow le interrumpió:

-¡Estúpido! ¿No ves que el profesor se burla de ti y trata de vengarse de mí? Stanley desea salvarlos porque está enamorado de ella. Si sabes aprovecharlo podrás convertir una derrota en una victoria. No hemos perdido todo, ni mucho menos y tenemos que ganar tiempo, unos días para que podamos poseer también nosotros las ondas ROC y el gas VIC. ¿Te has convencido de lo que te dije? Estaban logrados y todo aquello era una gran añagaza de Stanley...

Aracnio-Bat no vaciló un segundo y dirigiendo una mirada despectiva a Ross tomó la emisora, entrando en comunicación con el “Vamp”, en el que se hallaban de nuevo Bootler y Stanley.

-¡Atención, ¡Mark ¡Stanley! ¡Habla Aracnio-Bat! Si no os retiráis inmediatamente, saliendo del territorio de Aracnia, el profesor Ross y su bella hija Maiwa serán sacrificados. Cambio.

La respuesta no tardó en llegar de boca del propio Stanley.

-No nos interesa el regalo, Aracnio-Bat. Puedes matarlos si es tu gusto. Ambos te han servido demasiado para que podamos considerarlos amigos. Prefiero destrozarte a ti y tus instalaciones industriales. Salvaré así muchas vidas que valen más que esas dos.

El eco de la voz de Stanley pareció danzar unos momentos gravitando sobre las conciencias de los cuatro seres allí reunidos. El primero en reaccionar fue el propio Aracnio-Bat que tornó a hablar por micrófono:

-No tienes derecho a hacer eso, Mark Stanley. Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo contigo. Cambio.

-No me hables de derechos, Aracnio-Bat, cuando los has violado todos. Si te entregas sin lucha seré clemente contigo. Sal de donde estás y muéstrate a mí sin armas. Deberá ir contigo Ludow, también desarmado, el profesor Ross y Maiwa.

Ludow comprendió que todo el interés de Mark Stanley, todo su rencor, estaba centrado en él; se dio cuenta que de los cuatro era la única verdadera víctima si se entregaban y se revolvió como una furia, sacando su pistola y encañonando con ella al propio Aracnio-Bat.

-Supongo que no habrás pensado en entregarte y mucho menos en entregarme a mí. No nos perdonarían. Debemos huir momentáneamente y ya volveremos. En las montañas podemos reclutar un buen ejército y sorprenderlos cuando todo esto haya pasado.

Pero como si los estuviese oyendo, la voz de Mark Stanley se dejó oír de nuevo:

-Decídete, Aracnio-Bat o comenzará la destrucción de todo. Bajo determinadas condiciones te respetaremos la vida, pero nos habrás de entregar a Ludow. Podrás continuar al frente de tu pueblo y hasta mantener un ejército de paz... Si no aceptas rápidamente, sucumbirás.

Aracnio-Bat estaba decidido y una sonrisa maliciosa iluminó su semblante; pero detrás de él se hallaba Ludow amenazando con su arma. Si consiguiera engañarle...

-Tienes razón, Ludow. Vamos. Por aquí podemos salir a la ciudad baja y de allí pasaremos a la selva. Lo que destruyan ya lo reconstruiremos.

La tensión de Ludow cedió un tanto y se apartó para dejar paso a Aracnio-Bat que se dirigió hacia la puerta de un pasadizo; pero aquel movimiento le fue fatal, pues dio la espalda a Maiwa y al profesor Ross y los dos, como si previamente se hubiesen puesto de acuerdo, saltaron sobre él. La pistola de rayos desintegradores cayó de manos de Ludow que fue arrojado de bruces contra el suelo y mientras Maiwa se apoderaba rápidamente del arma, el profesor Ross se había apoderado bruscamente de la escafandra, arrancándosela. Ludow, con rápido movimiento, consiguió quitarse de encima a Ross, poniéndose en pie con ánimo de atacarle y arrebatarle la escafandra, pero se encontró encañonado por su propia arma serenamente esgrimida por Maiwa.

-¡Quieto, Ludow! ¡Traidor y perjuro!

-Mi escafandra...

-No la necesitarás.

El último en hablar había sido Aracnio-Bat que se había vuelto y mientras hablaba descargó un fuerte golpe en la nuca a Ludow que cayó como fulminado.

Era el final.

El bat de los aracnios había recobrado su tranquilidad y aquella apariencia de dignidad que engañaba a cualquiera que no lo conociese y se dirigió al profesor Ross y a Maiwa.

-Vamos, amigos. Ya es hora de que recobréis vuestra libertad. No quiero reteneros más. Ayudadme a sacar a este bandolero traidor fuera...

* * *

En el momento en que Aracnio-Bat salía a la amplia explanada que se formaba en la conjunción de las carreteras de la ciudad alta y la ciudad media, una nutrida formación de aeronaves aparecía en el cielo, pidiendo lugar para aterrizar.

Del propio “Vamp”, cuyos tripulantes se dieron a conocer, partieron las instrucciones precisas y momentos después tomaban tierra en la explanada las aeronaves de la Tierra, escoltadas por algunas unidades aracnias, ignorantes aún de lo sucedido.

Aracnio-Bat pensó por unos instantes sacar partido de la situación, apoderándose del coronel Brendel y su séquito para poder tratar su rendición en mejores condiciones, pero desistió al ver que el “Vamp” continuaba en el aire dominando la situación. Así salió al encuentro de Brendel que en aquel momento ponía pie en tierra.

-Aquí me tienes dispuesto a darte la revancha, Aracnio-Bat. Como verás soy puntual a la cita y vengo dispuesto a vencerte de nuevo.

-Bienvenido, coronel Brendel. Esta vez no me vencerás... porque no lucharemos. He llegado antes a un acuerdo con tus amigos. Hábiles diplomáticos. Y ahora que recuerdo, debo presentarte al profesor Ross y su hija Maiwa. Ellos son coterráneos tuyos y se han cansado de ser mis huéspedes, han manifestado deseos de irse con vosotros.

Brendel contempló con estupor al padre y a la hija que permanecían abrazados y como amedrentados.

-El profesor Ross. Recuerdo haber oído hablar de él. Celebro

conocerle, profesor, y a usted también, señorita, aunque ya la he visto antes en el palacio de Morondo-Bat.

El “Vamp” se posó por unos instantes en tierra, descendiendo rápidamente de él Stanley y Linda Leisen que se apresuraron a reunirse con el coronel. Brendel tendió sonriendo la mano a Mark Stanley que la estrechó efusivamente.

-Todo ha ido bien, señor, aunque tengo el sentimiento de comunicarle que el capitán Browers ha muerto heroicamente. Con su vida ha salvado la mía y ha conseguido que pudiéramos imponer la ley y el orden.

-Está bien, señor Stanley. Le felicito. El bat de los aracnios sólo ha tenido elogios para usted.

-El bat de los aracnios es muy bondadoso y sólo ha tenido atenciones y delicadezas para conmigo y mis amigos en estos días qué hemos sido sus huéspedes. Pero falta el señor Ludow a quien también quiero dar las gracias. ¿Dónde está el señor Ludow?

Aracnio-Bat se volvió mostrando sorpresa.

-Ahora mismo estaba aquí, entre nosotros... ¡Oh, mírelo! ¡Ahí lo tiene!

Y el bat de los aracnios señaló para el cuerpo de Ludow que se hallaba tendido en tierra, muerto.

-¿Cómo ha podido ocurrir esto? Se ha olvidado de ponerse la escafandra y está muerto... Siempre dije que le ocurriría algo así. Tenía una memoria desastrosa -añadió el aracnio con el más firme convencimiento.

Stanley contempló el cuerpo de Ludow, asegurándose de que era él y de que estaba muerto.

-Así es. Está muerto. Es una lástima que tuviese tan mala memoria. Afortunadamente a mi no me ocurre lo mismo -añadió mirando significativamente para Aracnio.

El bat, siempre en su papel, se volvió a un coronel de aviación de los que habían custodiado las aeronaves de Brendel.

-Coronel Amon-Ras.

-¡A la orden, Magnífico Bat!

-Mientras disputo un “match” con el coronel Brendel, atiende tú al señor Stanley por extraño que te parezca lo que él ordene. Ahora eres tú mi segundo y nadie debe oponerse a tu voluntad ni tú a la del señor Stanley. Son

nuestros mejores amigos y las cosas deben cambiar según lo que he tratado personalmente con el señor Stanley.

Alejóse majestuosamente Aracnio-Bat en compañía del coronel Brendel que no acababa de comprender lo que sucedía y Amon-Ras se puso a las órdenes de Stanley. Este a su vez se dirigió a Linda:

-Veamos esos documentos que llevas ahí para saber dónde podemos empezar.

-Creo que podemos empezar porque se unan a nosotros el profesor Ross y Maiwa. Ellos dos conocen todo esto y serán nuestros mejores guías.

Stanley se dirigió al profesor Ross.

-¿Algún inconveniente, profesor?

-Ninguno. Estoy deseando poder ser útil. He llevado demasiados años laborando en contra de mis propias convicciones por conservar a mi hija. No quería verla muerta, como vi a su madre. Menos mal que el monstruo ese ha muerto. Era cien mil veces peor que el propio Aracnio-Bat.

-¿Cómo va la producción del gas VIC y de las ondas ROC, profesor?

-Está estancada. Comprendí la importancia que tenía y la he ido saboteando. Enseguida le entregaré las fórmulas. Las conservo íntegras y no he permitido que nadie las estudiase.

-Gracias, profesor.

-Algo debía hacer. En los laboratorios y centros de producción hay otros seres esclavos como yo. Algún coterráneo nuestro y de Marte, Venus e incluso del propio Júpiter, pero que se negaban a colaborar voluntariamente. Todos ansían ser liberados...

Los aracnios, que después de la espantosa derrota aérea habían salido de nuevo a la luz del sol, contemplaban a los arrogantes extranjeros con gesto de asombro y de vez en cuando elevaban la vista hacia el para ellos fabuloso “Vamp” que continuaba evolucionando sobre sus cabezas.

Dos horas más tarde todos los técnicos que Aracnio-Bat mantenía secuestrados, se hallaban libres, y la fórmula del gas VIC y las ondas ROC en poder de Stanley. Éste, al recobrarlas, respiró con la satisfacción que hacía tiempo no había conseguido.

Y antes de partir, entre los atónitos ojos de los hombres araña concentrados en la parte media de la ciudad, fueron voladas las instalaciones que Stanley, de acuerdo con el profesor Ross, consideraron un peligro para la

paz y la seguridad de los pueblos vecinos, de la propia Tierra y de los otros planetas.

Aracnio-Bat, al ver toda su obra destruida, sintió por unos momentos que algo se rebelaba dentro de él y pensó en lanzar a los aracnios sobre el reducido grupo de extranjeros, seguro de exterminarlos rápidamente. Pero el reposado vuelo del “Vamp” lo volvió a traer a la realidad, y el instinto de conservación pudo más en él. Ya que sus ambiciones quedaban cercenadas, procuraría sacar a los extranjeros el máximo de beneficios, procuraría hacer pagar cara su nueva actitud.

Al despedirse del coronel Brendel en el momento en que éste subía a la aeronave que lo debía conducir hacia Balagia, aún tuvo un rasgo de humor:

-Que conste que no me ha vencido tu fuerza, coronel Brendel, sino la sabia diplomacia de tu amigo. A ella me he entregado...

* * *

Terminado el espinoso asunto promovido por la traición de Ludow, hecha una limpieza a fondo en los servicios oficiales de Balagia, había cesado la excedencia solicitada por Roy Marwin y David Bootler que se incorporaron a su destino en Balagia, poniéndose a las órdenes del coronel Brendel.

-Bien me engañaron ustedes el primer día -comentó éste riendo.

-Mark Stanley ordenaba, señor. Él era nuestro jefe entonces. Tenía miedo al espionaje, y la realidad demostró que sus precauciones eran justificadas. Él sabía que el menor descuido podía hacernos perder la batalla y nos jugábamos en ella demasiadas cosas.

-A mí la cosa me ha servido bien. Aracnia ha quedado pacificada, al menos de momento, y se me ha quitado una pesadilla de encima. Stanley ha sabido aprovechar el momento para demostrar que la violencia partía de Aracnio-Bat y así su propio pueblo se ha debido resignar. Tenía razón Aracnio-Bat. Stanley es un magnífico diplomático, pero con los puños bien sólidos. Es la diplomacia que más me convence...

Por su parte, Mark Stanley llamaba en aquel momento a la puerta del aposento de Linda Leisen.

-¡Adelante, Mark! Llegas a tiempo. Estoy preparando un excelente café.

-Lo celebro, porque lo necesito. Pero es hora de que lo vayas preparando todo para nuestra marcha. Mañana salimos para la Tierra. Quisiera

que te encargaras también de lo mío. Ya sabes lo desmañado que soy.

-Pues ya es hora de que aprendas porque no pienso ayudarte ni pienso marcharme tampoco. Me siento muy a gusto aquí y me quedaré una temporada.

-Tú vendrás conmigo, Linda.

-¡Ni hablar de eso! Confórmate con Maiwa. No es exactamente la dama del retrato, pero es el mejor sucedáneo que podías hallar, ya que es su propia hija y se le parece como urna gota de agua a otra.

-¿Celos, Linda?

-¿Celos? No seas tonto. Hombres como tú los hay a patadas. Bootler, Marwin, el mismo coronel Brendel, que está aún de muy buen ver y que parece que no le desagrado...

-Debí figurármelo, pero no se saldrán con la suya. Tú tienes que ser para mí. Te quiero demasiado para dejarte perder. Cuando te vi en poder de Aracnio-Bat me di cuenta... y me olvidé para siempre de la dama del retrato y de todo lo que pueda parecérsele. Aquello fue sólo un sueño y pasó. En cuanto lleguemos a la Tierra regalaré el retrato al profesor Ross. Es a quien por derecho le corresponde...

-¿Es eso cierto, Mark? ¿No me lo dices porque me tienes lástima?

-¿Qué lástima ni qué ocho cuartos? Te lo digo porque te quiero y no podría vivir sin ti...

-¡Amor mío!

Linda se echó en brazos de Stanley con tan loco ímpetu que lo hizo caer de espaldas. Y buscando su boca lo besó con loco frenesí.

En aquel momento se abrió la puerta y aparecieron en ella Roy Marwin y David Bootler, quienes al ver el cuadro tosieron significativamente, haciendo que los dos enamorados se separasen rápidamente.

-¡Pobre Stanley! ¿No sabías que cuando una mujer se propone una cosa la logra casi siempre?

-Y cuando se trata de Linda Leisen, lo logra siempre -corroboró Marwin con acento de profunda convicción.

-Ya os lo dije yo -repuso Stanley-. La suerte es siempre su aliada y al final se sale con la suya...

Y los tres jóvenes hubieron de salir corriendo para evadirse a la lluvia de zapatos y otros proyectiles de diversa índole que cayó sobre ellos. Pero

Mark detuvo a sus amigos en su huida con gesto de consternación:

-¡El café! Estaba haciendo un excelente café...

-Pues nos entregamos sin condiciones. ¡A por el café!

FIN

10

LA ABOMINABLE BESTIA GRIS

En las profundidades del cielo una estrella brilla con rojos y siniestros fulgores. Es el planeta Marte. Allí unas criaturas diabólicas activan en el silencio los preparativos para atacar a la Tierra...

¡Y el ataque se produce al fin!

Chocan en el espacio las formidables escuadras siderales. Bajo los dardos de fuego caen agavillados los aviones...

¡LA ABOMINABLE BESTIA GRIS...

invade la Tierra! ¡Avanza el rodillo destructor como una inmensa ola de fuego! ¡Saltan las ciudades bajo el impulso brutal de los explosivos atómicos! ¡El pánico cunde entre la humanidad, que ve aproximarse inexorablemente la hora de su derrota y exterminio...

GEORGE H. WHITE

en su novela

LA ABOMINABLE BESTIA GRIS

Nos describe con una realidad vigorosa la más caótica y dantesca visión de las apocalípticas guerras del Futuro.

y que

Colección

Luchadores del Espacio

se complace en ofrecérsela en su próximo número.

TIP. ARTÍSTICA

Precio 5 pesetas.